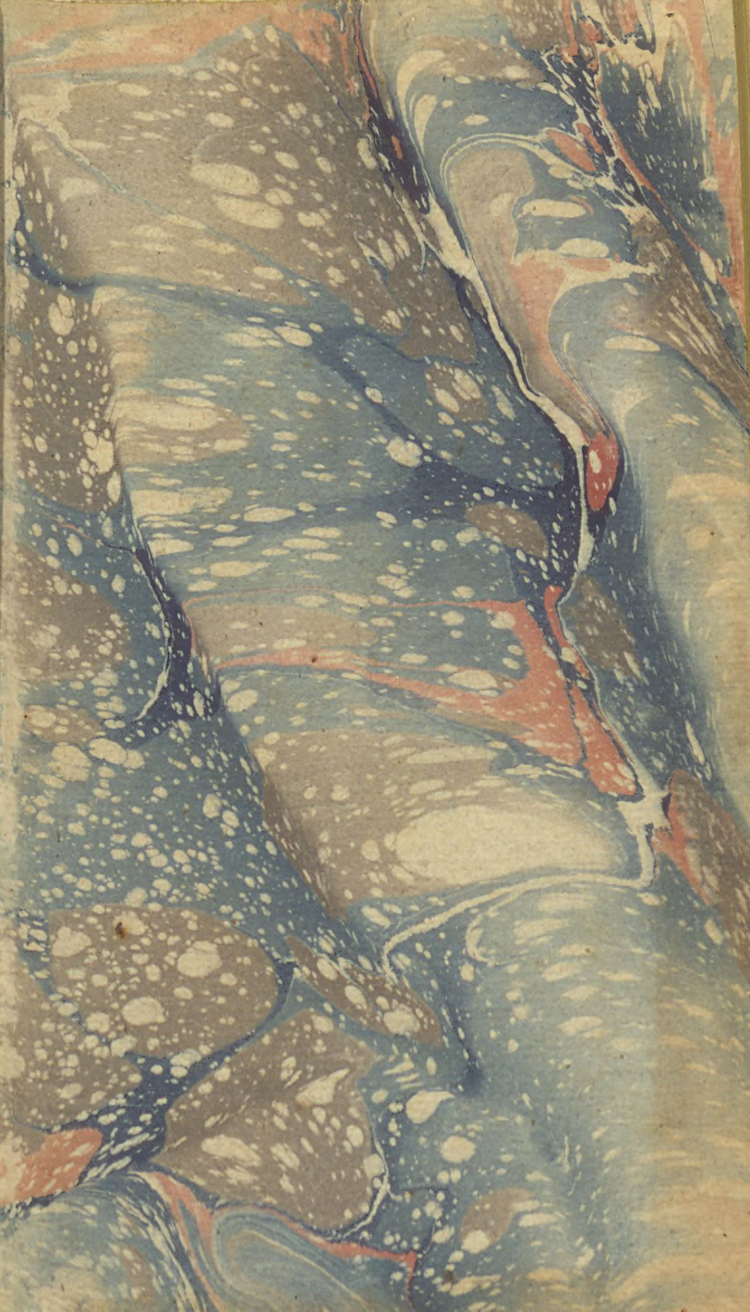






LAS VELADAS

DE S. PETERSBURGO,

ó

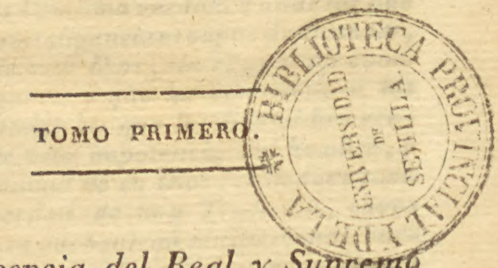
DIÁLOGOS

sobre

EL GOBIERNO TEMPORAL

DE LA PROVIDENCIA.

TOMO PRIMERO.



Con licencia del Real y Supremo Consejo de Castilla.

VALENCIA: IMPRENTA DE J. GIMENO.

MAYO 1832.

Se hallará en las librerías siguientes.

Valencia, en la de GIMENO, frente al Miguelete.
Madrid, en la de CUESTA, frente las Cobachuelas.
Barcelona, en la de PIFERRER, plaza del Angel.
Cádiz, en la de HORTAL Y COMPAÑIA.

EL EDITOR.

La verdad y el error se dividen la tierra, en la que el hombre se debe reputar á sí mismo cual simple viajero. Los delitos, los padecimientos y la muerte le están advirtiendo á todas horas de que es una criatura miserable, que ha recibido la conciencia, el arrepentimiento y mil otros ausilios de la bondad del Criador, y que siempre libre por su propia voluntad para merecer ó castigo ó recompensa, no cesa de marchar hácia el término en que ha de recibir de la justicia divina el eterno destino.

Dios es la misma verdad. Todas las que la humana inteligencia es capaz de alcanzar, derivan de este Dios, sin el cual no conoceria ninguna, y que ha concedido á los hombres todas las que les han sido necesarias. De esta impotencia del hombre, y de esta bondad de su Dios, se deduce tambien la verdad de una Tradicion, cuyos vestigios se encuentran mas ó menos borrados en los pueblos de la tierra, segun que el orgullo de sus entendimientos, y la corrupcion de sus corazones los ha estraviado de la fuente de la divina luz: porque todo error viene del hombre, asi como toda verdad se deriva y emana de Dios; y si el hombre no levanta hácia Dios su clamor respetuoso, permanece siempre sentado en

las tinieblas, y cubierto de la sombra de la muerte. (a)

El error aunque se disfrace bajo miles de formas, tiene dos caracteres principales, la supersticion y la incredulidad. O el hombre altera en si la imágen de Dios para acomodarla á sus pasiones, ó por una pasion mas detestable aun, llega hasta el furor de borrarla enteramente. El primero de estos errores fue el de todos los pueblos del mundo, á escepcion de uno solo, en los tiempos antiguos; y fue tal el horror con que se miró el segundo, que los que se hicieron culpables de él, fueron no pocas veces escluidos del seno de las mismas sociedades. Esta última impiedad, atacaba despues de Dios, la existencia de ellas, y los pueblos lo llegaron fácilmente á presentir. Con efecto, cuando la secta abominable de Epicuro estendió su devastacion en los dominios del imperio romano, parecieron haberse roto y disuelto todas las relaciones; y todo estaba perdido sin duda, si la verdad misma no hubiese escogido este momento, para descender á la tierra y para conversar con los hombres. (b) *Las antiguas tradiciones purificadas y santificadas por las verdades nuevas, se reanimaron al instante; la sociedad que se asemejaba á un cadaver que tocaba ya á su disolucion,*

(a) *Sedentes in tenebris, et in umbra mortis* Ps. CVI. 10.

(b) *Et cum hominibus conversatus est.* Baruch. III 33.

recobró nuevo movimiento y nueva vida; y esta vida que entonces recibió, no la pudieron estinguir ni las revoluciones de los imperios, ni la larga succesion de unos siglos, que se ha convenido en llamar bárbaros.

Los síntomas de muerte volvieron sin embargo á aparecer en el siglo XV. Entonces la razon humana trató de recobrar aquel antiguo orgullo que se creia vencido y anonadado por la fe, y se atrevió de nuevo á atacar la Tradicion. No tenian ya lugar las groseras supersticiones del paganismo; pero estas cedieron el campo á la incredulidad, y ella sola osó tentar el combate funesto. Empezó á minar poco á poco el maravilloso edificio levantado por la misma verdad, y no cesando de negar las unas tras las otras, todas las verdades religiosas, emprendió su marcha, y quiso establecerse en una sociedad cuya corrupcion iba siempre en aumento. Pero felizmente la gracia que ilumina y vivifica se conservó, segun la infalible promesa, en algunos corazones fieles, generosos y humildes: combatieron en favor de la verdad, y son en el dia sus defensores.

Entre estos celosos atletas, ha figurado con brillo el Sr Conde de Maistre. Su voz resonó en los estremos de la Europa, y sus palabras dejando un recuerdo que no han podido borrar cuarenta años de acaecimientos inauditos, anunciaron á los hombres un fatal porvenir, y les indicaron los medios de evitar su desastre.

Acosado de la persecucion buscó la se-

guridad en el retiro, y allí, en la soledad y en el aislamiento, preparó y casi concluyó los trabajos que debian servirle para la grande empresa de corregir su siglo.

La obra de LAS VELADAS DE SAN PETERSBURGO, *cuarta y última produccion de este literato, es la que ahora ofrecemos al público. En ella trata el autor de considerar las relaciones que existen entre Dios y los hombres, de conciliar la libertad del albedrío con la Omnipotencia divina, y de esplicar el grande enigma del bien y del mal, en cuanto puede hacerlo, sin una criminal presuncion, la sabiduría del hombre. Para ello se apodera de muchos é inegables principios; abraza las grandes y útiles verdades, y las defiende con ardor contra el orgullo y la impiedad que han osado atacarlas. En medio de un campo tan sembrado de escollos y peligros, marcha con paso asegurado, lleva la antorcha de la Escritura y Tradicion en la mano, y su razon recibe luces que hace reflejar sobre las materias cuya profundidad sondea. La filosofía abyecta del siglo XVIII, ha encontrado en el un adversario poderoso y temible. Ni la ciencia, ni el ingenio, ni la nombradía le imponen: avanza sin temor, y derriba delante de sí todos esos colosos levantados sobre la débil basa de la arcilla. Ya emplea contra ellos el grito de su justa indignacion, ya la risa amarga del desprecio, ya la flecha acerada de la ironía, ya en fin una dialéctica que los aterra y los confunde. No hay arma que no le suministren su celo y*

su maravillosa elocuencia. Penetra con la mayor facilidad en los pliegues tortuosos de un sofisma para ponerlo en claro, y manifestarlo tál cual es, ó ridiculo, ó absurdo; y emplea con juicio y con arte una erudicion estensa y variada para fortificar el raciocinio con el poder del testimonio. Descubre despues el fondo del corazon del hombre, registra, por decirlo asi, la humana inteligencia, y bien esplique su fuerza, bien descubra su debilidad, ¡que verdades tan profundas! ¡que tiernos y delicados sentimientos! ¡que fe tan firme y tan piadosa! Sus pensamientos sobre la guerra *son grandes y maravillosos; y su* corazon, *parece fluir y destilar como una fuente palabras tiernas y animadas cuando trata de la* oracion.

Si su estilo ha sido reconocido por claro, nervioso, animado y fecundo en frases originales, en las Veladas *en donde tantos asuntos se agolpan á su pluma, se abandona á su genio, y toma todos los tonos que le parecen oportunos. A la fuerza y al brillo sabe unir cuando el caso lo exige, la gracia y la dulzura; sabe estenderse y concretarse con flexibilidad; y toma como los grandes escritores solamente lo preciso de los autores clásicos, para servirse en lo demas de su propio talento. No obraron de otro modo los principes de la literatura para enriquecer sus escritos con los estimables despojos de la Grecia y de Roma, sin hacerse por eso ni griegos ni romanos.*

A continuacion de las Veladas *se an-*

contrará un opúsculo sobre los sacrificios, y no vacilamos en decir que esta parte de la obra debe producir impresiones profundas. El Conde de Maistre con una erudicion asombrosa, recorre el mundo entero, y compulsa sus anales mas recónditos y obscuros; examina la materia que toma por asunto al través de la lóbrega noche de la idolatría; y concluye por prosternarse ante el gran sacrificio que lo ha consumado todo, y á los pies de la grande Víctima que ha operado con su sangre la salvacion del mundo entero.

LAS VELADAS
DE S. PETERSBURGO,

ó

DIALOGOS

sobre

EL GOBIERNO TEMPORAL

DE LA PROVIDENCIA.

VELADA PRIMERA.

A la caida de uno de los mas ardientes dias del mes de Julio de 1809, subia yo el Neva en un bote con el Consejero privado de T......, miembro del Senado de San Petersburgo, y el Caballero de P......, jóven frances, á quien las borrascas de la revolucion de su pais, y un cúmulo de acontecimientos estraños, habian conducido á la Capital de Rusia. La estimacion recíproca, la conformi-

dad de nuestros gustos, las preciósas relaciones de la hospitalidad, y otros servicios no menos importantes, habian formado entre nosotros la amistad mas íntima, por efecto de la cual nos reuníamos á menudo; y ambos me acompañaban aquel dia á la casa de campo, en donde yo solia pasar el estío. Aunque situada en el recinto de la ciudad, puede no obstante llamarse campo atendida la distancia que la separa de su centro, pues todavía faltan muchos edificios para ocupar aquel espacio; y aunque los vacíos que se encuentran en la parte poblada se van llenando cada dia, no es fácil calcular si las habitaciones deben llegar al fin á los límites fijados por el atrevido dedo de Pedro el Grande.

El sol se acercaba á su ocaso; el tiempo era magnífico, y la suave ventolina que impelia nuestro barco, espiró en la vela que vimos vaciarse ondulando. El pabellon que anuncia en lo alto del palacio imperial la presencia del Soberano, ca-

yendo perpendicularmente á lo largo del mástil, impuso, digámoslo asi, silencio á los aires. Nuestros marineros tomaron los remos, y nosotros les mandamos conducirnos lentamente. Nada es mas raro, pero ni tampoco mas hermoso, que una bella noche de verano en San Petersburgo: ya sea porque lo largo del invierno, y el corto número de ellas, les dan nuevo encanto, despertando y avivando el deseo, ó ya que realmente, como lo creo yo, sean mas gratas y apacibles que en los mas bellos climas. El sol que en las zonas templadas se precipita al occidente sin dejar tras sí mas que un crepúsculo fugaz, prolonga sus últimos rayos lentamente sobre aquel pais, que parece dejar con sentimiento. Su disco rodeado de vapores encendidos, gira como un carro inflamado sobre los sombríos bosques que coronan el horizonte, y sus rayos reflectados por los cristales de los palacios, dan al espectador la idea de un vastísimo incendio.

Los grandes rios tienen por lo comun el cauce muy profundo, y la orilla escarpada, lo cual les suele dar desagradable aspecto; pero el Neva colma enteramente el suyo en el seno de una capital magnífica: sus cristalinas aguas bañan el musgo de las islas que él forma, y en toda la estension de la ciudad es contenido por dos opulentas barreras de granito, cuya alineacion se prolonga fuera del alcance de la vista: magnificencia de que participan los tres grandes canales que cuenta la ciudad, y de la que no se encuentra fuera de ella, ni la imitacion ni el modelo

Varios botes se cruzan y surcan las aguas en opuestas direcciones, y se ven á lo lejos los buques estrangeros que aferran sus velas, arrojan el áncora, y traen á las regiones polares los frutos de las zonas ardientes, y todas las producciones de la tierra. Los hermosos pájaros de la América llegan al Neva entre bosques de naranjos, y alli encuentran la sabrosa nuez del coco, el

rico ananás, el limon, y todos los frutos de su tierra natal. Bien pronto el poderoso Ruso se apodera de cuanto le presentan, y arroja el oro sin contar al codicioso negociante.

De cuando en cuando encontrábamos algunas faluas elegantes, las cuales retirados los remos, se dejaban llevar dulcemente por la corriente apacible de las aguas, y los marineros cantaban cierta tonada nacional, mientras que gozaban sus amos en silencio de la hermosura del espectáculo, y de la calma de la noche.

La estátua equestre del Czar Pedro, se eleva sobre el Neva á una de las estremidades de la inmensa plaza de Isaac. Su cara severa está mirando el rio, y parece animar aun esta navegacion debida al sublime genio de su fundador. Todo cuanto se ofrece á la vista sobre este soberbio teatro, existe por un solo pensamiento de la cabeza poderosa que hizo salir de aquel lago tan pomposos monumentos. Sobre estas riberas desoladas, de las

que la naturaleza parecia haber desterrado la vida, sentó Pedro su Capital, y se creó vasallos. Su brazo terrible se presenta estendido sobre su posteridad, que se agolpa al rededor de tan augusta efigie, y hace dudar al que lo observa, si su ademan es el de la paternal proteccion, ó el de la formidable amenaza.

Al paso que se alejaba nuestro bote, se iba perdiendo insensiblemente el canto de los marineros, y el confuso ruido de la Ciudad. El sol habia bajado ya al horizonte, y algunos brillantes celages reflectaban una dulce claridad, y cierta especie de crepúsculo dorado que no he visto en ninguna otra parte. La luz y las tinieblas parecian mezclarse de acuerdo para formar el velo transparente que cubria los campos.

Si la bondad del cielo me tiene reservado uno de aquellos momentos tan preciosos y raros en la vida del hombre, en que el corazon se inunda de gozo por alguna inespe-

rada y estraordinaria dicha; si una muger, unos hijos y hermanos estimados, separados de mi despues de tanto tiempo, y sin esperanza de volverlos á ver, debiesen repentinamente arrojarse á mis brazos; desearia en verdad que fuese en alguna de estas bellas noches en las riberas del Neva, y en presencia del Ruso hospitalario.

Sin comunicarnos nuestras sensaciones gozábamos con delicia de la belleza del espectáculo que nos rodeaba, cuando el Caballero de P.... rompiendo bruscamente el silencio, esclamó:

»Yo quisiera ver aqui, sobre esta misma barca, uno de esos hombres perversos, nacidos propiamente para hacer la desgracia de la sociedad; uno de esos mónstruos, cuyo peso oprime y fatiga la tierra."

¿Y que hariais entonces? (respondimos á la par sus dos amigos). »Le preguntaria, nos dijo el Caballero, si esta noche le parecia tan grata y bella como á nosotros."

La antecedente esclamacion nos

habia sacado de nuestra meditacion, y su idea original suscitó una conversacion, cuyo interesante resultado estábamos lejos de preveer.

El Conde.

Querido amigo, los corazones perversos no disfrutan buenas noches, ni bellos dias. Ellos pueden distraerse, ó mas bien aturdirse; pero no tienen goces ó fruiciones verdaderas. Yo á lo menos no los creo susceptibles de esperimentar las sensaciones que nosotros. Por lo demas Dios quiera alejarlos de nuestro bote.

El Caballero.

¿Creeis por ventura que no son felices los malos? Yo quisiera participar de esa opinion; pero oigo decir á cada paso que en todo salen bien. Si asi fuese, sentiria que la Providencia hubiese reservado enteramente para el otro mundo el castigo de los malos, y la recom-

pensa de los buenos: me parece que no sería malo un pequeño adelanto en esta vida. He aqui porque desearia cuando menos, que los malos, segun la opinion que acabais de emitir, no fuesen capaces de ciertas sensaciones que á nosotros nos encantan y enagenan.

Vos que estais versado en este ramo de filosofia, debierais aclarar la materia; pues yo confieso estar poco instruido en el modo como Dios egerce su justicia, aunque á decir verdad, me parece, si fijo la consideracion sobre lo que pasa en el mundo, que si castiga en esta vida, no es imediatamente.

El Conde.

Por poco que lo deseeis, podremos dedicar la velada al exámen de esta cuestion, que no es difícil en sí misma; pero que se encuentra enredada por los sofismas del orgullo, y de su primogénita hija la irreligion. Yo echo menos aquellos *Simporíacos* de que nos ha dejado

la antigüedad monumentos preciosos. Las mugeres son ciertamente amables ; es preciso vivir con ellas para no hacernos enteramente agrestes. Las sociedades numerosas tienen tambien su utilidad, y conviene prestarse alguna vez á ellas: pero cuando se ha cumplido con los deberes impuestos por el uso, me parece muy bien que los hombres se junten alguna vez para discurrir y conversar, aunque sea sobre mesa. Ignoro porque no imitamos en esto á los antiguos. ¿Creeis que el exámen de alguna cuestion interesante no ocuparia el tiempo de la comida, mas agradable y útilmente que nuestros ligeros ó tal vez reprensibles discursos? Los antiguos inventaron la idea de sentar á la mesa á Baco y á Minerva para retraer á unos del libertinage, y á otros del pedantismo. Nosotros no tenemos ya á Baco, y nuestra pequeña Symposia lo desecha espresamente; pero tenemos una Minerva mucho mejor que la de los antiguos; convidémosla á tomar el té en

nuestra compañía; ella es afable, no ama el bullicio, y vendrá seguramente.

¿Veis esa pequeña galeria, sostenida por cuatro colunas chinescas, encima de la entrada de mi casa? Mi gabinete de estudio tiene salida á ella, que puede tambien llamarse un balcon dilatado, y allí es donde sentado en mi sillon antiguo, suelo esperar apaciblemente la llegada del sueño. Herido dos veces por los rayos del infortunio, como sabeis muy bien, no tengo derecho á lo que vulgarmente llaman felicidad; y os confieso ademas que antes de haberme fortalecido con saludables reflexiones, me ha sucedido preguntarme á mi mismo ¿que es lo que me quedaba? Pero la conciencia á fuerza de responderme *que yo*, me ha hecho avergonzar de mi debilidad; y de algun tiempo á esta parte me veo libre de la tentacion de quejarme. Allí es, sobre todo en aquel observatorio, donde consigo disfrutar algunos momentos felices. Hay veces que me entrego á

El Conde.

Tomo lo que decís mas bien como acto de urbanidad que de amenaza. No quiero la parte principal de la conversacion; contribuiremos con nuestros pensamientos en comun, y solo comienzo bajo de esta condicion.

Hace largo tiempo, señores, que se quejan los hombres de la Providencia en la distribucion de los bienes y de los males; pero confieso que estas dificultades nunca han hecho la menor impresion en mi ánimo. Veo con toda la certidumbre de intuicion, gracias á la Divina Providencia, que el hombre se engaña en este punto con toda la fuerza de la palabra, y en el sentido natural de la espresion.

Quisiera en verdad poder decir, como Montaigne: *El hombre se alucina á si mismo*, porque sucede asi. Se alucina á sí mismo, y es víctima de su alucinamiento: toma los sofismas de su corazon, naturalmen-

te rebelde (nada es mas cierto), por dudas reales, nacidas en su entendimiento. Si alguna vez la superstición se *persuade creer*, mas frecuentemente aun el orgullo se *persuade no creer*. Siempre es el hombre quien se alucina; mas en el segundo caso su alucinamiento es considerablemente peor.

En fin, señores, no hay materia que crea yo haber profundizado mas que la del gobierno temporal de la Providencia; y asi espondré á dos amigos, á quienes amo tiernamente, algunos pensamientos útiles que he recogido en el camino ya largo de mi vida consagrada toda entera á los estudios serios, y lo haré con un convencimiento perfecto, y una satisfaccion deliciosa.

El Caballero.

Por mi parte os oiré con gusto, y no dudo que nuestro comun amigo os preste la misma atencion; pero permitidme, os suplico, que comience por replicaros antes de oi-

ros, porque supongo lo que vais á decir, y lo doy por esplicado. Vais sin duda á comenzar por donde los predicadores concluyen, es decir, la vida eterna. Los malos son felices en este mundo, pero serán atormentados en el otro: los justos al contrario, sufren en este, mas serán felices en aquel. Ve aqui lo que se oye por todas partes. Me prometo que no me creereis capaz de destruir, ni aun de debilitar tan grande prueba; pero me parece que no perjudicará asociarla á otras.

El Senador.

Si el Caballero merece la tacha de imprudente ó de precipitado, confieso con ingenuidad que participo de su culpa. Yo estaba como él dispuesto á interrumpiros antes que entablarais la cuestion, ó si quereis que os hable con mas claridad, iba á suplicaros que salieseis de las sendas trilladas. He leido mucho de los escritores ascéticos, que infinitamente venero, pero des-

pues de hacerles la justicia que merecen, veo con pena que en la grande cuestion sobre las vias de la justicia divina en este mundo, parecen todos enmudecer, y convenir en que no hay medios para justificar el gobierno temporal de la Providencia Divina. Si esta proposicion no es falsa, es al menos sumamente peligrosa, porque sería muy funesto dejar creer á los hombres, que la virtud no será recompensada, ni el vicio castigado sino en la otra vida. Nada mas desearían los incrédulos, para quienes este mundo es el todo, y la muchedumbre misma vendria á colocarse en sus filas; porque el hombre es tan distraido, tan dependiente de los objetos que le afectan, y tan dominado por sus pasiones, que vemos con frecuencia al creyente mas sometido, esponerse á los tormentos de la vida futura por el mas miserable placer. ¿Que le sucederá pues á aquel que no cree, ó que cree débilmente? Apoyémonos pues tanto como gusteis en la vida futura, que

responde y satisface todas las obgeciones; pero si existe en este mundo un verdadero gobierno moral, y si en esta vida misma debe temblar el crìmen, ¿para que descargarle de este justo temor?

El Conde.

Paskal observa en cierta parte, que lo último que se conoce al componer un libro, es la materia que debe colocarse primero. Yo no voy á componer un libro, queridos mios, pero comienzo mi discurso, que tal vez será largo, y podria vacilar sobre el principio. Felizmente me dispensais del trabajo de la deliberacion, y me enseñais el punto por donde debo principiar.

La tribial espresion que puede dirigirse á un niño, ó á algun otro inferior, *no sabeis lo que os decis*, es el cumplimiento que el hombre sensato deberia hacer á la multitud, cuando se atreve á disertar sobre las cuestiones espinosas de la filosofía. ¿Habeis oido decir á ningun mi-

litar, que los golpes de la guerra hieran solamente á los buenos, y que baste ser malo para ser invulnerable? Seguro estoy de que no; porque todo el mundo sabe que las balas no hacen eleccion. Tendria derecho de establecer cuando menos una perfecta paridad entre los males de la guerra con respecto á los militares, y los males generales de la vida con respecto al resto de los hombres; y supuesta exacta esta paridad, bastaría ella sola para desvanecer la obgecion que habeis indicado como fundada en falsedad tan manifiesta. *Porque es falso, y evidentemente falso, que el crímen sea generalmente feliz, y la virtud generalmente desgraciada en este mundo;* y por el contrario, hay la mayor evidencia de que los bienes y los males son cierta especie de lotería, en la que cada cual sin distincion puede sacar su billete blanco ó negro. Deberíamos pues cambiar la cuestion, y preguntar: *¿Por que en el órden temporal no está exento el justo de los males que*

pueden afligir al culpado; y por qué este no está privado de los bienes que pueden los justos gozar? Pero esta pregunta es enteramente distinta de la otra; y yo me maravillo de que el enunciarla solo, no os demuestre su oscuridad, pues cuento entre mis ideas favoritas, la de que el hombre de rectitud es advertido por el sentimiento interior, de la verdad ó falsedad de ciertas proposiciones, antes de entrar en el examen de ellas, y frecuentemente aun sin haber hecho los estudios necesarios para hallarse en estado de examinarlas con conocimiento perfecto de causa.

El Senador.

Soy tan de vuestro parecer, y tan apasionado á esa doctrina, que temo haberla exagerado en su aplicacion á las ciencias naturales, aunque en cierto modo me la ha confirmado la esperiencia. Mas de una vez me ha sucedido en materia de física, ó de historia natural, el cho-

carme sin saber por qué algunas opiniones acreditadas, y despues he tenido el gusto (que lo es ciertamente) de verlas atacar, y poner en ridículo por hombres profundamente versados en esas ciencias, que sabeis no me precio de haber profundizado. ¿Creeis preciso que yo sea igual á Descartes para tener el derecho de ridiculizar sus torbellinos? Si me dicen que el globo que habitamos es cierto trozo arrancado del sol, hace algunos millones de años por un cometa estravagante que corria en el espacio; que los animales se fabrican como las casas, ó que todas las capas que cubren nuestro globo son el simple resultado de una precipitacion química y casual, con varias otras necedades que se han propalado en este siglo, ¿será preciso haber leido mucho, haber reflexionado otro tanto, ó pertenecer á media docena de academias para conocer la grosera necedad de tan disparatadas teorias? Aun mas: creo que en las cuestiones mismas que pertenecen

á las ciencias exactas, ó que parecen apoyarse enteramente en la esperiencia, esta regla de la conciencia intelectual se encuentra tambien en los que no están iniciados en tales conocimientos, lo que me induce á dudar de muchas cosas que generalmente pasan por ciertas. La esplicacion de las mareas por la atraccion lunisolar, la descomposicion y recomposicion del agua, con otras teorias que podria citaros, y que son recibidas en el dia como ciertas, se niega mi entendimiento á reconocerlas por tales, y me siento invenciblemente inclinado á creer, que llegará dia en que nazca algun sabio de buena fé que nos saque del error acerca de estos objetos maravillosos, ó que nos demuestre que no los comprendemos. Me direis quizá (la amistad os autoriza) que es una pura ignorancia de mi parte. Yo me lo he dicho antes muchas veces; mas decidme tambien ¿por que he de ser mas dócil á las otras verdades? Yo las he creido sobre la palabra sola de

mis maestros, y jamás en mi entendimiento se ha levantado duda alguna contra su fé. ¿De donde proviene pues este sentimiento interior que se subleva contra ciertas teorías? Ellas están apoyadas en argumentos que no puedo destruir; y sinembargo esta conciencia de que hablamos no se rebela menos. *Quodcumque ostendis mihi sic, incredulus odi.*

El Conde.

Eso es hablar latin, amigo Senador, y no vivimos en pais latino. Me parece muy bien que hagais escursiones á paises estrangeros; pero debierais haber pedido licencia á nuestro Caballero.

El Caballero.

Sabed pues que no estoy tan reñido como os figurais con el idioma de la antigua Roma. Es verdad que he pasado el fin de mi juventud en campos donde no suele ser citado Ciceron; pero he comenzado á re-

cibir mi educacion en un pais, en donde se principia siempre por el latin. He entendido perfectamente el texto que se acaba de citar, aunque sin saber á que autor pertenece. Por lo demas, no aspiro á igualarme con el señor Senador, cuyos grandes y sólidos conocimientos reverencio. Ahora podria decirme con énfasis gracioso:

Ve, dile á tu Nacion,
Que hay tambien en la Escitia
Alguna erudicion.

Pero permitid, señores, al mas jóven de todos, llamaros al camino de donde os habeis estraviado. No sé como hemos pasado de la Providencia al latin.

El Conde.

Cualquiera que sea el punto de que tratemos, hablamos siempre de ella. Ademas, una conversacion no es un libro, aunque le lleve ventajas, porque permite alguna varie-

dad. Para volver á nuestro asunto por donde hemos salido, no me meteré á discutir hasta que punto puede fiarse el hombre de ese sentimiento interior, que el señor Senador ha llamado con tanta exactitud *conciencia intelectual.*

Me abstendré tambien de examinar los egemplos particulares, á los cuales se ha servido aplicarlas; pues estos detalles nos conducirian muy lejos de nuestro propósito; solamente diré que la rectitud del corazon, y la pureza habitual de la intencion, pueden egercer mucha influencia, y producir mayores resultados de lo que comunmente imaginamos. Yo propendo á creer, que entre hombres tales como los que me oyen, el instinto secreto, de que hablábamos antes, acertará frecuentemente en las ciencias naturales, y que lo hará siempre que se trate de filosofía racional, de moral, de metafísica, y de filosofía natural. Es muy digno de la Sabiduría Suprema, que todo lo ha criado y ordenado, el haber dispen-

sado al hombre de la ciencia en todo aquello que verdaderamente le interesa. Asi pues he tenido razon en afirmar, que estando bien sentada la cuestion que nos ocupa, debia preceder necesariamente á su discusion la determinacion interior de todo recto entendimiento.

El Caballero.

Me parece que el señor Senador ha adherido, pues que no obgeta nada. En cuanto á mí siempre he llevado la máxima de no contradecir las opiniones útiles. Nunca negar lo provechoso, y no sostener lo que pueda perjudicar, es á mí parecer la regla mas sagrada que deberian observar, particularmente los hombres cuya profesion les impide como á mi los estudios profundos. Ahora pues, que haya conciencia para el entendimiento, como la hay para el corazon; que el sentimiento interior conduzca al hombre de bien, y lo prevenga contra el error en las cosas mismas que parecen

exigir un aparato preliminar de estudio y reflexion: me parece opinion muy digna de la Sabiduría Divina, y muy honrosa para el hombre. No espereis de mi contradiccion ninguna, y sin negaros que mi sentimiento haya tomado su partido, os ruego solamente que os dirijais á mi corazon.

El Conde.

Os repito pues que nunca he comprendido ese argumento perpétuo contra la Providencia sacado de la desgracia de los justos, y de la prosperidad de los malos. Si el hombre de bien sufriese por ser hombre de bien, y si el malo por ser malo prosperase, el argumento sería indisoluble; mas está derribado si se supone solamente, que el bien y el mal son distribuidos á los hombres indiferentemente.

Las falsas opiniones se parecen á la moneda falsa, la cual es acuñada en su principio por criminales, y gastada en seguida por hombres de

bien, que perpetuan el delito sin saber lo que hacen. La impiedad ha comenzado por esparcir esta opinion, y la ligereza y la imprevision la han repetido; pero esto nada importa para el caso. Volvamos á mi primera comparacion. El hombre de bien ha muerto en la guerra, ¿es acaso una injusticia? No, si no una desgracia. Si padece la gota ú otra enfermedad, si le vende un amigo, si la caida de un edificio le estruja; será ciertamente una desgracia, pero nada mas, pues que todos los hombres sin distincion están sujetos á desgracias de esta clase. Nunca perdais de vista la importante verdad de que *la ley general que no es injusta para todos, no puede serlo para el individuo*. Estais libres de tal enfermedad, pero podriais padecerla. La padeceis, por el contrario, podiais estar libres de ella. Aquel que ha perecido en el combate, podria haberse salvado: el otro que se salvó, pudo quedar allí. Todos no han sido muertos; pero todos estaban espuestos á mo-

rir. Luego no hay injusticia. La ley justa no es la que tiene su efecto sobre todos, si no la que es hecha para todos. El efecto sobre tal ó tal otro individuo, es un mero accidente. Para encontrar dificultades en el órden de las cosas, es menester amarlas, y desgraciadamente se aman y se buscan. El corazon humano sublevado contínuamente contra la autoridad que lo reprime, forja cuentos al entendimiento que los cree: acusamos á la Providencia para estar dispensados de acusarnos á nosotros: inventamos contra ella dificultades que nos avergonzaríamos de inventar contra un Soberano, ó contra un simple administrador cuya probidad estimásemos. ¡Cosa estraña! Nos es mas fácil ser justos con los hombres que con Dios. (1)

Me parece, señores, que abusaría de vuestra bondad si me estendiese mas en probar que la cues-

---

1 Multos invenit aequos adversus homines, adversusDeos neminem. (Séneca epist. XCV.)

tion está ordinariamente mal sentada; y que en realidad no sabe lo que dice el que se queja de que el vicio es feliz y la virtud desgraciada en este mundo, cuando aun haciendo la suposicion mas favorable á los murmuradores, está manifiestamente demostrado, que los males de toda especie llueven sobre el género humano, como las balas de un egército sin distincion ninguna de personas. Luego si el hombre de bien no sufre por ser hombre de bien, y el malo no prospera por ser malo, la obgecion queda desvanecida, y el buen sentido y la razon triunfaron.

El Caballero.

Confieso que si nos atenemos á la distribucion de los males físicos y esteriores, hay un evidente descuido ó mala fe en la obgecion que se hace contra la Providencia; pero me parece que en lo que se insiste mas, es sobre la impunidad de los delitos: este es el grande es-

cándalo, y este el artículo acerca del cual deseaba yo oiros.

El Conde.

No es tiempo aun, amigo mio: demasiado pronto me habeis dado la causa por ganada en punto á los males que llamais esteriores. Si he supuesto, como habeis visto, que estos males eran distribuidos con igualdad entre todos los hombres, lo he hecho únicamente para tener esto á mi favor; porque en la realidad no es así. Pero antes que pasemos adelante, pongamos cuidado en no salirnos del asunto, porque hay cuestiones que se entrelazan de tal modo, que es muy facil deslizarse de la una á la otra sin llegarlo á advertir. Por egemplo, desde la de *Por que sufre el Justo?* podremos encontrarnos insensiblemente en la de *Por que sufre el hombre?* La última es no obstante enteramente distinta, pues es la del orígen del mal. Concretémonos pues para precaver toda equivocacion. *El mal es-*

tá sobre la tierra. Ved aquí una verdad que no necesita de prueba. Continuemos: *Está en ella muy justamente, y Dios no puede ser su autor.* Ved otra de la que me prometo no dudamos ninguno de nosotros, y que prescindo de probar porque sé con quien hablo.

El Senador.

Profeso la misma verdad de todo corazon y sin restriccion alguna; pero esta profesion de fe exige esplicaciones á causa de su misma latitud. Santo Tomas ha dicho con el lógico laconismo que le distingue: *Dios es el autor del mal que es pena, pero no del que es culpa* (1). Tiene mucha razon, pero es menester entenderlo Dios es el autor del mal que castiga, es decir, del mal físico ó del dolor, como todo Soberano es autor de los suplicios que

---

1 Deus est autor mali quod est pœna, non autem mali quod est culpa (Sto. Tom. S. Theolog. part. 1.ª quest. 49. art. 11.)

sus leyes infligen. En sentido remoto é indirecto siempre es él quien ahorca, pues que toda autoridad y toda egecucion legal parte de él: mas en sentido imediato y directo, el ladron, el falsario y el asesino son los verdaderos autores del mal que los castiga; ellos son los que edifican las cárceles, y los que levantan los cadalsos. En todo esto el Soberano obra como la Juno de Homero con pleno asentimiento, aunque contra su voluntad. Lo mismo sucede con Dios (escluyendo toda comparacion que sería irreverente). No solo no sabria ser el autor del mal moral ó del pecado, si no que siquiera es comprensible que pueda serlo originariamente del mal físico, el cual no existiria sin que la criatura inteligente lo hubiese hecho necesario por el abuso de su propia libertad. Platon lo ha dicho, y es cosa evidente por si misma: *Un ser bueno no puede perjudicar á nadie* (1). Pero como

1 Probus invidet nemine, la fim.

á ninguno le ocurriria decir, que el hombre de bien deja de serlo, porque castiga justamente á su hijo, porque mata al enemigo en el campo de batalla, ó finalmente porque envia al suplicio al malvado; guardémonos como lo deciais antes, señor Conde, de ser menos equitativos con Dios que con los hombres. Todo entendimiento recto está convencido por intuicion de que el mal no puede emanar del Ser Omnipotente, é infinitamente bueno. Este sentimiento infalible enseñó en otro tiempo al buen sentido de los romanos á unir como con un nudo necesario los dos títulos augustos de muy bueno y muy grande. Espresion magnífica que aunque nacida en el seno del paganismo, ha merecido en fuerza de su exactitud pasar á nuestra lengua religiosa tan delicada y esclusiva.

El Conde.

Supongo que no me creereis dispuesto á contradeciros. *El mal*

físico solo ha podido entrar en el Universo por falta cometida por la libre criatura, y no puede permanecer en él sino como remedio ó espiacion, y por consiguiente en ningun caso puede reconocer á Dios como su autor directo. Estos son para nosotros incontestables dogmas. Ahora me dirijo al Caballero. Conveniais antes en que se tildaba injustamente á la Providencia acerca de la distribucion de los bienes y de los males, y que el escándalo versaba sobre la impunidad de los malvados. Ignoro ciertamente como podeis haber abandonado la primera obgecion sin renunciar á la segunda; porque si no hay injusticia en la distribucion de los males, ¿en que funda su queja la virtud? Siendo el mundo gobernado por leyes generales, si los cimientos de la galería en que estamos fuesen arrojados súbitamente al aire por algun terremoto ó esplosion subterránea, ¿tendriais derecho para pretender que Dios suspendiese en favor nuestro las leyes

de gravedad, solo porque mantiene en el momento á tres hombres que nunca han asesinado ni robado? No por cierto. Nosotros caeríamos, y nos sepultarian sus ruinas. Lo mismo nos sucederia si hubiéramos sido miembros de la logia de los iluminados de Baviera, ó de la comision de la salud pública. ¿Querriais que cuando graniza quedasen salvos los campos de los justos? Ved ahí un milagro. Mas si por casualidad este justo llegase á cometer un crímen despues de la cosecha, ¿sería preciso que se pudriese en sus graneros? Eso sería otro. De modo que cada instante exigiendo un milagro, el milagro llegaría á ser el estado ordinario del mundo, es decir que no podría haber ya milagro, porque la escepcion se erigiria en regla, y la alteracion del órden llegaria á ser el órden de las cosas. Con solo esponer estas ideas, se encuentran suficientemente refutadas.

Lo que nos engaña en el particular harto frecuentemente es, que

atribuimos de ordinario á Dios sin percibirlo, las ideas que tenemos de la dignidad é importancia de las personas. Con respecto á nosotros son muy justas, porque estamos sometidos al órden establecido en la sociedad; pero transfiriéndolas al órden general, nos parecemos á aquella reina que decia: *Cuando se trata de condenar á las gentes de nuestra especie, creed que Dios lo piensa mas de una vez.* Isabel de Francia sube al cadalso, Robespierre sube pocos instantes despues: el ángel y el monstruo se sometieron á su entrada en el mundo á todas las leyes que lo rigen. Todo hombre en calidad de tal está sujeto á las desgracias de la humanidad; la ley es general, luego no es injusta. Pretender que la dignidad ó las dignidades del hombre le sustraigan de la accion de un tribunal ó inicuo ó engañado, es precisamente tanto como querer que exima de la apoplegía ó de la misma muerte.

Observad no obstante que á pe-

sar de las leyes generales y necesarias, está muy lejos de existir realmente la pretendida igualdad, sobre la cual he insistido hasta ahora. Yo la he supuesto como os he dicho para ganar terreno, pero nada es mas falso como lo vais á ver.

Comenzad desde luego no considerando jamás al individuo. La ley general, la ley visible, y visiblemente justa es, *de que la mayor parte de la felicidad aun temporal pertenezca no al hombre virtuoso, sino á la virtud.* Suponed que cada accion virtuosa sea pagada, por decirlo así, con alguna ventaja temporal; y convendreis en que no siendo el acto sobrenatural, ya no podria merecer recompensa de esta especie. Suponed por otra parte que en virtud de alguna ley divina, la mano del ladron cayese á tierra en el momento de cometer el robo; y comprendereis facilmente que en esta hipótesi el hombre se abstendria de robar, lo mismo que se abstiene de poner su mano debajo de la cuchilla de un

cortante, y que el órden moral desapareceria enteramente. Para acordar pues este órden (el solo posible para los seres inteligentes y acreditado por el hecho) con las leyes de la justicia, es preciso que la virtud sea recompensada, y el vicio castigado aun temporalmente, pero no siempre en el acto; es preciso que una parte incomparablemente mayor de felicidad temporal se atribuya á la virtud, y que el lote proporcionado de desdicha se le consigne al vicio, pero que el individuo no cuente con esta seguridad. He aqui lo que sucede. Cualquiera otra hipótesi que imagineis, os guiará directamente á la destruccion del órden moral ó la ridícula creacion de otro mundo.

Para entrar ahora en el detall, comencemos por la justicia humana. Habiendo Dios determinado que los hombres fuesen gobernados por los hombres esteriores á lo menos, ha cometido á los Soberanos la eminente prerrogativa de castigar los delitos, y en esto prin-

cipalmente son sus representantes. Yo he encontrado en las leyes de Menú un bello concepto sobre el particular: permitidme que os lo lea, en el tomo 3.° de las obras del Caballero William Jones, que está sobre la mesa.

El Caballero.

Con mucho gusto; pero tened la bondad de decirnos quien es el Rey Menú, á quien nunca he tenido el honor de ser presentado.

El Conde.

Menú, señor mio, fue Legislador grande de las Indias. Unos dicen que fue hijo del sol, y otros le suponen de Brahma, primera persona de la fabulosa Trinidad que adora aquella secta (1); opiniones tan igualmente estraviadas, que me

---

1 Mauricio, historia del Indostan. (Lóndres en 4 tomos, 1.° página 53 y 54, y tomo 2.° página 57.)

obligan á decidirme contra entrambas. El muy docto Caballero Jones, cree que el código de este legislador es quiza anterior al Pentateuco, y cuando menos á todos los legisladores de la Grecia (1). Pero Mr. Pinkerton que tiene algun derecho á nuestra confianza, y que ha dado en la desatencion de burlarse de los Brahmas, se ha creido en estado de probarles que podria no ser sino algun honrado legista del siglo XIII (2). Mas yo que no acostumbro á disputar por tan cortas diferencias, voy á leeros el pedazo en cuestion, cuya fecha dejaremos en blanco.

»Brahma en el principio de los tiempos creó para el uso de los Reyes el genio de las penas, y le dió un cuerpo de pura luz: este genio es su hijo, es la justicia misma, y el protector de todas las cosas criadas. El temor á este genio retiene

---

1 Sir William Jones Works, tomo 3.°
2 Geogr. (tomo 6.° de la traduc. francesa, pág. 260 y 261.)

en sus goces naturales á los seres sensibles, y les impide que se estravien de su deber. Debe pues el Rey aplicar justamente las penas á todos los que hayan obrado mal, despues de haber considerado bien y debidamente el lugar, el tiempo, sus propias fuerzas y la Divina ley. El castigo es un Gobernador activo, él es el verdadero administrador de los negocios públicos, es el dispensador de las leyes, y los hombres sabios le llaman el *responsable* de las cuatro órdenes del Estado para el exacto cumplimiento de sus deberes. El castigo gobierna la humanidad entera, el castigo la preserva, y el castigo vela cuando los humanos guardias duermen. El sabio considera el castigo como la perfeccion de la justicia. Si un Monarca indolente cesa de castigar, el mas fuerte concluirá por devorar al mas débil. La raza entera de los hombres está contenida en el órden por el castigo, porque la inocencia no se encuentra en ninguna parte, y el temor de las penas es

el que permite al Universo el goce de la felicidad que le está destinada. Se corromperian todas las clases, se romperia toda valla, y no habria mas que confusion entre los hombres, si la pena dejase de ser aplicada ó lo fuese injustamente: pero cuando la pena con el ojo inflamado, y el atezado cutis se adelánta para destruir el delito, la justicia triunfa y el Pueblo se salva.” (1)

El Senador.

Admirable! magnífico! Nos habeis hecho un servicio en desenterrar tan bello trozo de la filosofía indiana. En verdad que la fecha no hace al caso.

El Conde.

La misma impresion ha hecho en mí. No creo posible espresar con

1 Obras de Sir Wiliam Jones, tomo 3.°, páginas 223 y 224.

mas nobleza y energía la terrible prerrogativa de los Soberanos en el castigo de los culpados. Pero permitidme, que advertido por estas tristes espresiones, detenga algun tanto mi consideracion sobre un obgeto que choca al pensamiento sin duda, pero que es no obstante muy digno de ocuparle.

De esta prerrogativa terrible de que os hablaba, resulta la existencia necesaria de un hombre destinado á infligir á los delitos los castigos designados por la justicia humana; y este hombre con efecto se encuentra en todas partes sin que haya ningun medio para esplicar el cómo; porque la razon no descubre en la naturaleza del hombre motivo alguno capaz de determinarle á la eleccion de profesion semejante. Os creo bastante acostumbrados á reflexionar para tener por cierto que habreis meditado algunas veces acerca del verdugo. ¿Que ser inesplicable es este que ha preferido á todos los oficios agradables, lucrativos, honestos y aun honrosos que

se presentan de tropel á la fuerza y á la destreza humana, el de atormentar y matar á sus semejantes? ¿Este corazon, esta cabeza están organizados como los nuestros? ¿No contienen nada de particular y de estraño á nuestra naturaleza? En cuanto á mí no sé si creerlo, ó dudarlo. Está esteriormente conformado cual nosotros, nace como nosotros, y para que exista en la familia humana es preciso un decreto particular: un *fiat* del poder creador: él está creado como el mundo. Examinad cual es la opinion de los hombres sobre él, y considerad si la puede ignorar y la puede hacer frente. Apenas la autoridad ha señalado su habitacion, apenas ha tomado posesion de ella, cuando los habitantes retroceden hasta perderla de vista. En medio de tanta soledad, y de este especie de vacio formado al rededor de si, vive solo con su muger y con sus hijos que le hacen distinguir la voz del hombre. Sin ellos no conoceria sino sus gemidos lastimeros. Una señal lúgubre es dada: un

ministro abyecto de la justicia viene, toca á su puerta, le advierte que se necesita de él, sale y llega á la plaza pública. Allí se le entrega un envenenador, un parricida, un sacrílego: lo ase, lo estiende, lo ata sobre una cruz horizontal, levanta el brazo, reina un silencio horroroso, y ya no se oye mas que el crugido de los huesos fracturados por la barra, y los ahullidos de la víctima. La desata despues, le lleva sobre la rueda, los miembros destrozados se enredan y entrelazan con los rayos de ella, la cabeza cuelga, los cabellos se erizan y la boca abierta como una hornaza no exhala ya sino por intervalos alguna palabra á medio articular, que anuncia la próxima muerte. Concluye su sanguinaria egecucion, el corazon le late, pero en medio de ello se aplaude interiormente, y dice con jactancia, *ninguno sabe egecutar mejor que yo*. Baja, estiende la mano teñida aun con la sangre, y la justicia le arroja desde lejos algunas monedas que recoge y se lleva

por entre dos filas de gente, que el horror hace apartar, y se sienta á la mesa; y come, y se acuesta, y se duerme; y se dispierta al otro dia, y piensa en cualquiera otra cosa, menos en lo que ha hecho la víspera? ¿Es este un hombre? Si: Dios le recibe en sus templos, y le permite orar. Él no es delincuente, pero á ninguno le ocurre decir que es virtuoso, ni que es honrado, ni estimable. Ningun elogio moral le puede convenir, porque todos los elogios suponen relaciones con los hombres, y él no tiene ninguna.

Y sin embargo toda grandeza, todo poder, toda subordinacion descansa en el egecutor; él es el horror, y él es lazo de la humana asociacion. Quitad del mundo este agente incomprensible, y en el instante mismo el órden hace lugar al caos, los tronos se abisman, y la sociedad desaparece. Dios que es el autor de la Soberanía, lo es tambien del castigo, y ha puesto la tierra sobre estos dos polos: porque *Jehovah es el dueño de estos dos*

polos, y sobre ellos hace girar el mundo. (1)

Existe pues en el círculo temporal una ley divina y visible para el castigo del delito, y esta ley, tan estable como la sociedad que hace subsistir, es egecutada invariablemente desde el orígen de las cosas. El mal está sobre la tierra, obra de contínuo, y por consecuencia debe ser constantemente reprimido por el castigo. Con efecto, vemos sobre toda la superficie del globo una accíon constante de todos los gobiernos para contener y castigar los atentados del delito; la espada de la justicia no debe tener vaina; debe siempre ó herir ó amenazar. ¿En que se funda pues la queja de la impunidad del delito? Para quienes son las horcas, las hogueras y las ruedas? Los errores de los tribunales son meras escepciones que en nada destruyen la regla, y sobre ello tengo muchas reflexiones que

---

1 Domini enim sunt cardines terae et posuit super eos orbem. (Cant. Annæ 1, Reg. 2. 13.

hacer. En primer lugar, estos fatales errores son mucho menos frecuentes de lo que se imagina; porque la opinion es siempre contraria á la autoridad; el público acoge los menores rumores que se esparcen de la injusticia de las sentencias, y mil pasiones individuales se unen entonces á esta inclinacion general. Y si no, atestiguo con la larga esperiencia del señor Senador, ¿no es escesivamente raro que un tribunal condene á muerte por pasion ó por error? Ya veis, Caballero?...

El Caballero.

En este instante me ha ocurrido la idea de Calás, y me ha hecho pensar en el caballo y en la cuadra. (1) Ved como las ideas se encade-

1 En el tiempo en que se rehabilitó la memoria de Calas, el Duque de *A*.. . preguntó á un habitante de Tolosa cómo era posible que el tribunal de aquella ciudad se hubiese engañado, á lo cual le respondió con el proverbio de que no hay caballo que no tropiece. Sea en hora buena, replicó el Duque, ¿pero toda una Cuadra?

ñan, y como la imaginacion no cesa de interrumpir á la razon.

El Conde.

No teneis que disculparos, pues me haceis gran favor en recordarme este famoso juicio que me suministra la prueba de lo que os acabo de decir: nada menos demostrado que la inocencia de Calás. Hay mil razones para dudar de ella, y aun para creer lo contrario; pero lo mas chocante es la carta original de Voltaire, escrita al célebre Tronchin de Ginebra, que he leido muy despacio ya algunos años. En medio de una discusion pública la mas acalorada, y en la que Voltaire se intitulaba el tutor de la inocencia, y el vengador de la humanidad, bromeaba en dicha carta lo mismo que si se hubiese tratado de alguna ópera bufa. Me acuerdo particularmente de esta frase: »Habeis encontrado mi memoria demasiado caliente; pero yo os preparo otra hecha al baño-maria." En es-

te estilo grave y sentimental hablaba el digno hombre á otro que poseia su confianza, mientras que en la Europa entera resonaban sus declamaciones fanáticas.

Mas degemos á Calás. Si algun inocente perece, es una desgracia como todas muy comun á los hombres; si escapa algun culpado, es una escepcion de igual clase: pero siempre es verdad generalmente hablando *que hay sobre la tierra un órden universal y visible para el castigo temporal de los crímenes*, y yo debo haceros observar que los culpados no engañan á la justicia tan frecuentemente, como se podría creer si solo se escuchasen las simples teorías de los que quisieran enervar su fuerza y burlar su vigilancia. Hay tambien en las casualidades que descubren á los malvados diestros, alguna circunstancia tan inesperada, tan maravillosa, y tan imposible de haber sido prevista, que los hombres llamados por su estado ó por sus reflexiones, á seguir esta especie de nego-

cios, se sienten inclinados á creer que la justicia humana se halla ausiliada de otra superior en la pesquisa ó averiguacion de los culpados.

Permitidme añadir otra consideracion para terminar el capítulo de las penas. Asi como es muy posible equivocarnos cuando acusamos la justicia humana de haber perdonado al culpable, porque el que miramos como á tal no lo sea realmente; asi tambien es muy posible que un hombre enviado al suplicio por algun crímen que no ha llegado á cometer, lo haya merecido en la realidad por otro desconocido enteramente. Feliz, y desgraciadamente hay muchos egemplos de esta clase acreditados por la confesion de los culpados, y no dudo será mayor el número de los que nosotros ignoramos. Esta suposicion última merece suma atencion, porque aunque á los jueces en este caso sean ó muy reprensibles, ó muy desgraciados, la Providencia para quien todo es medio

hasta los obstáculos mismos, se sirve igualmente del delito que de la ignorancia para administrar la justicia temporal que reclamamos; y es indudable que ambas hipótesis disminuyen considerablemente el número de las escepciones de la regla. Ya veis pues cuanto destruye la pretendida igualdad, que yo habia supuesto la sola consideracion de la justicia humana. De la aplicacion que se hace de los castigos corporales, pasemos á la de las enfermedades. Si se quitasen del Universo las intemperancias de toda especie, se destruiria tambien el mayor número de enfermedades, y tal vez podremos decir todas. Esto lo ve el mundo entero aunque confusamente: pero será útil que lo examinemos de cerca. Si no hubiese mal moral en la tierra, no habria mal físico; pues si una infinidad de enfermedades son el producto inmediato de determinados desórdenes, ¿no es cierto que la analogía nos conduce á generalizar la observacion? Teneis presente

por ventura la declaracion vigorosa de Séneca en razón de las enfermedades de su siglo? »Es interesante ver la época de Neron señalada por una afluencia de males desconocidos en los tiempos anteriores: *¿Os maravillais por ventura de esta copia de males?* Contad los cocineros (1).'' Él se indigna particularmente contra las mugeres. »Hipócrates (añade), el oráculo de la medicina, ha dicho que las mugeres no están sujetas á la gota. Tendria razon en su tiempo; mas se engaña respecto del presente. Pero pues ellas han despojado su sexo para vestir al nuestro, que estén condenadas á participar los males de aquel de quien han adoptado los vicios. Que el cielo las maldiga por la infame usurpacion que han hecho.''(2) Hay varias enfermedades,

---

1 Innumerabiles esse morbos mirari? Cognos numera. (Séneca, cap XCV.

2 Esto es lo que dice con corta diferencia pero convendria que se leyese el texto. El espantoso cuadro que Séneca presenta, merece la atencion del médico y la del moralista.

que como se ha dicho muchas veces son resultados accidentales de la ley general. El hombre de mayor moralidad debe tambien morir, y dos que hacen una carrera forzada, el uno para salvar su semejante y el otro para asesinarle, pueden ambos morir de pleuresía; pero ¿que número tan espantoso de enfermedades en general, y de accidentes particulares no son debidos sino á nuestros vicios? Me acuerdo que Bossuet predicando delante de Luis XIV y de toda su Corte, llamó á la medicina en testimonio de las consecuencias funestas de la voluptuosidad (1). Tenia mucha razon para citar lo que era mas patente y mas chocante; pero tambien tenia

---

1 Los tiranos, dice Bossuet, no han inventado mas insoportables torturas que las que hacen sufrir los placeres. Ellos han traido al mundo males desconocidos á nuestra especie. y los médicos acordes enseñan que la funesta complicacion de síntomas y enfermedades que desconciertan su arte, confunden su esperiencia, y desmienten sus antiguos aforismos, tienen su origen de los placeres. (Sermon contra el amor de los placeres, primer punto.)

derecho para generalizar la observacion. En cuanto á mí no puedo resistirme á la opinion de un nuevo apologista, el cual ha sostenido, que todas las enfermedades conocidas deriban de algun vicio que proscribe el Evangelio; que esta ley santa contiene la verdadera medicina del cuerpo, del mismo modo que contiene la del alma; en términos que en una sociedad de justos que viviesen segun aquel, no sería la muerte sino el término inevitable de una vida sana y robusta: opinion que segun creo fue de orígenes. Lo que nos engaña en esta parte es, que cuando el obgeto se presenta remoto, dejamos de percibirlo aunque sea cierto en realidad. Las enfermedades una vez producidas se propagan, se cruzan, y se amalgaman por la mas funesta afinidad, de suerte que podemos sufrir en el dia la pena física de escesos cometidos hace un siglo. Sinembargo á pesar de la confusion que resulta de estas mezclas horrorosas, es bastante visible para el

atento observador la analogía que reina entre los delitos y las enfermedades. *Hay males como delitos, actuales y originales, accidentales y habituales, y mortales y veniales.* Hay enfermedades de pereza, de cólera, de glotonería, de incontinencia &c. Añadamos á esto que á la manera que hay delitos que tienen caracteres, y por consiguiente nombres distintivos en todos los idiomas, como el asesinato, el sacrilegio, el incesto, y otros que solo podría designar con términos generales, como el fraude, la injusticia, la violencia y la malversacion; del mismo modo hay enfermedades caracterizadas, como la hidropesía, la apoplegía &c. y otras que no pueden designarse, sino con las voces de desazones, incomodidades, dolores y calenturas sin nombre conocido. Luego cuanto mas virtuoso es el hombre, está mas al abrigo de las enfermedades nombradas.

Bacón, aunque protestante, ha fijado muy particularmente su vista

observadora en el gran número de Santos (sobre todo frailes y solitarios) que Dios ha favorecido con larga vida, y la observacion contraria es igualmente singular, pues que no hay vicio, delito, ni pasion desordenada que deje de producir en el órden físico efectos mas ó menos terribles, mas ó menos remotos.

Si examinamos la conducta de nuestro Salvador, hallaremos en ella la mas bella analogía entre las enfermedades y los delitos. Este Divino autor de nuestra Religion, que se dignó tambien ser su Maestro, no encendió volcanes, ni hizo caer el rayo para autorizar su mision á los ojos de los hombres, sino que por el contrario obró milagros para hacerles el bien. Este Divino Maestro, vuelvo á decir, antes de curar los enfermos que se le presentaban, ó les perdonaba los pecados, ó se dignaba dar testimonio irrecusable á la fé pública en crédito de que los habia reconocido. (1) Y que cosa

1 Bourdalue ha hecho con corta diferencia la misma observacion en su Sermon sobre la

mas convincente que lo que dice al leproso: « Ya veis que os he curado, guardaos de pecar, no os suceda peor."

Parece que el hombre puede penetrar en algun modo este secreto, si reflexiona acerca de una verdad que con solo anunciarla, se encuentra demostrada para todo el que esté versado en la filosofía: » Que ninguna enfermedad tiene en rigor una causa material." Aunque la razon, la revelacion y la esperiencia se reunen para convencernos de la funesta relacion que existe entre el mal moral y el mal físico, no solamente cerramos los ojos para no ver las consecuencias materiales de las pasiones que residen en el alma, sino que estamos muy lejos de examinar bastantemente los estragos de aquellas que tienen sus raizes en los órganos físicos, y cuyas consecuencias visibles nos deberían asustar. Mil veces por egemplo hemos repetido el viejo adagio, que *la me-*

---

predestinacion. Vis sanus fieri? Obra maestra, de una lógica sana y consoladora.

sa mata mas que la guerra. ¡Pero que pocos hombres reflexionan acerca de la importante verdad de este axioma! Si cada hombre quisiese esperimentarse con la serenidad debida, quedaría convencido de que come quizá la mitad mas de lo que debe. Del esceso en la cantidad pasemos al abuso de la cualidad. Consideremos en sus varios pormenores ese arte pérfido de escitar un apetito engañoso que nos mata: pensemos en los inumerables caprichos de la comun intemperancia, en las composiciones seductoras, que son precisamente para nuestros cuerpos lo que los malos libros para nuestro entendimiento, el cual se halla á la vez sobrecargado y corrompido; y veremos claramente como la naturaleza continuamente atacada por tan abominables escesos, combate á todas horas contra nuestros atentados, y cuan preciso es que á pesar de todos sus recursos maravillosos llegue al fin á sucumbir, y reciba el pestilente gérmen de inumerables

males. Hace mucho tiempo que la sola filosofía ha adivinado que toda la ciencia del hombre estaba encerrada en dos palabras: *Sustine et abstine.* (1) Y aunque esta débil legisladora caiga en redículo aun en sus leyes mejores, porque carece de la fuerza para hacerse obedecer; debemos ser no obstante equitativos, y agradecerla las verdades que ha llegado á publicar. Ella ha conocido muy bien que las mas fuertes inclinaciones eran viciosas hasta el punto de tender evidentemente á la destruccion de la sociedad, que el hombre no tenia mayor enemigo que á sí mismo, y que todo lo sabía el que habia aprendido á vencerse. (2) Mas la ley cristiana

---

1 Sufre y abstente: este es el famoso A. N. E. X. O. Y. K. A. V. A. U. E. X. O. Y. de los Estoycos.

2 El mas sencillo, el mas piadoso, el mas humilde, y por todas razones el mas penetrante de los escritores ascéticos, dice que nuestro negocio diario debe ser el hacernos mas fuertes que nosotros mismos Hoc deberet esse negotium nostrum.... quotidie seipso fortiorem fieri. (De imit. Ch. l. 33.) Máxima que sería digna de epiteto cristiano.

que es la voluntad revelada de aquel que lo sabe todo, y que lo puede todo, no se limita á varios consejos, sino que hace de la abstinencia general, ó de la habitual victoria conseguida sobre nuestros deseos, un precepto capital que debe servir de regla á toda la vida del hombre. Hace ademas de la privacion mas ó menos severa, mas ó menos frecuente de los mismos placeres licítos de la mesa, una ley fundamental que puede ser muy bien modificada segun las circunstancias, pero que parece invariable en su esencia. Si queremos discurrir acerca de esta privacion llamada ayuno, considerándola como punto espiritual, nos bastará escuchar á la iglesia, cuando le dice á Dios con la infalibilidad que ha recibido: »Tu te sirves de la abstinencia corporal para reprimir nuestros vicios, para elevar nuestra mente hasta tí, y para darnos virtudes que tú solo puedas recompensar." (1) Pero sin salir

1 Qui corporali jejunio vitia comprimis,

del círculo temporal, me ha sucedido muchas veces el pensar con admiracion y reconocimiento en esta ley saludable, que opone abstinencias periódicas á la accion destructora que la intemperancia egerce contínuamente sobre nuestros órganos, y que contribuye al menos á que esta fuerza se contenga, obligándola siempre á volver á empezar. Jamás se imaginó cosa mas sabia aun con referencia á la higiene; jamás se unió mejor la ventaja temporal del hombre con sus intereses y necesidades de otro órden superior.

EL SENADOR.

Acabais de indicar uno de los

---

mentem elevas, virtutem largiris et proemia. (Prefacio de la misa durante la cuaresma.)

Platon ha dicho que si la naturaleza no tuviese medios físicos para prevenir al menos en particular las consecuencias de la intemperancia; este vicio brutal bastaría por sí solo á inhabilitar al hombre para todos los dones del ingenio, de las gracias y de la virtud, y para estinguir en él el espíritu Divino. (La Tim. Opp. tom. X. pág. 394.)

grandes gérmenes del mal, que justifica mucho la Providencia en sus vias temporales, cuando la examinamos bajo este aspecto; pero la pasion mas desenfrenada, y la mas lisongera á la naturaleza humana, es tambien la que debe ocupar nuestra atencion; pues que ella sola derrama mas males sobre la tierra que todos los demas vicios reunidos. Nosotros miramos con horror el homicidio, ¿pero que son todos los homicidios juntos y la guerra misma comparada con el vicio de que hablo, que es como el principio malo, homicida en su orígen, el cual obra sobre lo posible, mata lo que no existe aun, y no cesa de velar sobre los manantiales de la vida para debilitarlos y corromperlos? ¿Por que ha de haber en la tierra, en virtud de su actual constitucion, tanta conspiracion para justificarlo, para embellecerlo, y aun hacerlo plausible, cuando no hay uno contra el cual las sagradas letras hayan acumulado mas anatemas temporales? El sabio nos ad-

vierte las consecuencias de las noches culpables; y si miramos en rededor de nosotros con ojos perspicaces y puros, nada nos impide observar el incontestable cumplimiento de estos temibles anatemas. La reproduccion del hombre que por una parte se le asemeja á los brutos, le eleva por otro lado hasta la pura inteligencia por las leyes que cubren este grande misterio de la naturaleza, y por la sublime participacion concedida al que ha sabido hacerse digno. ¡Pero que terrible es la sancion de estas leyes! Si pudiésemos distinguir con claridad todos los males que resultan de las generaciones desordenadas, y de las inumerables profanaciones de la primera ley del mundo, apartaríamos la vista y retrocederíamos de horror. Ved porque la única Religion verdadera es tambien la sola que haya santificado el matrimonio, y sometídolo á ordenanzas sagradas. Yo creo que su legislacion en esta parte debe ser colocada en el número de las pruebas

no contradice ninguna verdad reconocida, y se dirige ademas á elevar el hombre, perfeccionarle, y hacerle dueño de sus pasiones, no sé por que ha de ser desechada. ¿Puede nunca el hombre penetrarse bastante de su espiritual dignidad? No podria ciertamente engañarse, si creyese que era para él de la mas alta importancia el no obrar en las cosas que están sujetas á su deliberacion como un ministro ciego de la Providencia, sino como un ministro inteligente, libre y sometido con la voluntad anterior y determinada de obedecer, y cooperar á los planes de quien le envia. Si se engaña sobre la estension de los efectos que atribuye á esta voluntad, es preciso confesar que se engaña inocentemente.

EL CONDE.

Admito de todo corazon esta regla de la utilidad comun á lo general de los hombres; pero nosotros tenemos otra que nos preserva del error, á saber, la de la autoridad.

Que se diga ó que se escriba lo que se quiera, nuestros padres han echado ya el áncora: atengámonos á ellos, y no temamos ni á los iluminados, ni á los impíos. Por lo demas, separemos de la cuestion todo lo que pueda ser mirado como hipotético, y yo sentaré como principio incuestionable: »Que los vicios morales pueden aumentar el número é intensidad de las enfermedades hasta un punto que nos es imposible señalar; y que el horroroso imperio del mal físico puede ser reducido por la virtud á límites tan estrechos, que tan poco es posible fijar.'' Como no hay la menor duda de la verdad de esta proposicion, tan poco se necesita de otra prueba para justificar las vias de la Providencia, aun en el órden temporal, mayormente si se añade á dicha prueba la de la justicia humana; pues queda demostrado que bajo este doble aspecto, el privilegio de la virtud es incalculable, sin necesidad de apelar para ello á la razon, ni á otra cualquiera consideracion religiosa. ¿Quereis que salgamos a-

hora del órden temporal?

El Caballero.

Comenzaba á fastidiarme tanto sobre la tierra, que no me pesaría tuvieseis la bondad de elevarnos un poco. Vaya pues.

El Senador.

Por lo que es esta noche, me opongo al viage. El placer de la conversacion nos seduce, y la claridad nos engaña, porque es mas de media noche. Vamos pues á acostarnos bajo la fé de nuestros relojes, y mañana seremos fieles á la cita.

El Conde.

Teneis razon: los hombres de nuestra edad se deben formar en esta estacion una noche convencional, para dormir pacíficamente; del mismo modo que crearse un dia facticio en invierno, para favorecer al trabajo. En cuanto al Caballero puede salir á divertirse en el gran mundo, cuando haya dejado á sus graves amigos. Todavia encontrará

gentes que no se habrán sentado á la mesa.

EL CABALLERO.

Tomaré vuestro consejo, pero con condicion de que me hareis la justicia de creer que no me prometo pasarlo tan bien en el gran mundo, como lo he pasado en vuestra compañia. Decidme antes de separarnos, si el bien y el mal serán distribuidos por ventura como el dia y la noche. Ahora no encendemos bugías sino por pura ceremonia, y de aquí á seis meses las apagaremos apenas. En Quito todos los dias se encienden, y se apagan á una hora. Entre estas dos estremidades, el dia y la noche van creciendo del ecuador al polo, y en sentido contrario, con un órden invariable; pero al fin del año ha recibido cada uno su parte, y todo el mundo cuenta 4380 horas de dia, y otro tanto de noche

EL CONDE.

Hablaremos mañana.

VELADA SEGUNDA.

El Conde.

Volveis la taza, Caballero? no quereis ya mas té?

El Caballero.

No; os lo agradezco: por esta noche me contentaré con una sola. Criado como sabeis en una provincia meridional de Francia, en donde no se usa el té, sino como remedio contra el catarro; aunque he vivido despues en paises que hacen grande uso de esta bebida, la he tomado solamente por seguir la costumbre; pero sin encontrar suficiente placer para hacer de ella una necesidad: fuera de que no soy partidario de estas bebidas: ¿quien sabe si ellas nos han traido nuevas enfermedades?

El Senador.

Podria suceder asi, sin que la suma de los males hubiese aumentado sobre la tierra; porque suponiendo que la causa que indicais haya producido algunas enfermedades ó algunas incomodidades nuevas, lo que me parece dificil de probar, es preciso atender á que hay otras muchas que se han disminuido considerablemente, y aun desaparecido, como la lepra, la elephancia y otras. Ademas, no soy de la opinion de que el té, el café y el azucar que tanta fortuna han hecho en Europa, nos hayan sido dados como castigo: lejos de ello, propendo á mirarlos como dones apreciables: pero sea de ello lo que quiera, nunca los consideraré como obgetos indiferentes. Creo que no hay casualidad en el mundo, y sospecho hace ya mucho tiempo que la comunicacion de alimentos y bebidas, tiende de lejos ó de cerca á alguna obra secreta que se opera en el mundo sin saberlo noso-

tros. Para todo hombre que no tiene la vista ofuscada, y que quiere mirar, nada hay tan visible como el lazo de los dos mundos, aunque hablando con rigor podria decirse que no existe sino uno, porque la materia nada es. Ensayad si gustais á imaginaros la materia como existente sola, y sin inteligencia, y jamás llegareis á concebirlo.

El Conde.

Tambien pienso que ninguno puede negar las relaciones mútuas de los dos mundos visible é invisible. Cada uno de ellos puede ser considerado, ó en sí mismo, ó con respecto al otro. Segun esta division natural propuse ayer la cuestion que nos ocupa. No consideré por de pronto sino el órden puramente temporal, y despues reclamé vuestra licencia para remontarme mas alto, cuando fui interrumpido muy oportunamente por nuestro Senador. Ahora continúo. Si todo mal es un castigo, ningun mal puede ser consi-

derado como necesario, y no siendo ningun mal necesario, se deduce que todo mal puede ser evitado ó por la supresion del delito que lo habia hecho necesario, ó por la oracion que tiene la fuerza de mitigar ó evitar el castigo. El imperio del mal físico, pudiendo disminuirse indefinidamente por este medio sobrenatural, ya veis......

El Caballero.

Permitid que os interrumpa, y que aunque sea á costa de una impolítica, os precise á ser claro. Tocais la materia que me ha agitado frecuentemente del modo mas penoso; pero por ahora quiero suspender mis preguntas sobre ella. Solo desearia haceros observar que confundis, sino me engaño, los males debidos imediatamente á las faltas del paciente, con lo que nos transmite una herencia desgraciada. Deciais que quizá *sufrimos en el dia por escesos cometidos hace un siglo*, y me parece que no somos res-

ponsables de estos, como del de nuestros primeros padres. Creo que la fe no se estiende hasta eso, y no veo porque los males físicos heredados hayan de ser la obra del Gobierno temporal de la Providencia.

El Conde.

Atended os suplico, á que yo no he insistido acerca de la triste herencia, y que no os la he dado como prueba directa de la justicia que egerce la Providencia en el mundo. He hablado por incidente, como de una observacion que se encontraba al paso; pero á pesar de ello os agradezco, amigo mio, que la hayais recordado, porque es muy digna de ocuparnos. Sino he hecho distincion de las enfermedades, es porque todas ellas son castigos. El pecado original que lo esplica todo, y sin el cual no se esplica nada, se repite desgraciadamente á cada instante de la duracion, aunque de un modo secundario. No creo que esta idea tenga cosa alguna chocante á vuestra

inteligencia en calidad de buen cristiano, cuando estará exactamente demostrada. El pecado original es sin duda un misterio; sin embargo, si el hombre lo llega á examinar de cerca, encuentra que este misterio, como todos los otros, tienen cosas plausibles, aun para nuestro limitado entendimiento. Dejemos á un lado la cuestion teológica de la *imputacion* que permanece intacta; y atengámonos solo á esta observacion vulgar, que se conforma tambien con nuestras mas naturales ideas: *que todo ser que tiene la facultad de propagarse, no puede producir mas que seres semejantes á sí mismo.* Esta regla no sufre escepcion, y está escrita en todas las partes del globo. Si un ser pues llega á ser degradado, su posteridad no será semejante al estado primitivo de este ser, sino al estado á que ha descendido por una causa cualquiera. Esto se concibe con facilidad, y la regla tiene el lugar tanto en el órden físico como en el moral. Mas es preciso observar que hay entre el hombre *en-*

fermizo, y el hombre *enfermo*, la misma diferencia que entre el vicioso y el culpable. Las enfermedades agudas no pueden transmitirse; pero las que vician los hombres llegan á hacerse originales, y pueden hechar á perder una raza. Los males pertenecen al estado ordinario de la humana imperfeccion; pero hay tal prevaricacion ó tal continuacion de prevaricaciones que pueden degradar absolutamente al hombre. Este es un *pecado original* de órden secundario, que nos representa aunque imperfectamente el primero. De aqui proceden los salvages de quienes se han propalado tantas estravagancias, y que han servido de perpétuo texto á J. J. Rousseau, uno de los mas peligrosos sofistas de su siglo, y el mas destituido de verdadera ciencia, de sagacidad, y profundidad sobre todo, pues la suya es tan aparente que solo existe en las palabras. Ha tomado constantemente al salvage por el hombre primitivo, cuando ni es, ni puede ser mas que el descendiente de un hom-

bre desprendido del grande árbol de la civilizacion por alguna prevaricacion cualquiera; pero de un género que no puede repetirse á mi modo de ver, pues dudo que puedan formarse nuevamente salvages.

Por una continuacion del mismo error, se han tomado sus lenguas como solamente principiadas, cuando no son ni pueden ser sino restos de lenguas antiguas *arruinadas*, si me es permitido esplicarme así, y degradadas del mismo modo que los hombres que las hablan. En efecto, toda degradacion individual ó nacional, es anunciada al instante por una degradacion rigorosamente proporcional en el idioma. Porque ¿como el hombre podria perder una idea, sin perder al mismo tiempo la palabra ó la exactitud de la palabra que la espresa? ¿Y como al contrario, podra pensar mas y mejores cosas sin manifestarlas al instante por medio del lenguage?

Hay pues una enfermedad *original*, lo mismo que un pecado original; es decir, que en virtud de es-

ta degradacion primitiva, estamos sujetos en general á toda especie de padecimientos físicos; lo mismo que en virtud de esta misma degradacion, quedamos espuestos á todas especies de vicios. Esta enfermedad original no tiene nombre alguno, y solo existe en la capacidad de sufrir todos los males; así como el pecado original (abstraccion hecha de la imputacion) es la capacidad de cometer todos los crímenes, lo cual concluye el paralelo.

Ademas, ciertas prevaricaciones cometidas por algunos hombres, han podido degradarles nuevamente *mas ó menos*, y perpetuar asi en sus descendientes los vicios y las enfermedades. Puede suceder que estas grandes prevaricaciones no sean ya posibles; pero no por eso deja de ser verdad que el principio general subsiste, y que la Religion Cristiana ha mostrado poseer grandes secretos, cuando ha empleado su solicitud principal y toda la fuerza de su poder legislador é institutor sobre la reproduccion legítima del

hombre, para impedir la funesta trasmision de los padres á los hijos. Si acaso he hablado indistintamente de las enfermedades que debemos á nuestros delitos personales, y de las que tenemos por los vicios de nuestros padres, la equivocacion ha sido muy ligera, pues como decia antes, no son en verdad todas ellas sino los castigos del crímen. Sola esta herencia es la que choca por de pronto á la razon humana; pero atendiendo á que podemos hablar mas largamente de ella, contentémonos con la regla general que he recordado: *Que todo ser que se reproduce, no puede producir sino seres semejantes á sí mismo.* Ahora es, señor Senador, cuando invoco vuestra *conciencia intelectual.* Si un hombre se ha entregado á crímenes tales, á tal continuacion de ellos que pueda alterar su principio moral, ¿no comprendeis que esta degradacion es trasmisible, como es la del vicio escrofuloso ó sifilítico? Por lo demas no necesito de estos males hereditarios. Mirad cuanto

he dicho en esta materia como paréntesis de la conversacion, mientras el resto de ella permanece vigente. Reuniendo las consideraciones espuestas, me prometo que no os quedará duda, de *que cuando padece el inocente, padece en calidad de hombre, y que la inmensa mayoría de los males recae sobre el crímen.* Esto me basta ya. Ahora......

El Caballero.

Sería inútil, á lo menos para mi, que pasaseis adelante, porque desde que habeis hablado de los salvages, no pongo ya atencion. Habeis establecido acerca de ellos, como de paso, una proposicion que me ocupa enteramente. ¿Estareis en estado de probar que las lenguas de los salvages son mas bien *restos,* que *rudimentos*?

El Conde.

Si pensase emprender seriamente este trabajo, comenzaría, Caba-

llero, por demostrar que á vos es á quien toca probar lo contrario; pero temo internarme en una disertacion que nos alejaría mucho de nuestro obgeto. Si no obstante, os parece que la importancia del asunto merece que os esponga *mi fé*, la confiaré gustoso y sin detalles á vuestras reflexiones futuras. Ved aquí lo que creo sobre los puntos principales, cuya simple consecuencia ha fijado vuestra atencion.

La esencia de todo ser inteligente, es el conocer y el amar. Los límites de su ciencia, son los de su naturaleza. El Ser inmortal sabe por esencia todo lo que debe saber. Por otra parte, ningun ser inteligente puede amar el mal naturalmente, ó en virtud de su esencia, porque sería preciso que Dios le hubiese criado malo, lo cual es imposible. Si el hombre pues está sujeto á la ignorancia y al mal, ha de ser en virtud de una degradacion accidental, que no puede ser otra cosa que la consecuencia del crímen. Esta necesidad, este anhelo de ciencia que a-

gita al hombre, es la tendencia de su ser que le lleva hácia su estado primitivo, y le advierte lo que es. Él se eleva, si es lícito decirlo, hácia las regiones de la luz. Ningun castor, ninguna golondrina, ninguna abeja quiere saber mas que los que les preceden. Todos los seres permanecen tranquilos en el lugar que ocupan; solo el hombre aspira á salir de su estado, y este anhelo es á la vez la prueba de su grandeza, y de su miseria, de sus derechos sublimes, y de su increible degradacion. En el estado á que está reducido, carece de la dicha del ignorante. Es preciso que se contemple sin cesar, y no lo puede hacer sin avergonzarse. Su grandeza misma le humilla, porque sus luces que le elevan hasta el Angel, solo sirven para hacerle conocer en sí mismo inclinaciones abominables que le degradan hasta el bruto. Busca en el fondo de su ser alguna parte sana, y no puede encontrarla. Todo está corrompido por el mal, y el *hombre entero es una enfermedad.*

Conjunto inconcebible de dos poderes diferentes, é incompatibles entre sí; Centauro monstruoso; siente que es el resultado de alguna maldad desconocida, de alguna mezcla detestable que ha viciado al hombre hasta en su ciencia la mas íntima. Toda inteligencia es á la vez por su naturaleza el resultado triple y único de la *percepcion* que aprende, de la *razon* que afirma, y de la *voluntad* que obra. Los dos primeros poderes no están sino debilitados en el hombre; pero el tercero, roto (1) y semejante á la serpiente del Taso, que se *arrastra* (2) avergonzada de su dolorosa impotencia. En este tercer poder es en donde siente el hombre una herida mortal. No sabe lo que quiere, quiere lo que no quiere, no quiere lo que quiere, y *querría querer*. Ve en sí alguna cosa que no

1 Fracta et debilitata. Espresion de Ciceron tan exacta, que los PP del Concilio de Trento la adoptaron para espresar el estado de la voluntad bajo el imperio del pecado. Liberum arbitrium fractum atque debilitatum. (Conc. Trid. sess)

2 Ese dopo, se tira Tasso XV. 48.

es él, y que es mas fuerte que él. El sabio resiste y esclama: *¿Quien me libertará?* (1) El insensato obedece, y llama felicidad su cobardia; pero no puede desprenderse de la otra voluntad incorruptible en su esencia, aunque haya perdido su imperio, y el remordimiento penetrando su corazon, le grita de contínuo diciéndole: *haciendo lo que no quieres, obedeces á la ley*.(2) Quien podria creer que tal ser haya podido salir en este estado de las manos del Criador. Esta idea es tan sumamente repugnante, que hasta la filosofía sola, es decir, la filosofía pagana ha adivinado el pecado original. El viejo Timeo de Locres, ¿no decia ya seguramente segun su maestro Pitágoras, *que nuestros vicios no deriban tanto de nosotros, cuanto de nuestros padres, y de los elementos que los constituyen?* ¿*Platon no sostenia tambien que nos debíamos atener mas al generador*,

1 Rom. VII.
2 Rom. 16.

qué al generado? Y en otro parage no añadió, que el Señor Dios de los Dioses (1), *viendo que los seres sometidos á la generacion habian perdido* (*ó destruido en sí*) *el don inestimable, habia determinado someterlos á su trato propio para su castigo y regeneracion?* Ciceron no se aparta de la opinion de aquellos filósofos, y de aquellos iniciados que pensaban *que nosotros estábamos en el mundo para espiar algunos crímenes cometidos en otro.* Él ha citado y adoptado alguna vez la comparacion de Aristóteles, á quien la contemplacion de la naturaleza humana recordaba el suplicio espantoso de un infeliz amarrado á un cadáver, y condenado á pudrirse con él. En otra parte ha dicho espresamente, *que la naturaleza nos ha tratado como madrastra, mas bien que como madre; y que el Espíritu Divino que está en*

1 Deus Deorum. Ex. XVIII. 2. Deut. X. 17. Est. XIV. 12. Ps. XLIII. 12. Dan. II. 47. III. 90.

nosotros, se halla como sofocado por la propension que tenemos hácia todos los vicios. (1) ¿No es cosa singular que Ovidio haya hablado sobre el hombre, precisamente en los términos de San Pablo? El Poeta Erótico ha dicho: *Yo veo el bien, yo le amo*, pero el mal me seduce: y el Apóstol tan elegantemente traducido por Racine:

No hago el bien que yo amo,
Y obro el mal que aborrezco (2).

Cuando los filósofos que acabo de citar nos aseguran que los vicios de la naturaleza humana pertenecen mas á los *padres que á los hijos*, es claro que no hablan de ninguna generacion particular; porque si asi fuera, quedaría la proposicion vacía de sentido, y esto sería tanto mas estraño, cuanto la naturaleza misma de las cosas la hace referir á una

1 S. Agustin lib. IV. contra Pelag. y los fragm. de Ciceron, en 4.º Ecce vir. 1651, pág 1314 y 1342.
2 Video meliora proboque deteriora sequor (Ovid. Met. VII. 17.

corrupcion de orígen, y por consiguiente universal. Platon nos ha dicho que contemplándose á sí mismo, no sabe si ve un monstruo, mas *doble y mas malo que Tiphon, ó por el contrario, un ser moral, dulce y bienhechor, que participa de la naturaleza divina.* Ha añadido, que el hombre combatido así en sentido contrario, no podia hacer el bien y ser feliz *sin reducir á esclavitud este poder del alma, donde reside el mal, y sin poner en libertad aquel que es la mansion y el órgano de la virtud.* Esta es precisamente la doctrina cristiana, y no se puede confesar mas claramente el pecado original. Nada importan los nombres. El hombre es malo, horriblemente malo: ¿lo ha criado Dios así? No ciertamente. Y Platon mismo se apresura á responder: *que el Ser bueno, no quiere, ni hace mal ninguno.* Luego estamos degradados: ¡y como! Esta corrupcion que Platon veia en sí, no era cosa particular á su persona, y seguramente no se creia mas malo que los

otros. Él decia pues en sustancia como David: *Mi madre me ha concebido en la iniquidad*, y hubiera podido adoptar estas mismas espresiones, si le hubieran ocurrido á su entendimiento. Con que si toda degradacion viene á ser una pena, y si toda pena viene á suponer un delito; la razon sola se vé guiada como por fuerza al pecado original. Porque nuestra fatal inclinacion al mal, es una verdad de sentimiento y de esperiencia, proclamada por todos los siglos, y esta inclinacion, siempre mas ó menos victoriosa de la conciencia y de las leyes, no ha cesado nunca de producir transgresiones de toda especie. Jamás ha podido el hombre reconocer y lastimarse de este estado tristísimo, sin confesar al mismo tiempo el lamentable dogma de que os hablo; pues que no se puede ser malvado sin ser malo, ni malo sin estar degradado, ni degradado sin estar castigado, ni castigado sin ser culpable.

En fin, señores, no hay cosa

tan claramente atestiguada, ninguna tan universalmente creida bajo de una ú otra forma, y nada tan íntrinsecamente plausible como la teoria del pecado original, y creo que la razon se puede elevar á ella sin faltar al deber de la docilidad.

El Caballero.

Acabais de demostrar, señor Conde, que se habla con gusto de aquello que se ama. Solo estraño que no hayais dicho algo de los salvages, que son los que han provocado esta disertacion.

El Conde.

Os confieso que sobre este punto estoy como *Job, lleno de discursos.* (1) Yo los pronuncio con gusto delante de vos y del Senador; pero á costa de mi vida quisiera ser

---

1 Plenus enim sermonibus.. loquar et restabo Paululum. Job. XXII. XVIII. 20.

oido de todos los hombres, y lograr persuadirlos. Lo que estraño es que me recordeis los salvages, pues siempre he creido hablar de ellos. Si proceden todos los hombres de tres parejas, que fueron las que volvieron á poblar el mundo, no puede ser el salvage mas que una rama desprendida de este árbol social. Os cedo la ciencia, y no me reservo sino la Religion, que basta por sí sola para escluir el estado de salvage aun en un grado imperfecto. Donde quiera que veais un altar, hay civilizacion. El pobre en su cabaña cubierta de paja, es menos sabio que nosotros sin duda, pero verdaderamente mas social, si asiste á la esplicacion del catecismo, y se aprovecha de ella. Los errores mas vergonzosos, las mas detestables crueldades, han manchado los anales de Memfis, Atenas y Roma, mientras que las virtudes reunidas honraban las cabañas del Paraguay. Asi pues si la Religion de la familia de Noé debió ser precisa-

mente muy esclarecida, no debemos buscar las causas de la degradacion de los salvages, sino en la corrupcion de algunas de sus ramas; reconociendo al mismo tiempo que la civilizacion y la ciencia hasta cierto punto, son el estado del hombre natural y primitivo.

Poco nos importa la época en que tal ó tal rama ha sido separada del árbol. El hecho es cierto, y esto basta. Ninguna duda sobre la degradacion, y ninguna duda me atrevo á decir tambien sobre la causa de la degradacion, que no puede ser mas que el crímen. Los crímenes de un pueblo, habiendo llegado á alterar el principio moral por prevaricaciones muy grandes, trasmitieron el anatema á su posteridad, y como toda fuerza constante es por su naturaleza acceleradora, ó lo que es lo mismo, aumenta en razon progresiva, porque añade continuamente; así esta degradacion pasando sin intervalo sobre los descendientes, ha llegado á reducirlos al estado que llamamos

de salvages. Este es el último grado de embrutecimiento que Rousseau y sus semejantes llaman el estado de la naturaleza. Dos causas muy distintas han echado un engañoso velo sobre el espantoso estado de los salvages, la una es antigua, la otra pertenece á nuestro siglo. En primer lugar, la inmensa caridad del sacerdocio, al hablarnos de estos hombres, ha tomado sus deseos por la realidad. No carecia de verdad el primer movimiento de los europeos, que en el siglo de Colon se negaron á reconocer por semejantes á los hombres degradados que poblaban el nuevo mundo. Los sacerdotes emplearon toda su influencia en contradecir esta opinion, gritando á todas horas: « Nada de violencias, el Evangelio las reprueba; sino sabeis derribar los ídolos de los corazones de estos desgraciados, ¿de que os sirve echar por el suelo sus altares? Para hacerles conocer y amar á Dios, es preciso otra táctica, y otras armas que las

vuestras" (1) Otro orígen de los falsos juicios que se han formado se encuentra en la filosofía de nuestro siglo, que se ha servido de los salvages para fundar sus vanas y culpables declamaciones contra el órden social; pero poca atencion es suficiente para precavernos de los errores en que puede haber incurrido la caridad de los primeros y la mala fe de los segundos. No se puede fijar sin grande asombro la vista sobre el salvage.

Este es un hijo disforme, ro-

---

1 Tal vez el interlocutor tenia á la vista las bellas representaciones que el Padre Bartolomé de Olmedo dirigió á Cortés, y que nos ha conservado el elegante Solís: «*Porque se componian mal la violencia y el Evangelio, y aquello en la sustancia era derribar los altares, y dejar los ídolos en el corazon.*" (Conquista de nueva España III, 3). Yo he leido bastante sobre la América, y no sé que se haga cargo á los sacerdotes de un solo acto de violencia, escepto la célebre aventura de Valverde, la cual probaría cuando mas que habia habido un loco en España en el siglo XVI, pero tiene todos los caracteres intrínsecos de falsa. No me ha sido posible averiguar su orígen, mas un español muy instruido me ha dicho: Creo que es un cuento de Garcílaso.

busto y feroz, en quien la llama de la inteligencia no despide sino una claridad intermitente y sombria. Una mano temible descarga sobre estas razas desnaturalizadas, y borra en ellas los dos caracteres distintivos de nuestra grandeza, la prevision y la perfectibilidad. El salvage corta el árbol para coger el fruto, y desata el buey que le confia el misionero para asarlo con la madera de la carreta ó del arado. Nos contempla hace tres siglos, sin haber querido recibir de nosotros mas que la pólvora para matar sus semejantes, y el aguardiente para matarse él mismo. No ha pensado jamás en fabricar esto mismo que apetece, y descansa en nuestra avaricia, que no le falta nunca. Asi como las sustancias mas abyectas y las mas repugnantes, son aun susceptibles de degeneracion; asi los vicios mismos de la humanidad son viciados en él. Es ladron, es cruel, es disoluto; pero lo es de otro modo que nosotros. Nosotros para ser criminales separamos nuestra natu

raleza; pero él la sigue, siente apetito hácia el crímen, y no conoce jamás el remordimiento. Mientras que el hijo mata al padre para libertarle de las molestias de la vejez; su muger destruye en su seno el fruto de su brutal amor para evitar las molestias de la lactancia. Arranca la cabellera ensangrentada de su enemigo vivo, le despedaza, le asa, y le devora cantando: si tropieza con nuestros licores mas fuertes, bebe hasta la embriaguez, hasta la calentura y la muerte; destituido igualmente de la razon, que manda al hombre por el temor, que del instinto que aparta al animal por la saciedad y el fastidio. Está visiblemente degenerado, herido en la última profundidad de su esencia moral, y estremece al observador atento que le mira. No puedo abandonar esta materia sin sugeriros una observacion importante. El bárbaro, que es cierta especie media entre el hombre civilizado y el salvage, ha podido y puede civilizarse por una religion cualquiera; pero

el salvage propiamente dicho, no lo ha sido nunca sino por el cristianismo. Este es un prodigio de primer órden, una especie de redencion reservada esclusivamente al verdadero sacerdocio. ¿Como el criminal condenado á la muerte, podria recobrar sus derechos, sin patente de gracia del Soberano? ¿Y que patentes de este género no tienen contraseña? (1) Cuanto mas reflexioneis tanto mas os convencereis de que no hay medio para esplicar este gran fenómeno de los pueblos salvages, los cuales nunca han ocupado bastantemente la atencion de los verdaderos filósofos.

En cuanto á la lengua que se habia degradado con el hombre, renace con él, se perfecciona y se enriquece. Si á esto se le quiere llamar lengua nueva, yo convengo: la espresion es exacta en un sentido;

---

1 Yo aplaudo con todo mi corazon estas grandes verdades. Todo pueblo salvage se llama Lo H. A. M Y. y hasta que se le ha sido dicho: *Sois mi pueblo*, no ha podido decir *sois mi Dios*. (Osias 11. 24.)

mas este sentido es muy diferente del que han querido adoptar los sofistas modernos, cuando tratan de lenguas nuevas é inventadas.

Ninguna lengua ha podido ser inventada, ni por un hombre que no hubiera podido hacerse obedecer, ni por muchos que no hubieran podido entenderse. Lo mejor que puede decirse sobre la palabra, es lo que se ha dicho de aquel que se llama Palabra. *Se lanzó antes de todos los tiempos desde el seno de su principio, y es tan antiguo como la eternidad....¿ Quien podrá referir su orígen?* (1)

A pesar de las tristes preocupaciones del siglo, ha llegado ya un físico á decir, aunque con tímida intrepidez, que el hombre habia hablado desde luego, porque se le habia hablado á él. ¡Que útiles son los impersonales en las ocasiones críticas y difíciles! Sin dejar de hacer á este esfuerzo la justicia que

---

1 Egresus ejus ab initio á diebus æternitatis...... Generacionem ejus quis enarrabit? Miheas V. 2. Isaias LIII, 8.

merece, es preciso convenir en que todos los filósofos del último siglo, sin esceptuar los mejores, son unos cobardes intimidados por los que se llaman espíritus fuertes, y sutiles ingenios.

Rousseau en una de sus armoníosas rapsodias (2) ha manifestado conocer la razon. Confiesa que las lenguas son cosa original; que la palabra, esta mano del entendimiento, como Charron la llama, le llena de cierta admiracion, y que bien considerada la materia, no comprende como ha sido inventada. Pero el gran Condillac se compadece de esta modestia, y estraña que un hombre de talento como el señor Rousseau haya encontrado dificultades en donde no hay ninguna; que no haya visto que las lenguas se han formado insensiblemente; y que cada hombre ha contribuido con su parte. Ved aquí aclarado el miste-

(2) Le ha parecido al traductor conservar esta voz, no teniéndola equivalente nuestro idioma, porque ella sola esplica una coordinada coleccion de diferentes plagios.

rio: una generacion ha dicho Bá, y la otra Bé: los Asirios han inventado el nominativo, y los Medas el genitivo....

Quis inepti.
Tam patiens capitis tam terreus ut teneat se.

Quisiera antes de concluir, esponeros otra observacion, que me ha hecho siempre impresiones muy vivas. ¿En que consiste que en todas las lenguas primitivas de los antiguos, se encuentran palabras que suponen necesariamente conocimientos estraños á estos pueblos? ¿De donde los griegos, por egemplo, han tomado hace tres mil años ó mas, el epiteto de Phisizoos (dando ó poseyendo la vida) que Homero dió alguna vez á la tierra; y el de *Pheresbios*, casi sinónimos, que Hesíodo le atribuye? ¿De donde tomaron el epiteto aun mas singular de philimate (amorosa ó alterada de sangre) dado á esta tierra misma en una tragedia?

Estas palabras y otras muchas que

podria citar, y que tienden á la metafísica oriental, son restos evidentes de lenguas muy antiguas, ó destruidas, ú olvidadas. Los griegos habian conservado en cuanto á esto algunas tradiciones obscuras, ¿y quien sabe si Homero no atestigua la misma verdad sin saberlo, cuando nos habla de ciertas cosas *que los Dioses llamaban de un modo y los hombre de otro?*

Al leer los metafísicos modernos habreis encontrado discursos interminables sobre la importancia de las señales, y sobre las ventajas de una lengua filosófica (como ellos dicen) que sería creada á *priori*, ó perfeccionada por los filósofos. No quiero internarme en la cuestion del orígen del lenguage (el mismo á mi modo de ver que el de las ideas inatas); lo que puedo asegurar, porque nada es mas claro, que el talento prodigioso de los pueblos en su infancia para formar las palabras, y absoluta incapacidad de los filósofos para este mismo asunto. Me acuerdo que Platon ha hecho

observar en los siglos mas ilustrados, este talento de los pueblos en su infancia.

Cada lengua tiene su genio, y este genio es uno, de modo que escluye toda idea de composicion, de formacion arbitraria, y de convencion anterior. Las leyes generales que le constituyen, son lo que todas las lenguas presentan de mas original, siendo muy reparable entre ellas la de que las palabras puedan juntarse por una especie de fundicion parcial, que las une para que nazca otra significacion, sin hacerlas desconocidas.

El latin mas refractario deja cortar ó romper sus nombres, y de sus fracmentos escogidos, y reunidos con cierta aglomeracion, nacen palabras nuevas y de estraordinaria belleza, cuyos elementos no podrian ser reconocidos por una vista práctica y perspicaz. De estas tres palabras, por egemplo, *Caro Data Vermibus,* han formado la palabra cadáver, que quiere decir *carne abandonada á los gusanos*, y otras

mil de esta especie, que sería muy prolijo citar. Pero en lo que me parece que se ha escedido á sí mismo el latin, es en la palabra *oratio*, sacada de *os* y de *ratio*, *boca y razon*, es decir, la *razon hablada*.

Los franceses no carecen enteramente de este sistema, y lo mismo sucede á las demas naciones, sobre lo cual pudiéramos citar infinitos egemplos.

Es gran placer escudriñar asi el trabajo de este principio oculto que forma las lenguas. Ya le vereis luchar contra una dificultad que le detiene en su marcha; busca una forma que le falta, y sale al fin del embarazo por un solecismo feliz.

Cuando una nueva lengua se forma, nace en medio de alguna sociedad que está en plena posesion del lenguage; y la accion ó el principio que preside á esta formacion, no puede inventar arbitrariamente ninguna palabra, sino que emplea las que encuentra al rededor de sí, ó las llama de mas lejos, se nutre de ellas, las tritura, las digiere, y

no las adopta sin modificarlas mas ó menos.

El genio de una lengua se mueve como el animal para encontrar por todas partes lo que le conviene. En la francesa, por egemplo, *maison* es celtría, *palais* es latina; *basilique* es griega, *honnir* es teutónica, *rabot* esclavona, *almanach* árabe, y *sopha* hebreo. Poco importa saber de donde ha venido todo esto: nos basta probar que las lenguas no se forman sino de otras lenguas, y que ellas matan ordinariamente para alimentarse, á la manera que lo hacen los animales carníceros. No hablemos de acaso, ni de señales arbitrarias: observad siempre que la formacion de los nombres los mas perfectos, los mas significativos y los mas filosóficos pertenecen invariablemente á los tiempos de ignorancia y de simplecidad, y que el talento *onomaturgo* desaparece invariablemente á medida que se desciende á las épocas de civilizacion y de ciencia. En todos los escritos del dia sobre esta inte-

resante materia, se está clamando sin cesar por una lengua filosófica; pero sin saber ni sospechar siquiera que la lengua mas filosófica, es aquella en que la filosofía ha tenido menos parte. Esta carece de dos cosas necesarias para formar los nombres, á saber, de la inteligencia que los inventa, y del poder que los hace adoptar.

Cuando una lengua está hecha, se apela para crear nuevas voces á los grandes escritores, que se sirven de ellas, sin siquiera pensarlo. Hay por ventura en el sueño de Atalia, en la descripcion del infierno del Telémaco, ó en la perovacion de la oracion fúnebre de Condé, una sola palabra que no sea vulgar, si la consideramos desprendida y aislada? Y sin embargo, si algunos tienen derecho para crear palabras, son sin duda los grandes escritores, los cuales á pesar de ello nunca hacen uso sino con la mayor prudencia y circunspeccion, jamás en sus rasgos de inspiracion, y solamente para los sustantivos y adgetivos, sin

atreverse á proferir palabras enteramente nuevas y sin analogía. Es preciso en fin renunciar á la idea de *lenguas nuevas*, escepto en la acepcion que se acaba de esplicar. Se dice con poca reflexion, que ninguna Nacion entiende en el dia su antigua lengua, pero ¡vano argumento! ¿El cambio que no toca al principio escluye nunca la identidad? El que me vió solamente en la cuna, no me reconocerá ahora ciertamente; ¿y por esa razon dejaré de ser el *mismo?* Otro tanto pues sucede en las lenguas: ellas varian, admiten, y desechan segun los conocimientos que los pueblos adquieren; pero todo pueblo ha hablado precisamente, tanto, y tan bien, como ha pensado, porque es tan dificil creer que tenga determinado signo un pensamiento que no existe; como por el contrario que exista un pensamiento, y que carezca de signo para manifestarse.

El Caballero.

Me ha interesado mucho, señor

Conde, oiros tratar con cierta estension una materia que hemos encontrado como al paso, pero frecuentemente proferís algunas palabras que me distraen, y de las cuales me prometo siempre pedir esplicacion. Habeis dicho, por egemplo, y por puro incidente, que la *cuestion del orígen de la palabra era el mismo que la del orígen de las ideas*. Yo desearia oiros discurrir en este punto; porque he leido diferentes escritos sobre el orígen de las ideas, y el problema se me presenta al traves de cierta especie de nube que no me ha sido posible disipar; habiendo llegado al estremo de verme tentado de creer, que la mala fé, y la mala inteligencia, representaban en esta como en otras muchas cosas un papel importante.

El Conde.

Vuestra sospecha, amigo, está muy bien fundada, y me atrevo á creer que he reflexionado bastante en la materia, para hallarme en es-

tado de ahorraros algun tanto la fatiga.

Antes de todo, quisiera proponeros el motivo de decision que debe preceder á los otros, el de la autoridad. (1) La razon humana está manifiestamente convencida de impotencia para conducir á los hombres, porque hay pocos que estén en estado de raciocinar bien sobre alguna materia, y ninguno sobre todas; de suerte que en general conviene comenzar por apoyarse en la autoridad. Pesad pues los votos de una parte y otra, y ved contra el orígen sensible de las ideas á Pitágoras, Platon, Ciceron, Orígenes, San Agustin, Descartes, Cudworth, Lamy, Polignac, Pascal, Nicolé, Bossuet, Fenélon, Leibnitz, y el ilustre Malebranche que ha podido vagar alguna vez en el camino de la verdad, pero que nun-

1 Naturae ordo sic se habet, ut cum aliquid dicimus rationem praecedat autoritas. El órden natural exige que cuando aprendemos algo, la autoridad preceda á la razon. (S. Agustin, de mor. Eccles. cath. c. 11.)

ça se ha salido de él. No os nombraré los campeones del partido contrario, porque sus nombres me despedazarian la lengua. Cuando nada supiese de la cuestion, me decidiría en favor de los citados, sin otro motivo que mi aficion á la buena sociedad, y la oposicion que profeso á la mala. (1)

El Caballero.

No me pertenece disputar sobre las consecuencias del sistema; pero en cuanto á sus defensores, me parece, querido amigo, que es preciso citar algunos nombres respetables al lado de esos que os desgarran la boca.

El Conde.

Muchos menos, os aseguro, de lo

---

1 Este era el parecer de Ciceron. Me parece, dice, que podrian llamarse plebeyos todos estos filósofos que no son de la sociedad de Platon, de Sócrates y de toda su familia. Plebeii videntur appellandi omnes philosofi qui á Platone et Socrate et ab ea familia dissident. (Tus. quant. lib. 23.)

que se cree comunmente, y es preciso atender á que la nombradía de una muchedumbre de hombres ha sido obra de la plena autoridad del siglo último, que desaparecerá bien pronto. La grande cábala tenia necesidad de su fama, y la ha formado como se fabrica una caja, ó cualquiera otra cosa, pero esta reputacion facticia está amenazada, y la obscura medianía de estos *grandes hombres* será el inagotable asunto de las risas europeas.

A mas de esto, rebajad de estos nombres respetables los de los filósofos realmente ilustres que la secta filosófica inscribió indebidamente entre los defensores del orígen sensible de las ideas, y vereis cuan pocos hombres de mérito verdadero se han alistado en sus banderas.

Por lo que toca á los escolásticos, á quienes se ha deprimido demasiado en nuestros dias, lo que ha engañado particularmente á la multitud de hombres superficiales, que se han atrevido á tratar tan grande cuestion sin comprenderla, es el

famoso axioma de la escuela: *Nada puede entrar en el entendimiento sino por conducto de los sentidos.* Por falta de inteligencia ó de buena fé, se ha creido, y se ha dicho, que este axioma famoso escluia las ideas inatas, lo que como veis es muy falso. Yo sé, señor Senador, que vos no temeis á los libros en folio, y quiero haceros leer un dia la doctrina de Sto. Tomás sobre las ideas. Vos vereis á que punto......

El Caballero.

Me poneis en el caso, amigos mios, de formar conexiones con personas para mi desconocidas; pues yo estaba persuadido de que Santo Tomás era citado muchas veces en las escuelas, y algunas tambien en el púlpito; pero no esperaba que pudiese tratarse de él entre nosotros.

El Conde.

Santo Tomás, Caballero mio, ha florecido en el siglo XIII. No ha

podido ocuparse de ciencias que no existian en su tiempo, y que no llamaban de ningun modo la atencion: su estilo admirable con respecto á la claridad, á la precision, á la fuerza y al laconismo, pudo no ser el de Bembó, de Muret, y de Maffei, pero no dejó de ser uno de los mas grandes hombres que hayan existido en el mundo. El genio poético mismo no le ha rehusado sus gracias, y la Iglesia ha conservado algunos de sus rasgos, que han escitado despues la admiracion y la envidia de Santenil. (1) Pero vuelvo á la cuestion. Pues que Santo Tomás fue nombrado el *Angel de la Escuela*, á él es á quien deberemos citar para absolver la escuela, y mientras que el Caballero llega á la edad de los cincuenta años, me dirijo á vos, señor Senador, para haceros conocer la Doctrina de Santo Tomás sobre las ideas. Vais

---

1 Santenil decia que prefería á su mejor composicion, el himno de Santo Tomás para la fiesta del Santísimo Sacramento. *Lauda Sion Salvatorem.*

á ver desde luego que no vacila en decidir *que la inteligencia en nuestro estado de degradacion no comprende nada sin imágen;* pero oidle hablar despues sobre el entendimiento, y sobre las ideas. Distingue cuidadosamente «el *entendimiento pasivo* que recibe las impresiones, del *entendimiento activo* (que tambien llama posible) de la inteligencia propiamente dicha, que raciocina sobre las impresiones. El sentido no conoce sino el individuo, la inteligencia sola es la que eleva á lo universal. Vuestros ojos perciben un triángulo; pero esta vista que os es comun con el animal, no os constituye tan poco sino simple animal, y no seriais *hombre* ó inteligencia, á no elevaros desde el *triángulo* á la forma *triangular*. Este poder de generalizar es el que *especializa* al hombre, y le constituye lo que es: los sentidos no tienen parte en esta operacion: ellos reciben las impresiones, y las transmiten á la inteligencia; mas esta sola las puede hacer *inteligibles.*

Los sentidos son inaccesibles á toda idea espiritual, é ignoran aun su propia operacion: la vista no puede verse, ni ver que vé.

Quisiera aun haceros conocer la asombrosa definicion que nos ha dado este Santo de la verdad. La *verdad*, dice, *es una ecuacion entre la afirmacion y el obgeto*. ¡Que exactitud! y que profundidad! Este es un relámpago de la verdad que se define él mismo, y que cuida de advertirnos que no se trata de *ecuacion*, sino entre *lo que se dice de la cosa, y lo que está en la cosa:* «pero que respecto á la operacion espiritual que afirma, no admiten ninguna *ecuacion,"* porque esta es superior á todo lo que parece algo; de modo que no puede haber ninguna relacion, ninguna analogía, ninguna ecuacion entre la cosa comprendida y la operacion que comprende.

Ahora, si las ideas universales son inatas en nosotros, ó si las vemos en Dios, no es este el punto que voy á examinar. El punto que se niega de la cuestion, es sin dis-

puta alguna lo que encierra de mas importante. Establezcamos pues nosotros, que los mas grandes, los mas nobles, los mas virtuosos genios del universo han convenido en desechar el orígen sensible de las ideas.

Esta es la mas santa, la mas unánime, la mas conveniente protestacion del entendimiento humano, contra el mas grosero y el mas vil de los errores: supuesto lo cual pasemos á la cuestion.

Ya veis, señores, que me encuentro en el estado de disminuir un poco el número de estos *nombres respetables* de que hablaba poco hace el Caballero. No me niego á reconocer algunos entre los defensores del sensibilismo (esta palabra ó cualquiera otra mejor, se ha hecho necesaria), pero decidme ¿no os ha sucedido nunca, ó por desgracia, ó por debilidad encontraros entre malas compañias? En este caso, como sabeis, no hay sino una palabra que decir, *salid* y abandonadlas, pues mientras estais en ellas, cualquiera tiene derecho de burlarse de vos,

cuando menos.

Despues de este pequeño preliminar, Caballero mio, si me hicieseis el honor de escogerme por vuestro introductor en este género de filosofía, desearía principiar por convenceros de que toda discusion sobre el orígen de las ideas, es sumamente ridícula, mientras que no se decida la cuestion sobre la esencia del alma. ¿Se os permitirá en los tribunales reclamar una herencia como pariente, sin acreditar que lo sois? Pues tambien en las discusiones filosóficas hay cuestiones, que las gentes de ley llaman previas, y que deben ser absolutamente decididas antes de pasar á las otras. El estimable Santo Tomás ha tenido razon en el hermoso verso:

El hombre vive por su alma:
Su alma es el pensamiento.

Él lo comprende todo, porque si el pensamiento es esencia, preguntar el orígen de las ideas, es lo mismo que preguntar el orígen del orí-

gen. Condillac nos dice: »*Me ocuparé del entendimiento, no para conocer su naturaleza, que sería temeridad, sino solamente para examinar sus operaciones.* Mas no seamos víctimas de esta hipócrita modestia. Siempre que los filósofos del último siglo inclinándose respetuosamente delante de algun problema nos dicen, *que la cuestion escede á los alcances del humano entendimiento, y que no emprenderán resolverla;* tened por seguro que lo que temen es la demasiada claridad del problema, y que se apresuran á ponerse de su parte, para conservar el derecho de obscurecerlo. A ninguno de ellos conozco á quien el respetable título de *hombre de bien* pueda convenir perfectamente. Aqui veis un egemplo. ¿Para que mentir? ¿Para que decir que no se quiere pronunciar sobre la esencia del alma, si se pronuncia, y muy espresamente sobre el punto capital, esto es, sobre la inexistencia de las ideas inatas?

Yo os hacia observar antes, Ca-

ballero, una insigne equivocacion que se encuentra en el título de todos los libros escritos en el sentido *moderno* sobre el orígen de las ideas; pues que esta palabra *orígen* puede designar igualmente la causa sola ocasional ó escitadora, y la causa que produce las ideas. En el primer caso no hay disputa, pues las ideas se suponen preexistir; pero en el segundo, es cual si sostuviéramos que la chispa eléctrica es producida por el escitador.

Debe llamar mucho la atencion el ver que se habla siempre del orígen de las *ideas*, y nunca del de los *pensamientos*. Es preciso que haya alguna razon secreta para la preferencia que se dá constantemente á una de estas dos espresiones sobre la otra. Este punto no tardaría á aclararse: entonces os preguntaria yo, sirviéndome de las palabras de Platon: ¿entendemos nosotros una misma cosa por la palabra *pensamiento*? En cuanto á mí, el pensamiento *es el discurso que el entendimiento se tiene á sí mismo*.

Semejante definicion os demostraría por sí sola la verdad de lo que os dige al principio, *que la cuestion del orígen de las ideas es la misma que la del orígen de la palabra*, porque el pensamiento y la palabra son dos magníficos sinónimos, puesto que la inteligencia no puede pensar sin saber que piensa, ni saber que piensa sin hablar, pues es preciso que ella diga *yo sé.*

Si algun iniciado en las doctrinas modernas llega á deciros que *hablais* porque se os ha hablado, preguntadle (si os entiende) si el entendimiento á su modo de ver es la misma cosa que la facultad *auditiva*, y si cree que para entender la palabra, basta oir el ruido que ella envia á la oreja.

Ahora pues degemos, si os parece, esta cuestion. Si hubiésemos de profundizar la principal, procuraría conduciros á un esencial preliminar, el cual sería convenceros de que despues de tantas disputas no se ha convenido en la difinicion de las *ideas inatas.* ¿Cree-

riais que Locke nunca se ha tomado la molestia de esplicarnos lo que entiende por esta palabra? pues es una verdad evidente. El traductor frances de Bacón, burlándose de las *ideas inatas*, declara, *que no se acuerda de haber tenido idea del cuadrado de la hipotenusa*, mientras estuvo en el seno de su madre. Ved aqui un hombre de talento, que supone en los filósofos espiritualistas la creencia de que el feto en el seno de su madre sabe ya matemáticas, ó que nosotros podemos saber sin aprender, y que esto es lo que se entiende por *ideas inatas*.

Un escritor distinto y de autoridad diferente, que está honrando la Francia con sus superiores talentos, y por el uso que hace de ellos, ha creido arguir contra las ideas inatas, preguntando que »si Dios ha grabado tal ó tal idea en nuestros entendimientos, ¿como podia el hombre llegar al estremo de borrarlas? ¿Como el niño idólatra, naciendo con la nocion distinta de un Dios único, podia degradarse

hasta el punto de creer en muchedumbre de Dioses?

¡Cuantas cosas podria yo deciros sobre esta nocion distinta, y sobre el espantoso poder de que está el hombre en posesion, de *borrar mas ó menos sus ideas inatas, y de transmitir su degradacion!* Yo me atengo á haceros observar una confusion evidente de la *idea* ó de la simple *nocion* con la *afirmacion*, dos cosas muy diferentes entre sí: la primera es inata, y la segunda no; porque no creo le haya ocurrido á nadie el decir que hay razonamientos inatos. El teista dice: *no hay mas que un Dios*, y dice verdad: el idólatra dice: *hay muchos Dioses*, y se engaña. Pero porque un hombre se engaña en alguna operacion de cálculo, ¿se inferirá de ello que carece de la idea del número? Al contrario, esta es la prueba de que la posee, porque sin semejante idea no podria engañarse. Con efecto, para engañarse es preciso afirmar, lo que nunca se puede hacer sin un poder cualquiera del verbo

ser, que es el alma de todo verbo; y como toda afirmacion supone alguna nocion preexistente, se sigue como legítima consecuencia, que es imposible engañarse acerca de la idea de Dios sin tener idea anterior y reconocer la divinidad. Sin la idea anterior de un Dios, no habria ni teistas, ni politeistas, asi como no se puede decir ni sí ni no, sobre las demas cosas que no se conocen.

La *nocion*, ó la pura *idea*, es solamente inata, y necesariamente estraña á los sentidos. Si está sujeta á la ley del desarrollo, esta es la ley universal del pensamiento y de la vida en todos los círculos de la creacion terrestre, lo cual es otro punto que no contradice el que acaba de examinarse. (1)

---

1 El que discurria asi estaba lejos de pensar que se encontraba en vísperas de ser el corresponsal y el amigo del ilustre filósofo, de quien se puede la Francia con tanta razon envanecer, y que recibiendo de la mano del señor Vizconde de Bonald la preciosa coleccion de sus obras, tendria el placer de encontrar que el célebre autor de la *legislacion primitiva* se habia alistado entre los mas respetables defensores de las ideas inatas.

Ya veis, señores, que sobre esta grande cuestion (y podria citaros muchos otros egemplos) estamos aun en el caso de saber *de que se trata.*

Un preliminar último sería, en fin, no menos esencial para haceros conocer esta accion secreta, que en todas las esencias.....

El Senador.

Creedme, caro amigo, no os detengais ya mas en esta cuestion, porque os internareis en ella sin sentir, y nos veremos precisados á pasar aquí la noche.

El Conde.

Dios os guarde, queridos mios, pues lo pasariais muy mal. Yo solo me compadecería de vos, mi estimado Senador, y de ningun modo de este amable militar, que se compondria muy bien sobre un sofá.

El Caballero.

Vos me recordais mis vivaques; pero aunque no seais militar como

yo, podriais tambien contarnos terribles noches. Valor, querido amigo. Hay desgracias que pueden llevar consigo una mezcla de dulzura; yo al menos esperimento este sentimiento, y me complazco en creer que lo participo con vos.

El Conde.

A mi no me cuesta ya esfuerzo el resignarme, y os confieso tambien que si los golpes que he recibido no hubiesen herido sino á mí, miraría todo lo pasado en el mundo, como un grande y magnífico espectáculo, que me obligaba á una justa admiracion, y cuyo billete de entrada habia tomado á caro precio. Sin embargo, nunca murmuro contra el adorable poder, que ha reducido á tanta estrechez mi habitacion. Ved como principia á indemnizarme, pues que estoy aquí, y me ha proporcionado tan liberalmente unos estimables amigos. Es preciso tambien saber salir de sí mismo, y elevarse bastante alto

para ver el mundo, en vez de mirar tan solo un punto. Nunca pienso sin admiracion en esta turbacion política, que ha venido á arrancar de sus hogares á millares de hombres destinados á no verse, ni conocerse, para hacerlos rodar juntos como el polvo de los campos. Nosotros estamos aquí tres, por egemplo, que habíamos nacido para no vernos jamás, y sin embargo estamos reunidos, conversamos, y aunque nuestras cunas hayan estado tan distantes ¿quien sabe si nuestros sepulcros se tocarán tal vez?

Si la mezcla de los hombres es original, la comunicacion de las lenguas no lo es menos. Recorría yo cierto dia en la biblioteca de la Academia de ciencias de esta Ciudad, el Museum Sinicum de Bayer, libro que se ha hecho segun creo bastante raro, y que pertenece particularmente á la Rusia, y me llamó mucho la atencion una reflexion de este sabio y piadoso escritor.

«Todavia se ignora para que pueden servir nuestros trabajos acer-

ca de las lenguas, pero bien pronto conocerán su utilidad. Es un designio grande de la Divina Providencia, que lenguas absolutamente ignoradas en Europa hace dos siglos, hayan sido puestas en nuestros dias al alcance de todo el mundo: nos es permitido sospechar este designio; y es un deber sagrado para nosotros el concurrir á él con todas nuestras fuerzas."

¿Que diría Bayer si viviese en el dia? Le pareceria acelerada la marcha de la Providencia. Reflexionemos ahora en órden á la lengua francesa, cuyo poder parece aumentar en razon directa de su esterilidad. Sus bellos dias han pasado, y no obstante todo el mundo la entiende, todo el mundo la habla, y no creo que haya ciudad de Europa que no encierre algunos hombres en estado de escribirla con pureza. La justa y honrosa confianza concedida en Inglaterra al Ciero de Francia desterrado, ha permitido á la lengua francesa echar allí raices muy profundas; y esta es o-

tra segunda conquista que no ha hecho ruido (porque Dios no lo hace) (1), pero que puede tener resultados mas felices que la primera. ¡Destino singular de estos dos grandes pueblos; que no pueden dejar de buscarse ni de aborrecerse! Dios los ha colocado cara á cara, como dos prodigiosos amantes, que son á la vez enemigos y parientes. Esta misma Inglaterra ha llevado nuestras lenguas al Asia, ha hecho traducir á Newton en la lengua de Mahoma, y los jóvenes ingleses sostienen conclusiones en Calcuta en árabe, en persa, y en bengalino. Por otra parte, la Francia que no se cuidaba hace treinta años de que hubiese otra lengua viva en Europa, las ha aprendido todas, al mismo tiempo que precisa las otras naciones á que aprendan la suya. Añadid á esto que los mas largos viages han dejado ya de intimidar los hombres; que todos

1 Non in commotione Dominus, III. Reg. XIX.

los grandes navegantes son europeos; (1) que el oriente entero cede manifiestamente al ascendiente europeo; que la media luna comprimida en los dos puntos de Constantinopla y Delhí, debe necesariamente rebentar por el medio; que los acaecimientos han dado á la Inglaterra mil y quinientas leguas de frontera con el Thibet y con la China, y tendreis una idea de lo que se prepara. El hombre en su ignorancia se engaña frecuentemente sobre los fines y los medios, sobre sus fuerzas y sobre la resistencia, sobre los instrumentos y los obstáculos. A veces quiere cortar la encina con el cortapluma, y á veces arroja una bomba para derribar una caña; pero la Providencia no vá á tientas, ni agita el mundo envano. Todo anuncia que marchamos hácia una grande unidad, que debemos saludar desde lejos para servirnos

1 Ved Essays by the students of fort William in Bengal &c Calcuta 1802. S. Martin observa que todos los grandes navegantes son cristianos.

de cierta frase religiosa. Nosotros estamos dolorosa y bien justamente triturados; pero si ojos tan miserables como los mios merecen traslucir los Divinos decretos, estamos triturados solamente para vernos mezclados.

El Senador.

Oh mihi tam longæ maneat pars ultima vitae!

El Caballero.

Permitid al soldado que tome la palabra en su idioma:

Volad, horas tan lentas y pesadas,
Para que lleguen otras bien hadadas.

VELADA TERCERA.

El Senador.

Querido Conde, hoy quiero comenzar la conversacion proponiéndoos una dificultad con el Evangelio en la mano. Ya veis que es cosa seria. Cuando los Discípulos del hombre Dios le preguntaron, si el ciego de nacimiento estaba así por sus propios delitos, ó por los delitos de sus padres, les respondió el Divino Maestro: *No es porque haya pecado él, ni los que lo han puesto en el mundo* (esto es, no porque sus padres ni él hayan cometido algun crímen, del cual sea su estado una consecuencia inmediata), *sino para que el poder de Dios se manifieste en él.* El P. Ligni, cuya escelente obra conoceis, ha creido ver en la respuesta que acabo de citar, una prueba de que todas las

enfermedades no son el resultado del delito. ¿Como lo entendeis vos?

El Conde.

Del modo mas natural. Observad, en primer lugar, que los Discípulos estaban en la firme persuasion de que el ciego de nacimiento sufría la pena de sus propias faltas ó de las de sus padres; lo cual conviene perfectamente con las ideas que os he espuesto sobre este punto: y en segundo, que la respuesta Divina ofrece la idea de una simple escepcion que confirma la ley en lugar de destruirla. Esta ceguera podia no tener otra causa que la de la solemne manifestácion de un poder, que iba á cambiar el mundo. El célebre Bonnet de Ginebra, ha sacado del milagro obrado en el ciego de nacimiento el asunto de un capítulo interesante en su libro, sobre la verdad de la Religion cristiana, porque es uno de los hechos del Evangelio que está revestido de caracteres mas vivos y mas propios

para operar la conviccion. Si se quiere hablar con rigor, se podrá decir que en sentido mas remoto esta ceguera era aun resultado del pecado original, sin el cual la redencion, asi como las demas maravillas que la han acompañado, no tendria lugar. Conozco muy bien la preciosa obra del P. Ligni, y me acuerdo aun (de lo que habeis omitido) que para confirmar su pensamiento, pregunta ¿de donde vienen los males físicos que sufren los niños bautizados antes de la edad en que puedan pecar? Pero sin faltar á las consideraciones debidas á un hombre de su mérito, me parece que no podemos dispensarnos de reconocer aqui alguna de esas distracciones, á las cuales estamos mas ó menos espuestos todos los hombres al tiempo de escribir. El estado físico del mundo, que es el resultado de la caida y de la degradacion del hombre, no puede variar hasta una época futura, que debe ser tan general como aquella de la que es el resultado. La espiritual

regeneracion del hombre individual, no tiene ni puede egercer influencia alguna sobre estas leyes. El niño sufre del mismo modo que muere, porque pertenece á una masa que debe sufrir y morir, porque ha sido degradada en su principio, y porque en virtud de la triste ley que ha derivado de ella, el hombre en calidad de tal está sujeto á todos los males que pueden afligir al hombre. Todo pues nos conduce á esta grande verdad: « que todo mal, ó por mejor decir todo dolor, es un suplicio impuesto por algun delito ó actual ú original." (1) Sino os acomoda esta herencia de penas, olvidad todo lo que os he dicho sobre el particular, en el concepto de que no tengo necesidad de esta conside

---

1 Se puede añadir, que todo *suplicio* es suplicio en los dos sentidos de la palabra latina *supplicium*, de donde viene el nuestro, porque todo *suplicio suple*. Desgraciada la Nacion que aboliria los suplicios, porque la deuda de cada culpable recayendo siempre sobre la Nacion esta se veria precisada á pagar sin misericordia, y podria al fin ser tratada como insolvente segun todo el rigor de la ley.

racion para establecer, como lo he hecho, que el hombre no se entiende á sí mismo cuando se queja *de que los malos son felices en este mundo, y los justos desgraciados*, pues no hay cosa mas clara que la proposicion contraria. Para justificar las vias de la Providencia aun en el órden temporal, no es necesario que todo crímen sea *siempre* castigado, y sin ninguna suspension. Es singular, vuelvo á decir, que el hombre no pueda conseguir hacerse tan considerado para con Dios, como para con sus semejantes; pues nunca le ha ocurrido decir que no hay órden ni justicia en un Estado, porque dos ó tres delincuentes han escapado á la vigilancia de los tribunales. La sola diferencia que existe entre las dos justicias es, que la nuestra deja impunes los delitos por impotencia ó corrupcion; al paso que si la otra *parece* alguna vez no advertir los delitos, es en razon de que suspende su rigor por motivos adorables que están fuera del alcance de nuestra inteligencia.

El Caballero.

En cuanto á mí no pretendo molestaros ya, tanto menos cuanto no estoy en mi elemento, porque he leido muy pocos libros de metafísica en mi vida; pero permitidme os haga observar una contradiccion, que no ha cesado de chocarme desde que giro en este grande torbellino del mundo, que es tambien un libro, como sabeis. Por una parte, todos celebran la felicidad aun temporal de la virtud. Los primeros versos que se han impreso en mi memoria, son los de Luis Racine en su poema de la Religion:

Adorable virtud, tu atractivo divino....

Supongo que los conocereis. Mi madre me los enseñó cuando todavía no sabía leer; y siempre me parece estar sentado sobre sus rodillas repitiendo este trozo que confio no olvidar. No encuentro cosa que no sea razonable en los sentimientos que espresa; y algunas veces he

llegado á creer, que todo el género humano estaba acorde sobre este punto, porque noto en todo una especie de concierto para exaltar la dicha de la virtud. Los libros están llenos de estas ideas, los teatros están resonando las mismas, y no hay poeta que no se haya evaporado para espresar esta verdad, del modo mas vivo é interesante. Racine ha hecho resonar en la conciencia de los príncipes estas palabras tan dulces y animosas: *Por todas partes me bendicen y alaban*, y esta dicha puede pertenecer mas ó menos á todos, segun la estension de la esfera en que se encuentran colocados. En las conversaciones familiares se dice comunmente, que *la fortuna de un negociante* no nos debe asombrar, *porque es debida á su probidad, á su exactitud, y á su economía, que han atraido hácia él la estimacion y la confianza general.* ¿Quien de nosotros no ha oido decir mil veces al buen sentido de los pueblos: *Dios bendice esta familia, son buenas gentes, tienen*

compasion de los pobres, no es estraño que en todo salgan bien? Entre las personas mas frívolas no hay una que no trate con mas gusto al hombre de bien aislado, que al galopin mas dichoso. Es preciso confesarlo: no hay imperio mas universal, ni mas irresistible que el de la virtud. Si la felicidad pues no se encuentra en ella ¿donde la hallaremos?

Por otra parte, un concierto no menos general nos manifiesta de una á otra estremidad del Universo que

> La inocencia postrada tiende dócil
> Al crímen su garganta desgraciada.

Se diria que la virtud no está en el mundo sino para sufrir, y para ser martirizada por el vicio, siempre descarado é impune. No se habla sino de los progresos de la audacia, del fraude, de la mala fe, y nunca se cansan de exagerar la desventura de la ingénua probidad. Todo se dá á la intriga, al ardid, á la corrupcion. No puedo acordarme sin reir de la carta de cierto hombre de ta-

lento que escribia á un amigo, y hablándole de otro que lo era de entrambos, y acababa de obtener un empleo, decia: » Mr.... merecía por todos títulos el destino, y *sin embargo le ha obtenido*."

Con efecto, hay veces que mirando las cosas de cerca se cae en la tentacion de creer, que el vicio tiene en la mayor parte de los negocios ventajas decididas sobre la probidad. Esplicadme pues esta contradiccion que se ha ofrecido á mi entendimiento tantas veces. La universalidad de los hombres parece persuadida de dos cosas contrarias. Cansado de ocuparme de este molesto problema, he concluido por apartarlo de la imaginacion.

El Conde.

Antes de deciros mi parecer, permitidme que os felicite de haber leido á Racine primero que á Voltaire. La musa de aquel, heredera (no digo universal) de otra musa mas ilustre, debe ser cara á los precepto-

res, porque es *musa de familia* que no ha cantado sino la razon y la virtud. Si la voz de este poeta no es brillante, es cuando menos dulce y arreglada siempre. Sus *poesías sagradas* están llenas de pensamientos sentimentales y de uncion. Rousseau marcha delante de él en el mundo y en las academias; pero en la Iglesia yo me atendré á Racine. Os he felicitado de haber comenzado por él, y debo felicitaros aun mas de haberlo aprendido sobre las rodillas de vuestra escelente madre, á la cual he venerado profundamente durante su vida, y que aun en el dia me ocurre invocarla alguna vez. A nuestro sexo pertenece sin duda, formar geómetras, tácticos, químicos &c.; pero lo que se llama el hombre, es decir el hombre moral, está quizá formado á los diez años, y desgraciado del que no lo haya sido en las rodillas de su madre; pues nada puede reemplazar la falta de este principio de educacion. Si la madre se hace un deber de imprimir profundamente sobre la

frente de su hijo el carácter divino, puede estar casi segura de que la mano del vicio nunca le borrará. El jóven podrá estraviarse sin duda, pero describirá (permitidme la espresion) una curva entrante que le volverá al punto de donde haya partido.

El Caballero riendo.

Creed, amigo mio, que mi curva comienza ya á inclinarse.

El Conde.

Estoy tan lejos de dudarlo, que os puedo dar una demostracion de esta verdad con la sola razon de que os hallais aqui. ¿Que encanto os arranca á la sociedad y á los placeres, para traeros todas las tardes cerca de dos hombres de edad, cuya conversacion no os promete ninguna diversion? ¿Por que en este momento me escuchais con placer? Porque llevais sobre vuestra frente esta señal de que acabo de hablar. Alguna

vez cuando os veo venir desde lejos, creo veros al lado de vuestra madre, que cubierta de un vestido luminoso os señala con el dedo esta galería donde os esperamos. Sé que vuestro entendimiento parece rehusar ciertos conocimientos; pero es únicamente porque toda verdad necesita preparacion. Algun dia, no hay que dudarlo, llegareis á gustar de ellos; y yo debo felicitaros ya por la sagacidad con la cual habeis descubierto y puesto en claro una contradiccion humana, de la que yo no me habia ocupado todavía, aunque realmente sea digna de llamar la atencion. Si, Caballero mio, habeis dicho muy bien; el género humano no se cansa de hablar ni sobre la dicha, ni sobre las calamidades de la virtud. Por de pronto se podria decir á los hombres: Pues que la pérdida y la ganancia parecen igualarse, decidíos en la duda en favor de esta virtud que es tan amable, y con tanta mayor razon cuanto no estamos reducidos á ese equilibrio. Con efec-

to, la contradiccion de que acabais de hablar, la encontrareis por todas partes, pues que el Universo entero obedece á dos fuerzas, de las que voy á citaros un egemplo. Vos vais al teatro mas frecuentemente que nosotros; ¿los bellos pedazos del Lusignan, del Polyencte, del Merope dejan nunca de escitaros el mas vivo entusiasmo? ¿Os acordareis de un solo rasgo sublime de respeto filial, de amor conyugal, de piedad misma, que no haya sido profundamente sentido, y cubierto de aplausos? Volved pues al otro dia, y oireis otro tanto ruido por las coplas de Fígaro. Esta es la misma contradiccion que la de que hablábamos antes; pero en el hecho no hay contradiccion propiamente dicha, porque la oposicion no está en la materia. Vos habeis leido lo mismo que nosotros:

¡Dios mio! ¡cruel guerra!
¡Dos hombres en mí mismo!

El Caballero.

Sin duda, y yo creo aun que to-

dos estamos obligados en conciencia á esclamar con Luis XIV: ¡Ah! ¡Como distingo yo estos dos hombres!

El Conde.

Pues bien; esa es la solucion del problema, y de muchos otros que realmente no son sino el mismo bajo formas distintas. Hay en nosotros mismos sentimientos que exaltan muy justamente las ventajas aun temporales de la virtud, y otros por desgracia que nos inducen á creer que no existe sobre la tierra sino para ser perseguida, maldecida y vejada por el crímen. Lo que habeis oido en el mundo, son dos hombres de diferente parecer, y en verdad nada tiene de estraño; pero están muy lejos estos hombres de ser iguales entre sí. La recta razon y la conciencia que dicen lo que ven evidentemente, dan la ventaja en cosas iguales á la virtud: en todas las profesiones, en todas las empresas, y en todos los negocios, le atribuyen la salud que es el primero

de todos los bienes temporales, sin el cual los demas no son nada, y un contentamiento interior, mas precioso mil veces que todos los tesoros del mundo.

Por el contrario, el orgullo revoltoso y despechado, la envidia, la avaricia y la impiedad son las que se quejan de las desventajas temporales de la virtud. Luego no es el hombre, sino un hombre diferente.

Nosotros obramos frecuentemente en nuestros discursos y acciones, segun la pasion del momento, y sobre todo segun el humor que nos domina. A propósito de esto os quiero citar un autor muy antiguo, cuyas obras echo de menos en razon de la fuerza y gran sentido que brillan en los fragmentos que nos restan. Este es Ennio, el cual hacía cantar en otro tiempo sobre el teatro de Roma estas máximas estrañas:

Protesto que los Dioses reconozco,
Pero tambien que su profunda ciencia,
Los negocios del mundo despreciando,
Les niega su asistencia.
Y sino, la virtud recompensára,

La maldad implacable castigára,
Es poca cosa. . . . .

Y Ciceron nos dice que estos versos fueron colmados de aplausos; mas en el mismo siglo, y en el mismo teatro, era Plauto al menos tan aplaudido como él cuando decia:

Desde lo alto en la mansion celeste
Un Dios en vela sin cesar nos mira,
Nos ve, nos oye, nos observa, y nada
Puede ocultarnos á su sacra vista.

Ved aquí un escelente egemplo de la contradiccion humana. Aquí el sabio, el poeta filósofo es el que desvaría; y el cómico amable el que predica maravillosamente.

Pero si quereis consentir en seguirme, partamos desde Roma á Jerusalem. Un Salmo bastante corto ha espresado enteramente la materia que nos ocupa. El Rey Profeta, que es el autor de este bello cántico, está pronto á confesar algunas dudas que se han elevado en su alma; mas creyéndose obligado á condenarlas de antemano, comienza por un transporte de amor

diciendo: «*¡Cuan bueno es nuestro Dios para todos los hombres que tienen un corazon recto!*" Despues de un movimiento tan amoroso, puede confesar sin pena sus antiguas inquietudes. *Yo estaba escandalizado, y sentia casi vacilar mi fé, cuando contemplaba la tranquilidad de los malos. Yo oia decir al rededor de mí, Dios los vé. Y me decia á mí mismo: en vano he seguido yo el sendero de la inocencia. Y me esforzaba en penetrar este misterio que fatigaba mi inteligencia.*

Ved aqui las dudas que se han presentado mas ó menos á los entendimientos, esto es lo que se llama en estilo ascético tentaciones; mas se apresura el Santo Rey á decirnos que la verdad no tardó á vencerlas é imponerle silencio.

Pero he comprendido este misterio, cuando he entrado en el Santuario del Señor; cuando he visto el fin que ha preparado á los culpables. Yo me engañaba ¡oh Dios! Vos castigais sus tramas secretas,

vos derrocais los malos, los cubrís de infortunios; en un instante han perecido á causa de su iniquidad, y los habeis hecho desaparecer como el sueño del hombre cuando dispierta.

Habiendo asi abjurado todos los sofismas del entendimiento, se entrega á su amor, y esclama entonces: *¿Que puedo yo desear en el Cielo? ¿Que puedo yo amar sobre la tierra, si no es á Vos? Mi carne y mi sangre se consumen de amor. Vos sois mi patrimonio para la eternidad. Quien se aleja de Vos, marcha á su perdicion, como una esposa infiel, á quien persigue la venganza. Pero para mi no hay mas felicidad que unirme á Vos, no esperar sino en vos, celebrar delante de los hombres las maravillas de mi Dios.*

Ved á nuestro Maestro y á nuestro modelo. En esta especie de cuestiones no debemos comenzar con un orgullo contencioso que es criminal, porque arguye contra Dios, y guia rectamente hácia la cegue-

dad. Esclamemos antes que todo: ¡que bueno sois! y supongamos que hay en nuestro entendimiento algun error, que deseamos aclarar. Con estas disposiciones no tardaremos á encontrar la paz, que se desdeñará justamente de venir á nosotros, sino la pedimos á su autor. Yo concedo á la razon todo lo que la debo. El hombre no la ha recibido sino para servirse de ella, y conceptuo que hemos demostrado bastante que no se ve muy embarazada por las dificultades que se la oponen contra la Providencia. No contemos esclusivamente con sus luces demasiado espuestas á eclipsarse por las tinieblas del corazon, siempre prontas á levantarse contra la verdad, y contra nosotros mismos. Las dudas se parecen á las moscas importunas, que ahuyentamos y siempre vuelven. Ellas vuelan al primer gesto de la razon, pero la Religion solo nos liberta de su importunidad.

EL SENADOR.

Os he seguido con mucho gusto en vuestra escursion á Jerusalem; mas permitidme añadir que no es siempre la impiedad, la ignorancia ó la ligereza las que se dejan deslumbrar por el sofisma que habeis atacado con tan buenas razones. La injusticia es tan grande con respecto á este asunto, y el error está tan arraigado, que algunos escritores muy sabios seducidos ó aturdidos por quejas insensatas, concluyen por espresarse como la muchedumbre, y parecen prescindir enteramente ó justificar este punto. Fijad la vista sobre Luis Racine, y recordad el siguiente verso de la pieza que teniais á la vista:

De él huyen la riqueza y la fortuna.

No hay cosa mas falsa que su sentido: no solo no huyen las riquezas de la virtud, sino que por ella, al contrario, se adquieren y poseen riquezas honrosas y permanentes. Las otras son despreciables y pasageras. Es sinembargo un sabio, un

hombre profundamente religioso el que entre tantos otros nos acaba de repetir que *la riqueza está reñida con la virtud*, y eso seguramente despues de haber repetido mil veces en su vida, el antiguo, universal é infalible adagio de que *el bien mal adquirido no aprovecha.* De modo, que segun él estamos condenados á creer que las riquezas huyen igualmente del vicio que de la virtud. ¿Donde se encuentra pues? Si hubiese observaciones morales como las hay meteorológicas, y si observadores infatigables fijasen su penetrante vista sobre la historia de las familias, se vería que los bienes mal adquiridos son otros tantos anatemas, cuyo cumplimiento es inevitable, ó sobre los que los adquirieron, ó sobre sus succesores.

Pero lo sescritores del buen partido que han tratado la materia, han cometido un error que creo merece descubrirse. En la prosperidad de los malos, y en los padecimientos de los buenos, han encontrado la mas fuerte prueba de la

inmortalidad del alma, ó lo que es lo mismo, de las penas y recompensas de la otra vida; y se han inclinado á pasar por alto las de este mundo, por no debilitar las pruebas de una verdad del primer órden, sobre la cual reposa todo el edificio de la Religion: pero en mí concepto se equivocan. No es necesario, ni aun permitido desarmar, por decirlo así, una verdad para amar otra, pues cada cual se puede defender por separado, sin hacer concesiones que no son necesarias.

Leed cuando tengais proporcion las reflexiones críticas del ilustre Leybnitz sobre los principios de Puffendorf, y encontrareis, que los castigos de la otra vida están demostrados con la sola razon, de que plugo al Soberano dueño de todas las cosas dejar en esta vida *la mayor parte de los crímenes impunes, y la mayor parte de las virtudes sin recompensa.*

Pero no creais que nos cede el trabajo de refutarlo. En la misma obra se apresura á refutarse con a-

quella superioridad que la caracteriza, y reconoce espresamente, que *haciendo abstraccion aun de las otras penas que Dios aplica en este mundo al modo de los legisladores humanos, no se manifestará menos legislador en esta vida; pues en virtud de las leyes solas de la naturaleza, tan sabiamente establecidas, todo hombre malo es un Heautontimorumenos.* (1)

No parece que pueda esplicarse mejor. Pero decidme, ¿como es posible que *habiendo Dios aplicado penas en esta vida á la manera de los legisladores*, y siendo ademas todo malvado, en virtud de las leyes naturales, un *verdugo de sí mismo, la mayor parte de los crímenes permanezcan impunes?* (2) La ilu-

---

1 Verdugo de sí mismo. Este es el título muy conocido de una comedia de Terencio. El venerable autor del Evangelio esplicado ha dicho con gran talento, y mayor autoridad: , Un corazon culpable toma siempre contra sí mismo el partido de la justicia divina. (T. III, 120 med. 3.º punto.)

2 Leybnitz monita quædam ad Puffendorffii principia: opp. tom. I.V, parte 3.ª, pág. 277.

sion de que os hablaba antes, y la fuerza de la preocupacion, se manifiestan aqui á descubierto. No emprenderé inútilmente aclararlas; mas quiero remitiros á un hombre superior en este género, cuyas obras ascéticas son incontestablemente uno de los mas bellos presentes que el talento haya hecho á la piedad. El P. Berthier hablando sobre las palabras del Salmo: *aun un momento y el impío no existirá; buscareis su lugar y no lo encontrareis*, observa que si el Profeta no hablaba por la bienaventuranza eterna, su proposicion sería falsa; porque dice: *los hombres de bien han perecido, y no se conoce el lugar que han ocupado sobre la tierra; no poseian riquezas durante su vida, y no se vé que disfrutasen mas tranquilidad que los malos, los cuales á pesar del esceso de sus pasiones,*

Los pensamientos mas importantes de este grande hombre, han sido puestos al alcance de todo el mundo en el libro tan bien concebido como [illegible]do. Pensamientos de Leybnits. (V. tit. 2°. pag. 290 y 375.)

parecen tener el privilegio de la salud, y de una larga vida.

No sé como un pensador tan juicioso, se haya dejado cegar por la preocupacion hasta el punto de desconocer las verdades mas palpables. *Los hombres de bien*, dice, *han perecido*. Nadie ha sostenido aun que los buenos tuviesen el privilegio de no morir. *No se conoce el lugar que han habitado sobre la tierra.* ¿Acaso el sepulcro de los malos es mas conocido que el de los buenos, guardada entre ellos la debida proporcion de nacimiento, empleos y género de vida? ¿Luis XI y Pedro el Cruel fueron mas célebres ó mas ricos que San Luis y Carlo-Magno? Suger y Gimenez no vivieron mas tranquilos, y ¿son por ello menos célebres despues de su muerte que Sejan y Pombal? Lo que sigue sobre *el privilegio de la salud, y de la mas larga vida*, es quizá una de las mas terribles pruebas de la fuerza de la preocupacion general, aun sobre los talentos mas á propósito para librarse de ella.

Pero al P. Berthier le ha sucedido lo mismo que á Leynibtz y á todos los hombres de su especie, que es refutarse á sí mismos con una fuerza y una claridad digna de ellos; y en cuanto al P. Berthier ademas con cierta uncion digna de un Maestro que iguala ó emula á Fenélon en todos los ramos de la ciencia espiritual. En muchos parages de sus obras reconoce que en la misma tierra no hay felicidad sino en el seno de la virtud; que nuestras pasiones son nuestros verdugos, *que el colmo de la dicha, se encuentra en el colmo de la caridad*, y que si existiese una ciudad evangélica, sería un lugar digno de la admiracion de los Angeles, y que forzaría á dejarlo todo para ir á contemplar estos bienhadados mortales Lleno de estas ideas se dirige alguna vez á Dios mismo, y le dice: ¿*Es cierto pues* que á mas de la felicidad que me espera en la otra vida, puedo ser tambien feliz en esta? Leed, os suplico, las obras espirituales de este docto y santo per-

sonage: en ellas encontrareis con facilidad los pasages diferentes que os cito, y estoy seguro de que me dareis las gracias de haberos hecho conocer sus obras.

El Caballero.

Confesad francamente, querido Senador, que quereis inducirme á vuestras lecturas favoritas. Seguramente vuestra proposicion no se dirige á vuestro *cómplice* que sonrie; yo os prometo que si comienzo será por el P. Berthier.

El Senador.

Os ruego de todo corazon que no lo dilateis. Entretanto he tenido la satisfaccion de haceros ver que la ciencia y el buen celo se engañan por de pronto, y discurren como la muchedumbre, aunque engañadas en verdad por un noble motivo; si bien dejándose conducir al instante por la evidencia, se desmienten á si mismo del modo mas solemne.

Ved aqui, si no me engaño, dos

errores bien claros. Error del orgullo, que se niega á la evidencia para justificar sus culpables obgeciones; y error de la virtud, que se deja seducir para reforzar una verdad, aunque á espensas de otra. Hay un tercer error que no debe ser pasado en silencio, y es el de la muchedumbre de hombres que están hablando siempre de las prosperidades del crímen, sin saber siquiera lo que es felicidad ó desgracia: oidlos en la boca del misantropo.

Un villano que fuera
Con razon confundido,
Prospera en este mundo
Con bajos artificios.
El empleo que sirve,
De esplendor revestido,
Al mérito avergüenza,
Y al verlo engrandecido
La virtud se resiente.
No obstante, es acogido
Por do quiera de todos
Con semblante festivo:
Le sonrien, le aplauden,
Y si vaca un destino,
La cábala en pro suya
Lo alcanza, en perjuicio
Del hombre mas honrado
Que lo hubo merecido.

El teatro nos gusta tanto porque es el cómplice de todos nuestros vicios y errores. Un hombre de bien no puede disputar un empleo *por la cábala*; y menos aun competir con un intrigante. A sí es que se esclama sin cesar: Todos los empleos, todos los rangos, todas las distinciones son para los hombres que menos las merecen. En primer lugar, no hay cosa mas falsa; y en segundo ¿con que derecho llamamos *bienes* á estas cosas? No hace mucho que nos citabais aquel gracioso epígrama: *Merecia este empleo por todos títulos, y sin embargo lo ha obtenido*, el cual es gracioso cuando se trata de reir, pero cuando se trata de raciocinar, es cosa muy diferente. Yo quisiera comunicaros una reflexion, que me ocurrió dias pasados al leer un sermon de nuestro admiral le Bourdaloue, pero temo que me volvais á tratar de iluminado.

El Caballero.

¿Como? Yo no creo haber dicho

tal cosa. Lo que he dicho solamente, y me parece muy distinto, *es que si os oyesen ciertas gentes, os podrian tratar de iluminado*. Mas aquí no se encuentran *ciertas gentes*, y cuando las hubiera, y aun se hubiese de imprimir lo que decimos, soy de opinion que no nos debería dar cuidado. Lo que se cree verdad, es preciso decirlo, y decirlo con frente levantada. *Yo quisiera á cualquiera precio* descubrir una verdad, y aunque hubiera de chocar con todo el género humano, se la diria á quema ropa.

El Senador.

Si algun dia os alistais en un egército, que la Providencia levanta ya en Europa, os colocareis entre los granaderos: pero ved lo que os quería yo decir. Leia dias pasados en no sé qué sermon de Bourdaloue un pasage, en el que sostiene sin restriccion alguna, *que no es permitido solicitar empleos*. A deciros la verdad tomé esto por un simple

consejo, ó por una de las ideas de perfeccion, y continué leyendo; pero bien pronto la reflexion me volvió á la materia, y encontré en este texto asunto de una larga y seria meditacion. Ciertamente que gran parte de los males que afligen la sociedad proviene de los depositarios del poder mal escogidos por los Príncipes; pero la mayor parte de las malas elecciones son la obra de la ambicion que conspira á engañarlos. Si todo el mundo esperase la eleccion, en lugar de esforzarse para determinarla por todos los medios posibles, me inclino á creer que el mundo cambiaría de aspecto. ¿Con que derecho se atreve cualquiera á decir: *yo valgo mas que otro para este empleo*, pues esto es lo que supone una solicitud? ¡Que responsabilidad tan enorme no carga sobre sí, habiendo un órden oculto que se espone á turbar! Aun mas: si todo hombre se examina con cuidado á sí mismo, á los otros, y todas las demas circunstancias, sabrá distinguir los casos en que es llamado,

de aquellos en que fuerza ó violenta el paso. Esto pertenece á una idea que tal vez tendreis por paradoja, pero digna de que la creais. Me parece que es lo mismo esplicar la existencia y la marcha de los gobiernos por medios humanos, que el movimiento de los cuerpos por los medios mecánicos. *Mens agitat molem.* Hay en cada imperio un *espíritu rector* (dejadme robar esta palabra á la química desnaturalizándola) que le anima, como el alma anima al cuerpo, y que produce la muerte cuando se retira.

EL CONDE.

Eso es dar un nombre nuevo y bastante apropiado á una cosa muy sencilla, que es la intervencion necesaria del poder sobrenatural. Admitida como está en el mundo físico, sin escluir la accion de las causas secundarias, ¿por que no la hemos de admitir en el mundo político, en donde no es menos indispensable? Sin su intervencion ime-

diata no se puede esplicar, como lo deciais muy bien, ni la creacion ni la duracion de los gobiernos. Está manifiesta en la unidad nacional que los constituye; lo está en la multiplicidad de las voluntades que concurren á un mismo obgeto sin saber lo que hacen; y lo está sobre todo en la accion maravillosa que se sirve de esta muchedumbre de circunstancias que llamamos *accidentales*, de nuestras locuras mismas, y de nuestros delitos, para mantener el órden, y frecuentemente aun para establecerlo.

El Senador.

No sé si habreis comprendido perfectamente mi idea; pero degemos esto. Una vez admitido el poder sobrenatural, de cualquier modo que lo debamos entender, nos podemos entregar á él con confianza; pero nunca repetiremos bastante, que nos engañaríamos mucho menos sobre este asunto, si tuviésemos ideas mas exactas de lo que lla-

mamos *bienes y dicha.* Hablamos del buen éxito del vicio, é ignoramos lo que es buen éxito. Lo que nos parece una felicidad, es frecuentemente un castigo terrible.

El Conde.

Teneis muchísima razon. El hombre no sabe lo que le conviene, y la filosofía lo ha conocido ya; pues que ha descubierto que el hombre por sí mismo no sabía orar, y que ha tenido necesidad de que un Preceptor Divino viniese á enseñarle lo que debia pedir. Si alguna vez la virtud tiene menos habilidad que el vicio para adquirir riquezas, empleos &c., sino es diestra para toda especie de intrigas, tanto mejor para ella aun temporalmente. No hay error mas comun que el de tomar una bendicion por una desgracia. No envidiemos nada al delito, dejemosle su triste prosperidad; la virtud tiene otras. Ella tiene todo lo que la es permitido desear, y cuando tuviese menos, na-

da le faltaria al hombre justo, pues que le quedaría la paz, la paz del corazon. ¡Tesoro inestimable, salud del alma, encanto de la vida, que tiene lugar de todo, y que nada la puede reemplazar! ¿Por que ceguera inconcebible parece algunas veces no llamar nuestra atencion? Por una parte está la paz y la misma gloria: una buena reputacion es cuando menos compañera inseparable de la virtud; la buena reputacion, digo, que forma uno de los goces mas deliciosos de la vida. Por la otra parte se encuentran la agitacion, los remordimientos, y frecuentemente el castigo y la infamia. Todo el mundo confiesa estas verdades; mil autores las han consignado en sus obras, y despues se habla como si no se conociesen. Sin embargo ¿quien no contempla con delicia la felicidad del hombre, que puede decir todas las noches antes de conciliar el sueño: *Yo no he perdido el dia*; que no ve en su corazon ninguna pasion odiosa, ningun deseo culpable; que se duerme con

la certidumbre de haber hecho algun bien, y que se dispierta con nuevas fuerzas para llegar á ser mejor? Despojadle si gustais de todos los bienes que los hombres tan ardientemente desean; comparadle al feliz, al poderoso Tiberio escribiendo desde la Isla de Capre su famosa Carta al Senado Romano, (1) y creo no será dificil décidir entre estas dos situaciones. Al rededor de los malvados creo ver todo el infierno de los poetas. *Terribiles visu formæ*. Los cuidados devoradores, las pálidas enfermedades, la prematura vejez, la indigencia, los falsos goces del espíritu, la guerra intestina, las furias vengadoras, la negra melancolía, el sueño de la conciencia, y la formidable muerte. Uno de los mas grandes escritores, se ha dedicado á escribir el inevitable suplicio de los remordi-

---

1 ¿Que os escribiré yo en el dia, Padres Conscriptos? ¿Como os escribiré yo, ó que no deberé escribiros? Si yo sé que los Dioses y las Diosas me harán perecer mas horrorosamente de lo que me siento perecer cada dia.

mientos; pero *Perse* sobre todo me ha estremecido, cuando me ha hecho oir, durante el horror de una noche profunda, la voz de un culpable turbado por los sueños espantosos, arrastrado por su conciencia sobre el borde movible de un precipicio sin fondo esclamando *¡soy perdido! ¡soy perdido!* y cuando para acabar el cuadro nos presenta la inocencia durmiendo apaciblemente junto al criminal atormentado.

El Caballero.

En verdad que sois capaz de intimidar á un *granadero*, pero ved, amigo, una de esas contradicciones que observábamos antes. Todos hablan de la felicidad de la virtud, y del terrible suplicio de los remordimientos; mas parece que estas verdades sean puras teorías, pues que cuando se trata de discurrir sobre la Providencia se olvidan de ellas, como si fuesen nulas en la práctica. El error y la ingratitud están aquí resaltando á la vez. Aho-

ra que he reflexionado sobre ello, encuentro que es tan ridículo quejarse de las desgracias de la inocencia, como si se quejasen de que Dios habia hecho la felicidad desdichada.

El Conde.

¿Sabeis, Caballero, que Séneca no hubiera hablado mejor? Dios lo ha dado todo á los hombres que se ha dignado preservar ó libertar del vicio. Asi pues, decir que el crímen es feliz en este mundo, y la inocencia desgraciada, es una verdadera contradiccion en los términos; es decir precisamente, que la pobreza es rica, y la opulencia pobre; pero el hombre es tal que siempre arguirá, siempre se quejará de su padre. ¿No es bastante que Dios haya concedido al egercicio de la virtud una felicidad inefable? ¿No es bastante que la haya prometido la mejor hijuela, sin comparacion en el patrimonio general de los bienes del mundo? ¿Todavia no están satisfechas estas cabezas locas, cuyo

discurso ha desterrado la razon? ¿Será preciso aun que el justo imaginario sea impasible, que no le suceda ningun mal, que la lluvia no le moge, que la niebla se detenga en los confines de su campo, y que si por casualidad deja alguna vez de pasar los cerrojos de sus puertas, envie Dios un ángel con espada de fuego para que el ladron *dichoso* no venga á robar su dinero y alhajas?

El Caballero.

¡Ah! Tambien vos chanceais, señor filósofo; pero yo me guardaré de acriminaros, ya porque temo la represalia, ya tambien porque veo que en este caso puede muy bien presentarse la chanza en medio de tan grave discusion. No se puede imaginar mayor estravagancia, que la de pretender que cada justo viva exento de las penalidades de la vida, y sea inaccesible á todos los golpes de la suerte.

EL CONDE.

No sé bastante bien lo que quiere decir suerte; pero todavia encuentro otra cosa mucho mas estravagante, que lo que os parece el esceso de la misma estravagancia. Esta es la locura inconcebible que se atreve á formar argumentos contra la Providencia, en razon de las tribulaciones de una inocencia que *no existe.* ¿Donde está la inocencia? Decidme ¿donde está el justo? ¿Será acaso al rededor de nuestra mesa? ¡Dios mio! ¿como podremos incurrir en tal delirio, cuando somos testigos de lo contrario á cada instante? Cuantas veces me ocurre aquel pasage de la Biblia: *Scrutabor Jerusalem in lucernis.* (1) Visitaré á Jerusalen con lámparas. Visitemos nosotros nuestros corazones con lámparas, y nos avergonzaremos de pronunciar los nombres *de virtud, de justicia y de inocencia.* Comencemos por examinar el

1 Soph I. 12

mal que hay en nosotros, y nos helaremos de terror al echar una mirada valerosa en el fondo de este abismo. Porque es imposible conocer el número de nuestras transgresiones, y no lo es menos el saber hasta que punto, tal ó tal culpable se opone á los planes ó miras del Eterno Legislador. Pensemos despues en la comunicacion espantosa de los delitos que existen entre los hombres: *complicidad, consejo y egemplo, aprobacion,* palabras terribles que sería preciso meditar á toda hora. ¿Que hombre sensato podrá pensar sin estremecerse en la accion desordenada que ha practicado sobre sus semejantes, y en las consecuencias posibles de su influjo funesto? Rara vez un hombre se hace solo culpable, rara vez un delito no produce algun otro. De aquí este rasgo luminoso que brilla entre otros mil en el libro de los Salmos: *¿Que hombre puede conocer la estension toda de sus prevaricaciones? ¡Oh Dios! Purificadme de las que ignoro, y*

perdonadme las agenas. (1)

Despues de haber meditado sobre nuestros delitos, se nos presenta un exámen aun mas triste quizá, cual es el de nuestras virtudes. ¿Cuan terrible sería la pesquisa que tendria por objeto el pequeño número, la falsedad y la inconstancia de estas virtudes? Sería preciso sondear sus bases; ¡ah! y las hallaríamos mas bien nacidas de una preocupacion despreciable, que de la consideracion del órden general fundado sobre la voluntad Divina. Nos repugna mucho menos una accion porque es *mala*, que porque es *vergonzosa*. Si dos hombres de la plebe se baten con puñales, los calificamos de pícaros; pero alarguemos solamente las armas, unamos al delito cierta idea de nobleza ó independencia: entonces será la accion de un Caballero, y el Soberano vencido por la preocupacion, no padrá

1 ¿Delicta quis intelligit? Ab occultis meis munda me et ab alienis parce servo tuo. (Ps. XVIII, 14.)

menos de honrar *él mismo el delito* cometido contra *sí mismo*, es decir, la rebelion añadida al homicidio. La esposa criminal habla con tranquilidad de la infamia de una desgraciada, cuya miseria la ha conducido á una debilidad visible; y el diestro dilapilador del tesoro público, vé desde lo alto de su balcon dorado, como marcha al suplicio un criado infeliz que ha robado á su amo un escudo miserable. En los cuentos morales de Marmontel que he leido hace cuarenta años, encontré una cláusula que me hizo tanta impresion, que todavia no se ha llegado á borrar. Un plebeyo cuya hija habia sido deshonrada por un grande, le dijo á su corruptor opulento: *¡Cuan feliz sois de no estimar el oro tanto como las mugeres! Hubierais sido un cartujo.* ¿Que hacemos nosotros comunmente en el discurso de toda nuestra vida? Lo que nos gusta. Si nos abstenemos de matar y robar, es porque no se nos antoja; tal es la razon porque esto no se hace.

Sed si
Candida vicini subrisit molle puella
Cor tibi rite salit.....? (1).

Los hombres no tememos el crímen, sino solo la deshonra. Por poco que la opinion nos ponga á cubierto de ella, ó la sustituya con la gloria, como lo suele hacer, cometemos el crímen resueltamente: el hombre asi dispuesto, se llama justo, ó cuando menos, hombre honrado, y quien sabe sino da gracias á Dios, *de no ser como aquellos á quienes el vulgo da tal nombre?* Los Romanos fueron muy sabios en dar un mismo nombre á la *fuerza y á la virtud*, porque no hay virtud propiamente dicha sin victoria sobre nosotros mismos, y nada vale lo que nada cuesta. Rebajemos de nuestras débiles virtudes todo lo que es debido al temperamento, al honor, á la opinion, al orgullo, á la impo-

1 Pero si la cándida hija del vecino te sonrie voluptuosamente, ¿tu corazon no se rebela contra la honestidad?

tencia y á las circunstancias, ¿y que nos quedará entonces? ¡Ah! Bien poca cosa. No temo confesaros que siempre que me detengo en esta terrible reflexion, me siento movido á postrarme en tierra, como un criminal que pide gracia, y que acepta de antemano todos los males que podrian caer sobre su cabeza, cual ligera compensacion de la inmensa deuda que he contrahido con la eterna justicia. Sin embargo, no podeis figuraros cuantas gentes me han dicho en esta vida que era muy hombre de bien.

El Caballero.

Soy tan de la misma opinion de esas gentes, que estoy pronto á prestaros mi dinero sin testigos, sin recibo, y sin sospechar que seais capaz de no volvérmelo; pero decidme, ¿no habreis perjudicado vuestra causa inadvertidamente, manifestándonos ese ladron público que vé desde lo alto de su balcon dorado los aparatos del suplicio, que me-

rece él mejor que la víctima infeliz para quien está destinado? No temeis habernos conducido otra vez al triunfo del vicio, y á las desgracias de la inocencia?

El Conde.

No por cierto, amigo mio. Yo no estoy en contradiccion con migo mismo: por el contrario, vos habeis padecido notable distraccion, hablándonos de la desgracia de la inocencia, cuando solo debiais hablar del triunfo del vicio, pues que el criado á quien ahorcan por haber robado un escudo á su amo, de ninguno modo es inocente. Si la ley del pais prescribe la pena capital para el robo doméstico, todo criado sabe que se espone á ella, si lo comete. Si otros crímenes mayores no son conocidos ni castigados, esa es otra cuestion; mas en cuanto á él no tiene derecho para quejarse. Es culpable segun la ley, luego no se le hace ningun agravio. En cuanto al ladron público de que hablába-

mos ántes, no habeis entendido bien mi proposicion. Yo no he dicho que fuese feliz; no he dicho que sus malversaciones no serán conocidas ni castigadas, he dicho solamente que el culpable ha tenido el arte hasta entonces de ocultar sus delitos, y pasa por lo que suele llamarse un hombre honrado. No obstante, está muy lejos de serlo para aquel que todo lo ve. Por consiguiente si la gota, la piedra ó algun otro suplemento terrible de la justicia humana, viene á hacerle pagar el balcon dorado ¿donde está la injusticia? Pues esta suposicion se realiza á cada instante en todos los puntos del globo. Son verdades muy ciertas para nosotros, que el hombre no tiene medios para juzgar los corazones; que la conciencia que nosotros juzgamos mas favorablemente, puede estar horrorosamente manchada á los ojos de Dios; que no hay hombre inocente en este mundo; que todo mal es una pena, y que el Juez que nos condena á ella es infinitamente bueno y justo.

Esto basta, me parece, para que aprendamos á callar.

Permitidme antes de concluir otra reflexion, que acaso hará tanta impresion en vuestros entendimientos como ha hecho en el mio.

No hay ningun justo sobre la tierra. (1) El que ha pronunciado esta palabra, llega á ser él mismo una grande y terrible prueba de las maravillosas contradicciones del hombre; pero este justo imaginario quiero yo realizarlo por un instante en el pensamiento, y le abrumo con todos los males posibles. ¿Quien tiene derecho para quejarse? El justo, y el justo que sufre. Ved aqui lo que nunca sucedería. Ahora me ocurre la jóven soltera que se ha hecho célebre en esta grande capital entre las personas benéficas, que se imponen el deber sagrado

1 Non est justus super terram qui faciat bonum et non peccet Eccles. VII. 21. Hace mucho tiempo que se habia dicho: Quid est homo ut inmaculatus sit, et ut justus appareat de muliere? Ecce inter Sanctos nemo inmutabilis. Job. XV. 14. 15.

de buscar la desgracia, y socorrerla. A los diez y ocho años de edad, hace cinco que se ve atormentada por un horrible cáncer que la corroe la cabeza. Los ojos y la nariz han desaparecido, y el mal avanza sobre sus carnes virginales como el incendio que devora un palacio. Víctima de los padecimientos mayores, una piedad tierna y casi celestial la desprende de la tierra, y parece hacerla inaccesible é indiferente al dolor. Ella no dice como el estoico jactancioso: *¡Oh dolor! tu puedes hacer lo que quieras, mas nunca me harás convenir en que eres un verdadero mal.* Pero nunca han salido de su boca sino palabras de amor, de sumision y de reconocimiento. La inalterable resignacion de esta doncella se ha hecho cierta especie de espectáculo; y como en los primeros tiempos del cristianismo se asistia al circo por curiosidad para ver allí á Blandina, Agata, y Perpétua entregadas á los leones, y á los toros salvages, y mas de un especta-

dor se volvió á casa maravillado de reconocerse cristiano : asimismo vienen curiosos de todas partes á vuestra bulliciosa ciudad á contemplar la jóven mártir entregada al cáncer. Como ha perdido la vista enteramente, se pueden acercar sin turbarla, y muchas veces han referido de ella los mejores sentimientos. Cierto dia que se la manifestó una compasion particular sobre sus largos y crueles desvelos: *No soy, dijo, tan desgraciada como creeis. Dios me hace la gracia de que no piense sino en él.* Y cuando un conocido vuestro, amigo Senador, la dijo: ¿Cual es la primera gracia que pedireis á Dios cuando esteis en su presencia? Respondió con una sinceridad angelical: *Le pediré para mis bienhechores la gracia de amarle tanto como le amo.*

Si lo inocencia existe en alguna parte del mundo, es en esa cama del dolor, ocupada por esa jóven admirable, sobre la cual ha recaido nuestra conversacion; y si pudiera haber razon para dirigir quejas

contra la Providencia, partirian de la boca de esa víctima pura, que no sabe á pesar de ello sino amar y bendecir. Pues lo que ahora vemos, se ha visto siempre y se verá hasta el fin de los siglos. Cuanto mas se aproxima el hombre á este estado de justicia, cuya perfeccion no pertenece á nuestra débil naturaleza, tanto mas amante y resignado le encontrareis hasta en las circunstancias mas crueles de la vida. Solo el crímen es el que se queja de los padecimientos de la virtud. Siempre es el culpado, y frecuentemente el culpado feliz como desea serlo, sumergido en las delicias y rebozando de los únicos bienes que estima, el que se atreve á quejarse de la Providencia cuando juzga á propósito rehusar estos mismos bienes á la virtud. ¿Quien ha dado á estos temerarios el derecho de tomar la palabra en nombre de la virtud que los desconoce enteramente, y de interrumpir con blasfemias insolentes las ofrendas y sacrificios voluntarios del amor?

El Caballero.

¡Ah querido amigo mio, cuantas gracias os doy! No es posible espresaros hasta que punto me habeis afectado con esa reflexion, que no se había presentado nunca á mi entendimiento. Yo la llevo en mi corazon, porque es preciso separarnos. Aunque no se puede decir que es de noche, no es tampoco de dia; y las parduzcas aguas del Neva anuncian la hora de un descanso, que no confio encontrar. Creo que me hará cavilar mucho esta jóven, y no pasará de mañana que no busque su casa.

El Senador.

Yo me encargo de acompañaros.

VELADA CUARTA.

EL CONDE.

Me acuerdo de un escrúpulo del Caballero, cuya satisfaccion ha sido preciso diferir hasta ahora; porque las conversaciones de esta especie tienen corrientes verdaderas, que nos alejan á pesar nuestro. Volvamos pues á él.

EL CABALLERO.

He conocido bien que nos alejábamos, pero cuando el mar está perfectamente tranquilo y sin escollos; cuando no nos falta el tiempo ni los víveres; y cuando nada tenemos que hacer en nuestras casas, no es estraño que nos ocupemos en descubrir terreno. Mas ya que quereis que volvamos atrás, sea enhorabuena. Recuerdo que en el segundo diá-

logo proferisteis una palabra acerca de la oracion, la cual me causó alguna inquietud, porque dispertó en mí ideas que me habian fatigado muchas veces. Tened ahora la bondad de manifestarme las vuestras.

El Conde.

Ved como he llegado al fin á hablaros de la oracion. Si todo mal es un castigo, como quedó ya demostrado, ninguno puede ser mirado como necesario, pues que pudo haber sido prevenido. El orden temporal es en esta parte, como en muchas otras, la imágen de otro orden superior. Los suplicios no los han hecho necesarios sino los crímenes; y como todo crímen sea el acto de la voluntad libre, pudo haberse evitado el suplicio no habiendo cometido el delito que le acarrea. Aun despues de cometido, puede prevenirse ó evitarse el castigo de dos modos: bien porque los méritos del culpado ó de sus ascendientes consigan equilibrar la fal-

ta, ó bien porque sus fervientes súplicas ó las de sus amigos lleguen á desarmar al Soberano.

Una de las cosas que la filosofía nos dice sin cesar es, que nos guardemos de hacer á Dios semejante á nosotros. Yo aceptaré el aviso, con tal que ella admita á su vez el de la Religion, de *hacernos* semejantes á Dios. La justicia divina puede ser contemplada y estudiada en la nuestra mucho mas de lo que se cree comunmente. ¿Ignoramos acaso que hemos sido criados á la imágen de Dios, y que se nos ha mandado trabajar *para hacernos perfectos como él?* Conozco tambien que estas palabras no deben ser tomadas á la letra; pero siempre nos muestran lo que somos: pues que la semejanza con el Ser Soberano, es un título de gloria que ningun entendimiento puede concebir. La semejanza nada tiene de comun con la igualdad; y asi no hacemos sino usar de nuestros derechos, gloriándonos de ella. El mismo Dios se ha declarado

nuestro padre, y el amigo de nuestras almas. (1) El hombre Dios nos ha llamado sus amigos, y sus hijos, y aun sus hermanos (2), y sus Apóstoles no han cesado de repetirnos el precepto de ser semejantes á él. No hay pues duda alguna sobre esta augusta semejanza; pero el hombre se ha engañado doblemente sobre Dios. Ya le ha hecho semejante á sí, atribuyéndole sus pasiones; ya por el contrario, se ha engañado de un modo mas humillante para su naturaleza, rehusando reconocer en sí los divinos rasgos de su modelo. Si el hombre sabe discurrir y contemplar estos rasgos, no se engañará al formar el juicio de Dios, segun su estimada criatura. Basta formarle segun todas las virtudes, es decir, segun todas las perfecciones de que todo hombre se siente susceptible, y que

---

1 XL 27.

2 Pero solamente despues de su resurreccion en cuanto al título de hermano. Esta es una observacion de Bourdaloue en un fragmento que nos ha dejado sobre la resurreccion.

nos vemos precisados á admirar en el fondo de nuestro corazon, aun cuando mas distamos de profesarlas. (1)

No os dejeis pues seducir por las teorías modernas, sobre la inmensidad de Dios, sobre nuestra pequeñez, y la locura que cometemos en quererle juzgar segun nosotros mismos. Estas son bellas frases que no tienden á exaltar á Dios, sino á degradar al hombre. Las inteligencias no pueden diferir entre sí sino en las perfecciones, como las figuras semejantes no pueden diferenciarse sino en las dimensiones. La curva que describe Uranio en el espacio, y la que encierra debajo de una pequeña concha el diminuto gérmen de un marisco, diferen-

---

1 Los Salmos presentan una buena leccion
contra el error contrario, y esta leccion prue-
ba la verdad. Habeis hecho alianza con el ladron
y con el adúltero; vuestra boca rebozaba de
malicia Habeis hablado contra vuestro herma-
no, contra el hijo de vuestra madre, y habeis
creido en seguida que os semejaba yo. P. XLIX
18. 21 Era preciso obrar de otro modo, y creer
lo mismo.

cian sin duda inmensamente. Disminuid la segunda hasta el átomo, y ensanchad la primera hasta lo infinito, siempre serán dos elipses, y las representareis por la fórmula misma. Sino hubiese ninguna relacion, ninguna semejanza entre la inteligencia divina y la nuestra, ¿como la una hubiera podido unirse á la otra, y como el hombre egercería aun despues de su degradacion un imperio tan maravilloso sobre las criaturas que le rodean? Cuando al principio del mundo dijo Dios: *hagamos al hombre á nuestra semejanza*, añadió en seguida, *y que domine sobre todo lo que respira*. Ved aqui el título original de la investidura Divina, porque el hombre no reina sobre la tierra, sino porque es semejante á Dios. No temamos nunca elevarnos demasiado, y debilitar por eso las ideas que debemos tener de la divina inmensidad. Para poner el infinito entre dos términos, no es necesario rebajar el uno: basta elevar el otro sin límites. Imágenes de

Dios sobre la tierra, le semejamos en todo lo que tenemos de bueno; y no podeis figuraros cuanto conduce esta semejanza para aclarar una multitud de cuestiones. No os maravilleis pues si me veis insistir en este punto; y no tengais ya ninguna repugnancia en creer, y en decir que se suplica á Dios, como se suplica á un Soberano, y que la súplica en el órden superior como en el dicho, tiene el poder de obtener gracias y prevenir los males. Con esto estrechareis el imperio del mal á unos límites igualmente incalculables.

El Caballero.

El punto que acabais de tratar, os lo digo francamente, es uno de aquellos en que yo sin encontrar en mí espíritu formal de negacion (porque he hecho acerca de esta especie de materias cierta teoría general que me preserva de todo error positivo) no veo sin embargo los obgetos sino de un modo confuso. Nunca me he

burlado de que el Cura amenazase á sus feligreses con la niebla y el granizo, sino pagaban bien el diezmo; mas observo un órden tan invariable en los fenómenos físicos, que no comprendo como las oraciones de estos hombres puedan tener alguna influencia sobre ellos. La electricidad, por egemplo, es necesaria al mundo, lo mismo que el fuego y la luz; si no se puede pasar sin electricidad, ¿como se puede pasar sin el trueno? El rayo es un meteoro como el rocío; el primero es terrible para nosotros, ¿pero que le importa á la naturaleza, que no tiene miedo ninguno? Cuando el metereologista se ha convencido por una continuacion de observaciones, que deben caer en tal ó cual pais cierto número de pulgadas de agua, se rie de las plegarias públicas por la lluvia. No lo apruebo en verdad, pero tampoco os ocultaré que las chanzas de los físicos me causan una desazon interior que quisiera desechar. Muy lejos estoy de pretender arguir contra las ideas

recibidas; pero ¿deberemos rogar para que se civilice el rayo, para que se domestiquen los tigres, y para que no hagan los volcanes sino solamente iluminar? El habitante de la Siberia pedirá al cielo el olivo, ó el de Provenza el klukwa (1).

Y ¿que diremos de la guerra que es obgeto perpétuo de nuestras súplicas y de nuestras acciones de gracias? Todos piden la victoria sin poder alterar la regla general, que la adjudica á los mas numerosos batallones. (2) La injusticia cubierta de laureles, arrastra en su triunfo al derecho vencido y despojado, y se atreve despues á entonar el *Te Deum*. ¡Dios mio! ¡que tiene de comun la proteccion celeste con todos los horrores que yo he visto de cerca! Todas las veces que he oido estos cánticos de victoria, y todas las

---

1 Pequeña baya encarnada, de la cual se hacen en Rusia confituras, y una bebida [illegible] sano y agradable.

2 La historia sagrada y la profana, tanto antigua como moderna, atestiguan lo contrario.

veces aun que he discurrido sobre ellos

Me ha parecido ver á esos bandidos,
En noche obscura y marcha silenciosa,
Con escalas, con sables
Astutamente armados,
Asesinar los guardias avanzados.
Despues trepando el muro
Que cerca la ciudad, en donde yace
Falsamente seguro
El habitante en el profundo sueño,
Llevar con torvo ceño
El hierro y fuego en su apacible asilo;
Y con furiosa inexorable mano
Al jóven degollar con el anciano.
Deshonrar la casada,
Violar la doncella,
Y ahogar el infante
En brazos de su madre palpitante.
Tras de tales horrores,
Sobre tanto cadáver hacinado,
Se dán al vino con codicia insana.
Mas llega la mañana,
Y el bárbaro soldado
De crímenes atroces mancillado,
Llevando la sacrílega insolencia
A suponer del cielo la asistencia,
Pisa el Templo con planta irreverente,
Y dá gracias al Dios Omnipotente.

El Conde.

¡Hola, Caballéro! ¿con que me

citais á Voltaire? Yo no soy tan riguroso que no os permita citar, como de paso, algunas felices ocurrencias de esta pluma brillante; pero la citais como autoridad, y eso no es permitido entre nosotros.

EL CABALLERO.

Sois demasiado rencoroso contra Francisco Maria Arouet. Mirad que ya no existe, y parece que no se pueda conservar tanto encono contra los muertos.

EL CONDE.

Si: mas sus obras no han muerto; ellas viven y nos matan. Considerad si es justificado mi odio.

EL CABALLERO.

Enhorabuena: pero permitidme advertiros que aunque este sentimiento sea fundado en su principio, no debe hacernos injustos hácia un ingenio como el suyo; ni hacernos

cerrar los ojos sobre este talento universal, que se debe mirar como una bella propiedad de la Francia.

El Conde.

En cuanto al ingenio, tanto como gusteis. Mas para alabar á Voltaire, es preciso hacerlo con reserva y como por fuerza. La admiracion desenfrenada con que algunas gentes le miran, es la señal infalible de que sus almas están corrompidas. No hay que admirarse: si alguno al recorrer su librería, siente una secreta atraccion hácia las obras de Ferney, no es guiado por el amor de Dios. Se han atrevido á criticar frecuentemente la autoridad eclesiástica que condena los libros *in odium auctoris*, y no hay cosa mas justa. *Negad los honores del genio al que abusa de sus dones.* Si esta ley se observase con la severidad debida, se verían bien pronto desaparecer tantos libros venenosos; pero pues que no nos es dado promulgarla, guardémonos de caer en un

esceso mas reprensible de lo que suele creerse; de exaltar sin medida los autores culpables, y sobre todo á este. Él ha pronunciado sin advertirlo un decreto terrible contra sí: *El talento corrompido, no fue nunca sublime*. Esta es una verdad incontestable, y asi Voltaire con su centenar de volúmenes no fue nunca sino gracioso, escepto en la tragedia, en donde la naturaleza de la obra le precisaba á espresar sentimientos nobles, enteramente estraños á su caracter; y aun sobre la escena, que es donde ha conseguido su mayor triunfo, no puede engañar á los prácticos. En sus mejores piezas, se parece á sus dos grandes rivales lo mismo que un hipócrita á un santo. No por eso quiero negar su mérito en este ramo, sino que me atengo á mi primera observacion: cuando habla en su nombre, no es sino gracioso, y nada lo puede enardecer, ni aun la batalla misma de Fontenoy. *Es hermoso*, suelen decir de él, y yo tambien lo digo tomando esta palabra por una

crítica; mas lo que no puedo sufrir, es la exageracion de llamarlo *universal*, porque encuentro muchas escepciones que hacer. En la oda es enteramente nulo. ¿Y podria no serlo? La impiedad habia estinguido en él la llama plausible del entusiasmo. Es tambien nulo y ridículo en el drama lírico, en donde sus oidos parecen tan obsolutamente cerrados á las bellezas armoniosas, como sus ojos lo estaban á las del arte. En los géneros que parecen mas análogos á su disposicion natural, se arrastra, por decirlo así: de modo que en la comedia, como que ningun malo puede llegar á ser cómico, no solamente es mediano y frio, sino pesado y aun grosero. Por la misma razon no ha sabido hacer un epígrama, pues que el menor desahogo de su hiel no puede espresarse en cien versos. Si se ensaya en la sátira, se desliza hasta el libelo; y á pesar de su arte, de su elegancia, y de las gracias de su estilo, es insoportable en la historia, en donde nada puede rempla-

zar la falta de gravedad, de dignidad y buena fé; cualidades que desconoce enteramente. En cuanto á la poesía *épica* no tengo derecho de hablar, porque para juzgar cualquiera libro es preciso leerlo. Una monotonía narcótica pesa sobre la mayor parte de sus obras, cuya animosidad se ceba en dos obgetos, la Biblia y sus particulares enemigos. Ó blasfema, ó insulta. Su celebrado modo de chancear está tambien muy lejos de ser irreprensible, pues que escita mas bien el gesto que la risa, y legítima risa. ¿No habeis visto escrito sobre su cara el divino anatema? Despues de tantos años, todavia se puede observar. Id, contempladla en el Palacio de la Ermita: nunca la miro sin felicitarme de que no nos haya sido transmitida por algun buril heredero de los Griegos, que hubiese sabido esparcir sobre ella alguna belleza ideal. Hay tanta semejanza en esta cabeza, como si hubiese sido sacada con un molde de yeso del mismo cadáver. Ved aque-

lla frente abyecta, nunca enrojecida por el pudor; ved aquellos ojos apagados, que todavía están haciendo chispear la lujuria y el odio. Aquella boca. Yo dige mal quizá, pero no es falta mia. Aquel *rictus* espantoso corriendo de una oreja á la otra, y aquellos labios comprimidos por la malicia, y prontos á soltarse para lanzar la blasfemia ó el sarcazmo. No me hableis de este hombre, pues no puedo soportar ni aun la idea. ¡Cuanto mal nos ha hecho! semejante á ese insecto que es la plaga de los jardines, el cual no muerde nunca sino la raiz de las plantas mas preciosas; el aguijon venenoso de Voltaire pica las dos raices de la sociedad, las mugeres y los jóvenes, y los empapa de una ponzoña que trasmiten asi de una generacion á otra. Inútil es que algunos admiradores estúpidos, quieran cubrir sus inesplicables atentados con repetir hermosos rasgos, en los que ha hablado superiormente de los mas venerables objetos. Estos ciegos voluntarios

consuman asi la condenacion de este escritor culpable. Si Fenelon con la misma pluma que pintó las fruiciones del Eliseo, hubiese escrito el libro del príncipe, sería mil veces mas vil y delincuente que Maquiavelo. El gran crímen de Voltaire es el abuso del talento, y la prostitucion meditada de un ingenio creado para celebrar á Dios y á la virtud. Él no puede alegar como tantos otros, la juventud, la inconsideracioon, el haber sido arrastrado por las pasiones, y la debilidad, en fin, de la naturaleza. Nada puede absolverle. Su corrupcion es de tal especie, que no pertenece sino á él; se arraiga en las últimas fibras de su corazon, y se fortifica con todas las fuerzas de su entendimiento. Aliado siempre al sacrilegio, insulta á Dios, y pierde á los hombres. Con un furor que no ha tenido egemplo, llega este blasfemo insolente á declararse enemigo personal del Salvador de los hombres. Desde el abismo de su nada, le da un nombre ri-

díeulo, y ultraja del modo mas horroroso esta ley adorable que el hombre Dios trajo sobre la tierra. Abandonado de Dios, que castiga retirándose, no conoce ya freno; y si otros cínicos han asombrado la virtud, Voltaire asombra el vicio. Se sumerge en el fango, se revuelca en él; entrega su imaginacion al entusiasmo del infierno, y este le presta todas sus fuerzas para llevarlo hasta los límites del mal. Asi inventa prodigios y monstruos que estremecen. París le coronó, y Sodoma le hubiera desterrado. Profanador descarado de la lengua universal, y de sus mejores nombres: ¿quien podrá pintar las ideas que inspira? Cuando veo lo que podia hacer, y lo que ha hecho, la consideracion de sus inimitables talentos, me causa una cólera santa que no acierto á espresar. Suspendido entre la admiracion y el horror, hay veces que quisiera elevarle una estátua.... por la mano del verdugo.

El Caballero.

Ciudadano, á ver el pulso....

El Conde.

¡Todavia me citais á uno de los *amigos!* (1) yo os responderé como él: *Ved mas bien el invierno sobre mi cabeza.* Estas canas os declararán que ha pasado para mi el tiempo del fanatismo y de la exageracion; pero hay una cierta cólera racional que conviene perfectamente con la prudencia, y el Espíritu Santo mismo la ha declarado formalmente exento de pecado. (2)

El Senador.

Despues de la *racional descarga* de nuestro comun amigo ¿que puedo yo decir sobre el *hombre universal?* Apoyándoos en él acabais de esponer la tentacion mas pérfida que puede presentarse al espíritu humano, la de creer en lo que se llaman leyes invariables de

---

(1) J. J. Rousseau.
(2) Irascimini et nolite peccare. Ps.

la naturaleza. Este sistema que tiene apariencias seductoras, conduce rectamente á apartarnos de la oracion, es decir, á perder la vida espiritual, porque la oracion es la respiracion del alma, como lo ha dicho creo San Martin; y quien no ora, no vive. No hay religion sin oracion, ha dicho ese mismo Voltaire que acabais de citar. Esto es evidente, y por una consecuencia necesaria, no hay oracion donde no hay religion. He aqui con corta diferencia el estado á que nos vemos reducidos, porque los hombres que no han orado sino en virtud de una religion revelada, y de una tradicion legítima, han cesado de orar á medida que se han acercado al deismo, que nada es y nada puede. Asi los veis ahora encorvados hácia la tierra, ocupados únicamente de leyes y estudios físicos y destituidos enteramente de todo sentimiento de su natural dignidad. A tal punto ha llegado la desgracia de estos hombres, que no pueden desear su propia regeneracion, no

solamente por la razon sabida de que nadie puede desear lo que no conoce, sino porque encuentran en su embrutecimiento moral cierto encanto funesto, el cual es un espantoso castigo. En vano se les hablará de lo que son y de lo que deben ser. Colocados bajo la influencia de la atmósfera divina, se niegan á vivir, siendo asi que si quisieren solamente abrir la boca atraerían el espíritu. Tal es el hombre que no ora, y si el culto público (bastaría esta prueba de su indispensable necesidad) no se opusiese á la degradacion universal, creo que los desarreglos de nuestra vida nos confundirian con los brutos. Asi estos hombres de que os hablo tienen aversion muy grande al culto y á sus misterios. Mas de una vez he oido con el mayor desconsuelo, que hay sugetos á quienes el aire de los Templos oprime de modo que se ven precisados á salir, al paso que las almas sanas se sienten penetradas de cierta especie de rocío espiritual que no tiene nombre, aunque no lo necesita,

porque nadie puede desconocerlo. Nuestro Vicente de Lerins ha dado una regla famosa en punto á nuestra Santa Religion, la cual se reduce á que es preciso creer lo que se ha creido siempre por todas partes y por todos: y esta es una verdad que no admite réplica. El hombre á pesar de su fatal degradacion, lleva siempre señales evidentes de su orígen divino, de modo que toda creencia universal es siempre mas ó menos verdadera, es decir, que el hombre puede haber cubierto ó *puesto una corteza* á la verdad por los errores de que la ha sobrecargado; pero estos errores serán locales, y la verdad universal se manifestará siempre. Los hombres han orado siempre y por todas partes. Han podido sin duda orar mal: ved aquí al hombre; pero siempre han orado; y ved aquí el conocimiento de un Dios. Ese sistema de las leyes invariables, nos conduciría sin remedio al fatalismo, y nos convertiría en estátuas. Protesto como nuestro amigo lo hizo ayer, que no

trato de insultar á la razon: la respeto muchísimo á pesar del mal que nos ha hecho; pero todas las veces que se encuentra en oposicion con el sentido comun, la debemos rechazar como emponzoñadora. Ella es la que ha dicho: *nada debe suceder mas* que lo que sucede: nada sucede *mas que lo que debe suceder*. Pero el buen sentido ha replicado: *si orais, no sucederá tal cosa que debia suceder;* en lo cual el sentido comun ha razonado bien, al paso que la razon ha carecido de sentido comun. Poco importa que á unas verdades demostradas se las opongan sutilezas, que no pueda por de pronto desvanecer el raciocinio; pues no hay medio tan seguro para incurrir en los errores mas groseros y funestos, como desechar un dogma porque se le oponen obgeciones á que no sabemos responder.

El Conde.

Teneis mucha razon, estimado

Senador; ninguna obgecion puede ser admitida contra la verdad, porque de otro modo dejaría de serlo. Desde que su caracter está reconocido, la insolubilidad de la cuestion no supone mas que falta de conocimientos de parte de aquel que no la sabe resolver. Se ha llamado en testimonio contra Moises la historia, la cronología, la astronomía, la geología, y las obgeciones han desaparecido delante de la ciencia verdadera; pero aquellos fueron mas sabios y virtuosos que las despreciaron antes de todo exámen, ó que no las examinaron sino para encontrar la solucion, aunque sin dudar nunca de que la hubiese. La misma verdad matemática se debe despreciar, porque aunque ella sea una verdad demostrada, no se podrá demostrar nunca que esté en oposicion con otra demostrada anteriormente. Establezcamos que por unanimidad de testimonios históricos (que yo supongo solamente) estuviese perfectamente demostrado que Archimedes quemó la flota de Mar-

celo con un vidrio ustorio. Todas las obgeciones de la geometría se desvanecerían entonces, y ella podría decir: ¿no sabeis que todo *vidrio ustorio reune los rayos al cuarto del diámetro de su esfericidad; que no podeis alejar el foco sin debilitar el calor, á menos que no aumenteis la magnitud del vidrio en proporcion suficiente, para lo cual dando la menor distancia posible á la flota romana, un vidrio capaz de quemarla no podria ser menor que la ciudad de Siracusa?* ¿Que respondereis á esto? Yo diría tan solo, *que Archimedes quemó la flota romana con un espejo ustorio.* Kirker llega despues á esplicarme el enigma. Encuentra el espejo de Archimedes (tulit alter honores) y los escritores envueltos en el polvo de las bibliotecas, salen á felicitar á este docto moderno. En este caso admiraré yo mucho á Kirker, le daré las gracias tambien, pero no necesitaba de él para creerlo. En otro tiempo se le decia al célebre Copernico: *si vuestra teoria fuese cier-*

ta, Venus tendria faces como la luna: ella no las tiene; luego es falsa vuestra nueva teoría. La obgecion era ciertamente matemática, y segun una antigua tradicion, de cuyo origen no me acuerdo, dijo que nada tenia que responder; pero que Dios haría la gracia de que se encontrase la respuesta. Efectivamente, Dios hizo la gracia (despues que hubo muerto este grande hombre) de que Galileo inventase los vidrios de aumento con los que vió las faces, de modo que la obgecion insoluble se hizo el complemento de la demostracion. Este egemplo suministra una prueba, que me parece de la mayor fuerza en las discusiones religiosas, y mas de una vez me he servido ventajosamente de él en las que me han ocurrido con algunos hombres de estos que se llaman ingenios.

El Caballero.

Me recordais una anécdota de mi primera juventud. Habia en mi

casa cierto Abate viejo llamado Poulet, verdadero mueble del castillo, el cual habia azotado á mi padre y á mis tios, y que se dejaría ahorcar por cualquiera de la familia; algo moroso y reñidor, pero fuera de eso escelente hombre. Un dia entré yo en su gabinete, y habiendo recaido la conversacion sobre las flechas de los antiguos, *¿sabeis, me dijo, Caballero, lo que eran las flechas de los antiguos y la velocidad que llevaban? pues era tanta,* que la guarnicion que era de plomo, y servía por decirlo así de lastre, se calentaba alguna vez por el roce del aire hasta el punto de disolverse. Yo me eché á reir: ¡vaya, querido Abate, y como chocheais! ¿Creeis que una flecha antigua fuese con mas rapidez que una bala moderna arrojada de un arcabuz rayado? Ya veis pues que esta bala no se derrite. Él me miró con risa amarga, que me hubiese enseñado todos los dientes á tenerlos, como si me quisiera decir con claridad, sois un *babieca*. Despues fue á una rinconera carcomida,

tomó un viejo Aristóteles que trajo sobre la mesa, lo ojeó algunos instantes, y al fin dando con la mano en el parage que acababa de encontrar, «yo no chocheo, dice; ved un texto que los mejores arcabuceros del mundo nunca podrán borrar,” é hizo señal con la uña sobre el márgen de la hoja. Muchas veces me ha sucedido pensar en este plomo de las antiguas flechas que acabais de recordarme. Si es cierto lo que dice Aristóteles, ved aquí una verdad que será preciso admitir á despecho de la obgecion insoluble sacada de la física.

El Conde.

Sin duda, como el hecho esté probado, lo cual no me detengo á examinar ahora, y me basta sacar de la masa de estos hechos una teoría general, una especie de fórmula que sirve para la resolucion de todos los casos particulares. Quiero decir, que siempre que una proposicion esté probada por el género

de prueba que le pertenece, la obgecion que se oponga, cualquiera que sea aunque parezca insoluble, no deberá ser escuchada. Solo resultará de la imposibilidad de responder que las dos proposiciones tenidas por verdaderas, no son de ningun modo contradictorias, lo que puede muy bien suceder, siempre que la contradiccion no está en los términos.

El Caballero.

Quisiera comprender esto mejor.

El Conde.

Ninguna autoridad en el mundo tiene derecho de revelarme *que tres no hacen mas que uno*, porque uno y tres me son conocidos, y como el sentido adoptado á los términos no cambia en las dos proposiciones, quererme hacer creer que *tres* y *uno son* y no son la misma cosa, es mandarme creer de parte de Dios, que Dios no existe.

Pero si se me dice que *tres personas no hacen sino una sola naturaleza*, con tal que la revelacion de acuerdo todavia, aunque sin necesidad, con las especulaciones las mas sólidas de la psichologia, y aun con las tradiciones mas ó menos obscuras de todas las naciones, me suministre una demostracion suficiente, yo estoy pronto á creerlo; y nada importa que tres no sean mas que uno, porque no es esto de lo que se trata, sino de saber que tres personas pueden ser una sola naturaleza, lo cual es cuestion muy diferente.

El Senador.

Con efecto, no pudiendo apoyarse la contradiccion, ni en las cosas, porque no se las conoce, ni en los términos, porque son indiferentes ¿en que se apoyará? Dejad á los estoicos que digan que las dos proposiciones lloverá mañana y ha llovido ayer, son igualmente ciertas, dejadlos que nos embara-

cen si pueden con algun sofisma. Nosotros no les haremos caso, porque la obgecion aunque fuese insoluble (lo que estoy muy distante de confesar) no debe ser admitida contra la demostracion que resulta de la creencia inata de todos los hombres. Si tomais mi dictámen, cuando esteis en vuestra casa, seguireis haciendo las oraciones suplicatorias. Convendrá mientras tanto que rogueis á Dios con todo el fervor posible, que os haga la gracia de volver; y despreciad altamente á cuantos quisieran obgetaros que está decidido de ante mano, si volvereis á ver ó no á vuestra cara patria.

El Conde.

Aunque yo esté como habeis visto íntimamente persuadido de que el sentimiento general de todos los hombres forma, por decirlo así, verdades de intuicion, delante de las cuales desaparecen todos los sofismas del raciocinio, creo no obstan-

te como vos, señor Senador, que en la cuestion presente no estamos reducidos al solo ausilio de los sentimientos, porque si mirais la cosa á buena luz, advertireis desde luego el sofisma. Esta proposicion *ha llovido ayer* no es mas segura que la otra *lloverá mañana*, sin duda, si con efecto debe llover; pero de esto precisamente es de lo que se trata, de modo que vuelve á empezar la cuestion. En segundo lugar, y este es el principal, no veo estas reglas inmutables, y esta regla inflexible de acaecimientos de que se ha hablado tanto. Veo por el contrario, en la naturaleza resortes espeditos, tales cuales deben ser para prestarse en cuanto es necesario á la accion de los seres libres, que se combina en la tierra con las leyes materiales de la naturaleza. Ved de cuantos modos, y hasta que punto influimos nosotros en la reproduccion de los animales y de las plantas. El ingerto, por egemplo, es ó no una ley de la naturaleza, segun que el hombre existe ó no. Nos ha-

blabais, Caballero, de cierta cantidad de agua debida precisamente á cada pais en el curso de un año. Como nunca me he ocupado de meteorología, no sé lo que se ha escrito sobre este punto; bien que á deciros la verdad, me parece imposible que tal se diga, al menos con certidumbre aun aproximativa. Como quiera que sea, no se puede tratar aqui sino de un año comun: ¿á que distancia colocaremos pues los dos términos del período? Suelen distar diez, ó si quereis cien años; pero quiero dar ventaja á los razonadores, y admito que en cada año deba caer en cada pais precisamente la misma cantidad de agua. Esta será la ley invariable; mas la distribucion de esta agua, si es permitido decirlo asi, será *la parte flexible de la ley*. Ya veis como con vuestras leyes invariables, podremos todavía muy bien tener inundaciones y sequedades; lluvias generales para el mundo, y lluvias de escepcion para aquellos que han sabido pedir-

las. Nosotros no pediremos que crezca el olivo en Siberia y el klukwa en la Provenza; pero pediremos que el olivo no se yele como sucedió en los campos de Aix el año 1709, y para que el klukwa no padezca demasiado calor en vuestro corto estío. Todos los filósofos de nuestro siglo no hablan mas que de leyes invariables: ya se ve, tratan de apartar al hombre de la oracion, y este es el medio mas propio para conseguirlo. De aqui viene la cólera de estos infieles, cuando los predicadores y los escritores moralistas nos advierten que las plagas materiales de este mundo, tales como los volcanes, los temblores de tierras &c. son castigos. Asi nos sostienen que era tan preciso que Lisboa fuese destruida el primero de Noviembre de 1755, como lo era que saliese el sol en aquella mañana. Me acuerdo de la indignacion que concebí leyendo el sermon que *Herder* dirigió á *Voltaire* con motivo de su poema sobre el desastre de Lisboa: "Osais, le dice, seria-

mente quejaros á la Providencia de la destruccion de esta ciudad? ¿No pensais que es una blasfemia contra la Eterna sabiduría? ¿Ignorais que el hombre asi como los puntales y tejas que sostienen y cubren su casa, es deudor á la nada, que todo lo que existe debe pagar su deuda? Los elementos se juntan, los elementos se desunen, *esta es ley necesaria de la naturaleza.* ¿Que hay pues de maravilloso, ó que puede motivar la menor queja?"

Ved un consuelo original, y muy digno del hombre cómico que enseñaba el Evangelio en el púlpito y el panteismo en sus escritos. Pero la filosofía no sabe mas. Desde Epicteto hasta el Obispo Weimar, este será siempre su modo invariable, y *su ley necesaria.* Lejos de conocer el bálsamo saludable del consuelo, angustia y oprime el corazon, y cuando ha llegado á endurecer á un hombre, se jacta de haber formado un sabio. Voltaire habia respondido de antemano á su crítica en este mismo poema sobre el desastre de Lisboa.

No presenteis al corazon opreso
La dura ley, que la razon condena,
De la necesidad. Ley que sin tino
Mundo, cuerpo y espíritu encadena.
¡Sueño de sabios y quimera vana!
¡Recurso triste de engañosa ciencia!
Dios solo tiene en su divina mano,
Sin ser encadenado, la cadena.
Y libre, y justo, y compasivo siempre,
Su voluntad es la infalible regla.

Hasta aqui sería imposible hablar mejor; pero como él se arrepentia de haber hablado bien, añade al instante:

¿Por que bajo el poder de un dueño justo
Sufre el hombre desgracias y miserias?
Ve aqui el nudo fatal que era preciso,
Y no me es dado deshacer.......

Aqui empiezan las preguntas temerarias. ¿Por que sufrimos bajo de un dueño justo? El Catecismo y el sentido comun nos responden acordes: *porque lo merecemos*. Ve aqui el nudo fatal sabiamente deshecho, y nunca nos apartaremos de esta solucion sin incurrir en error. En vano este mismo Voltaire esclamará:

Direis que tanta víctima ha sufrido
Por sus delitos merecida pena;
¿Mas que delito cabe en esos niños
Que yacen yertos só la faz materna?

Mal raciocinio, y falta de atencion y de análisis. Ciertamente que habia niños en *Lisboa*, lo mismo que en el Herculano el año 79 de nuestra era; como los habia en Leon algun tiempo antes; y aun si quereis como los habia en el tiempo del diluvio. Cuando Dios castiga una sociedad, cualquiera que sea, por los crímenes que ha cometido, hace justicia como la hacemos nosotros mismos en esos casos, y ninguno tiene derecho de quejarse. Si se subleva una ciudad, asesina á los representantes del Soberano, cierra sus puertas, se defiende contra él, y al fin es conquistada: el príncipe la hace desmantelar, la despoja de todos sus privilegios, y nadie se atreverá á vituperar este castigo con el frívolo pretesto de los inocentes que encierra. No tratemos nunca dos cuestiones á la vez.

La ciudad ha sido castigada en razon de su crímen, pues sin él no hubiera padecido. Esta es una proposicion verdadera é independiente de las demas. Me preguntareis en seguida *¿por que los inocentes han sido envueltos en la misma pena?* pero esta es pregunta á la cual no estoy obligado á responder. Podria confesar que no lo entiendo, sin alterar la evidencia de la primera proposicion: mas tambien podria responder, que el Soberano temporal, se vé en la imposibilidad de conducirse de otro modo, y no careceria de buenas razones para sentarlo asi.

El Caballero.

Permitid que os pregunte ¿quien impediria á este buen Rey tomar bajo de su proteccion á los habitantes que habian permanecido fieles, y trasportarlos á una provincia mas feliz para hacerlos gozar, no de los mismos privilegios, sino de otros mucho mayores, y mas dignos de su felicidad?

EL CONDE.

Esto es precisamente lo que Dios hace con los inocentes que perecen en una catástrofe general: pero volvamos al asunto. Yo me lisongeo de que Voltaire no se compadecería mas sínceramente que yo de estos desgraciados *niños muertos en el mismo seno maternal;* pero es gran delirio citarles para contradecir al predicador que esclama: *Dios ha castigado;* estos males son el precio de nuestros delitos, porque esta es una verdad general y evidente. Aqui se trata de esplicar por qué el inocente está envuelto en la pena pronunciada contra el culpable; pero esto, como os decia antes, es solo una obgecion, y si nosotros hacemos plegar la verdad delante de las dificultades, hemos acabado con la filosofía. Fuera de esto, dudo que Voltaire que escribia tan de prisa, hubiese hecho el debido reparo en que lejos de tratar una cuestion particular, y respectiva al acaecimien-

to de Lisboa, se introducia sin advertirlo en otra cuestion general, cual es la de *por qué los niños* que todávia no *han podido tener mérito ni demérito, se veian sujetos en todo el Universo* á los males que afligen á los hombres. Porque si está decidido que ha de perecer determinado número de niños, no veo que diferencia haya en que sea de este modo ó del otro. Ya sea que el puñal atraviese el corazon del hombre, ó ya que un poco de sangre se acumule en el cerebro, muere en ambos casos igualmente, solo que en el primero se dice que su muerte ha sido violenta. No obstante, para Dios no hay muerte alguna violenta, pues la hoja del acero colocada en el corazon, es una enfermedad lo mismo que la simple callosidad, que llamaríamos *polybo*.

Todavía debemos elevarnos algo mas, y preguntar: *¿por qué causa se ha hecho necesario que multitud de niños mueran antes de nacer: que la mitad entera de los que nacen mueran antes de la edad de*

dos años, y que otros aun, y en grande número, mueran antes de entrar en el uso de la razon? Estas preguntas dictadas por el espíritu de orgullo y contencion, son dignas de Matías Garo; pero si se proponen con curiosidad respetuosa, pueden ocupar nuestro entendimiento sin peligro. Platon se ha ocupado de esta materia; pues en su tratado de la república, presenta en la escena no sé como á cierto Levantino (Armenio sino me engaño) el cual refiere muchas cosas sobre los suplicios de la otra vida; eternos y temporales, porque los distingue muy exactamente: pero en cuanto á los niños que mueren antes del uso de la razon, dice Platón *que el estrangero contaba cosas sobre el estado de ellos en la otra vida que no deben repetirse* (1).

Por que nacen estos niños y por

---

1 El interlocutor se equivoca, pues Platon dice solamente: ,,Que respecto á estos niños Her contaba cosas que no valian la pena de ser recordadas." De Rep. L. X. opp. tom. VII p. 325.

que mueren, son misterios inaccesibles: pero es preciso haber perdido el sentido para arguir de lo que no se comprende bien.

Si quereis oir otro sofisma sobre este asunto, Voltaire os ofrecerá el egemplo, y siempre en esta misma obra:

¿Y Lisboa que fue, tuvo mas vicios
De los que Londres y París encierran?
Aquella está abismada, y estas otras
Nadando en los placeres y opulencia.

¡Gran Dios! ¡Quería este hombre que el Todopoderoso convirtiese en plaza de egecucion el suelo de todas las grandes ciudades? ¿O quería que Dios no castigase nunca, porque no castiga siempre y por todas partes en el momento mismo? ¿Voltaire habia recibido por ventura la balanza Divina para pesar los crímenes de los Reyes y de los individuos, y para asignar puntualmente la época de los suplicios? ¿Que hubiera dicho el temerario, si en el momento en que escribia esas líneas insensatas, en medio de una ciudad

sumergida en las delicias, hubiese podido ver en un porvenir tan inmediato la comision de salud pública, el tribunal revolucionario y las largas páginas del monitor teñidas de sangre humana?

La piedad es uno de los sentimientos mas nobles que distinguen al hombre, y es menester guardarse de estinguirla, y aun de debilitarla en los corazones; sin embargo cuando se trata de materias filosóficas, se debe evitar escrupulosamente toda especie de poesía, y no ver en las cosas sino las cosas mismas. Voltaire en el poema que os cito nos presenta *cien mil infortunados que la tierra devora*, ¿y para que cien mil? Su falta es tanto mayor, cuanto podia decir la verdad sin faltar á la medida, pues que en esta catástrofe perecieron solo veinte mil hombres, mucho menos que en un considerable número de batallas que podria citaros. Despues debemos considerar que en estas grandes calamidades, una porcion de circunstancias lo son solamente para los ojos.

El desgraciado *niño estrellado por una piedra*, es para nosotros un espectáculo espantoso; pero él es mucho mas feliz que si hubiese muerto de viruelas, ó de una penosa denticion. Que tres ó cuatro mil hombres perezcan diseminados en un espacio, ó todos á la vez de un solo golpe, y por una inundacion ó temblor de tierra, el resultado es el mismo para la razon, aunque para la imaginacion la diferencia sea enorme; de modo que puede muy bien suceder que uno de estos acaecimientos terribles que ponemos en el número de las mayores plagas del Universo, sea muy poco ó nada en el hecho, no solo para la humanidad en general, sino para un solo pais. Ved un egemplo de estas leyes, al propio tiempo flexibles é invariables, que rigen el Universo. Consideremos como punto determinado que en tiempo fijo deban morir tantos hombres en un pais, lo cual será invariable; pero la distribucion de la vida entre los individuos, lo mismo que el lugar y el tiempo de

las muertes, forman la parte flexible de la ley, de suerte que una ciudad entera puede ser asolada sin que la mortandad haya aumentado. La plaga misma puede aun ser doblemente justificada, ya por los culpables que han sido castigados, ya por los inocentes que han adquirido por compensacion vida mas larga y mas feliz. La Sabiduría Omnipotente que lo arregla todo, tiene medios tan numerosos, tan diversos, tan admirables, que la parte que está al alcance de nuestra observacion nos debe enseñar á respetar la otra. He examinado hace algunos años ciertas tablas mortuorias hechas en una muy pequeña provincia, con toda la atencion y todos los medios de exactitud posible, y quedé sumamente admirado al ver por el resultado de ellas, que dos epidemias furiosas de viruelas no habian aumentado la mortandad en los años que habian reinado. ¡Tanta verdad es que esta fuerza oculta que llamamos naturaleza, tiene medios de compensa-

cion que nos son desconocidos!

El Senador.

Un testo sagrado dice, que *el orgullo es el principio de todos nuestros crímenes* (1), y pienso que podria añadirse, que lo es tambien de todos nuestros errores. Este es el que nos estravía inspirándonos el desgraciado espíritu de controversia que nos hace buscar dificultades para contestar ó combatir el principio probado, en vez de someterlas humildemente á él; pero creo que los disputadores mismos están convencidos interiormente de su temeridad. ¡Cuantas disputas se evitarian si los hombres se viesen precisados á la ingenuidad!

El Conde.

Soy de vuestra opinion: pero antes de continuar fijad la atencion

---

1 Initium omnis peccati superbia. Eccles. IX 15.

en el caracter particular del cristianismo, con respecto á las calamidades de que hablamos. Si el cristianismo fuese obra de los hombres, su enseñanza variaría con las opiniones humanas; pero como dériva de un Ser inmutable, es tan inmutable como él. Ciertamente esta religion, que es la madre de toda la buena y verdadera ciencia que existe en el mundo, y cuyo mayor interes es el adelanto de esta misma ciencia, cuida de no impedir ni de entorpecer su marcha, y aprueba que busquemos la condicion de todos los agentes físicos que presentan su papel en las grandes convulsiones de la naturaleza. En directa relacion con el Divino Soberano, no se ocupa de los ministros que egecutan sus órdenes. Sabe que está hecha para orar, y no para disertar, pues sabe con certidumbre cuanto debe saber. Y asi, que se la apruebe ó que se la vitupere, que se la admire ó se la ponga en ridículo, permanece impasible, y sobre las ruinas de una ciu-

dad asolada por un temblor de tierra, esclama en el siglo XVIII lo mismo que le haría en el siglo XII, diciendo:

Os suplicamos, Señor, que os digneis protegernos. Cerrad con vuestra gracia suprema esta tierra quebrantada por nuestras iniquidades, á fin que los corazones de todos los hombres conozcan que vuestra cólera nos envia estos castigos, asi como vuestra misericordia nos liberta de ellos.

Ya veis que no hay aqui leyes invariables; ahora toca averiguar al legislador, prescindiendo aun de toda discusion sobre la verdad de las creencias, si una nacion en masa gana mas de penetrarse de estos piadosos sentimientos, que de entregarse esclusivamente á la pesquisa de las causas físicas, á la cual estoy no obstante muy lejos de rehusar un mérito grande, aunque siempre secundario.

El Senador.

Apruebo que la Iglesia católica

que enseña á todo el mundo, no se deje enseñar de nadie. Es preciso que esté dotada de una grande confianza en sí misma para que la opinion no influya absolutamente sobre ella. En vuestra cualidad de latino......

EL CONDE.

¿Que llamais latino? En materia de religion soy tan griego como vos, en cuanto puedo y debo serlo en sentido ortodoxo.

EL SENADOR.

Vaya, dejemos la chanza si gustais.

EL CONDE.

Esto no es chancear. ¿El símbolo de los Apóstoles no ha sido escrito en griego antes que en latin? ¿Los símbolos griegos de Nicea y de Constantinopla, y el de San Atanasio, no contienen mi fé, y no deberia yo morir por defender la ver-

dad de ellos? Yo creo que soy de la misma religion de San Pablo y de San Lucas que eran griegos; asi como de la de San Ignacio, San Justino, San Atanasio, San Gregorio de Nissa, San Cirilo, San Basilio, San Gregorio Nacianceno, San Epifanio y en una palabra de los Santos que venerais en los altares, cuyos nombres llevais, y particularmente de San Crisóstomo, de quien habeis conservado y retenido la liturgia. Admito todo lo que estos Santos y grandes personages han admitido, deseo lo que ellos han deseado, y recibo y reconozco legítimos todos los concilios ecuménicos convocados en la Grecia asiática, y en la Grecia europea. En este sentido soy griego.

EL SENADOR.

Lo que decís me hace nacer un pensamiento importante. Si alguna vez se tratase de una paz entre nosotros, se podria poner el *statu quo ante bellum*.

El Conde.

Está bien: ¿pero que queriais decir con mi cualidad de latino?

El Senador.

Queria decir, que en vuestra calidad de latino os apoyais siempre en la autoridad, y gusto de veros reclinar sobre esa almohada. Por lo demas, aunque yo fuese protestante, no os disputaria hoy ciertamente; porque á mi modo de pensar está muy bien, muy justa y muy filosóficamente hecho el establecer como dogma nacional, que toda plaga es un castigo. ¿Que sociedad humana no lo ha creido asi? ¿Que nacion antigua ó moderna, civilizada ó bárbara, y en todos los sistemas posibles de religion, no ha mirado estas calamidades, como la obra de un poder superior que era posible apaciguar? Alabo mucho al Caballero, si ha respetado como debia las eshortaciones de su

Párroco. Es verdad que no se puede asegurar que una desgracia determinada, sea el castigo de una falta tambien determinada; pero se puede y debe asegurar en general, que todo mal físico es un castigo: asi lo que llamamos *plagas del cielo* son necesariamente la consecuencia de algun crímen nacional, ó de los de crímenes individuales; de modo que cada una de ellas pudo haber sido prevenida, primero por la reforma de costumbres, y despues por la oracion. Dejemos pues decir á los sofistas, y miremos en el mas íntimo y profundo desprecio esas leyes eternas é inmutables que solo existen en su imaginacion, y que tienden nada menos que á la estincion de toda moralidad y al embrutecimiento absoluto de nuestra especie. Es precisa la electricidad, decia el Caballero, luego son precisos los truenos y los rayos, del mismo modo que el rocío, y podría añadir del mismo modo que los lobos, los tigres y las serpientes de cascabel. Hallándose el hombre en

estado de degradacion tan visible como deplorable, no tengo las luces, ni los conocimientos necesarios para decidir qué seres ni qué fenómenos son debidos á este estado únicamente. En el mismo en que estamos, se pasa muy bien en Inglaterra sin lobos: ¿por que no se pasaria en otra parte? Tampoco sé si es necesario que el tigre sea lo que es, ni que haya tigres, ó por mejor decir, creo seguramente lo contrario. Nadie puede dudar la suprema prerogativa del hombre, que por todas partes donde se halla establecido en número suficiente, los animales que le rodean, deben servirle, divertirle ó desaparecer. Pero dejemos, si se quiere, esta loca hipótesis del optimismo; suponcagamos que el tigre deba ser y sea lo que es, ¿diremos por ventura que es necesario que uno de estos animales entre hoy en mi habitacion y devore diez personas? Es preciso que el globo que habitamos encierre ó contenga en su seno sustancias diferentes, que en circunstancias

determinadas puedan inflamarse ó evaporarse, y producir asi un temblor de tierra; ¿luego era preciso que el dia primero de Noviembre 1755 pereciese Lisboa enteramente por una de estas catástrofes? ¿La esplosion no hubiera podido hacerse en otra parte, en un desierto, en el fondo del mar, ó á cien pasos de la ciudad? ¿Los habitantes no podian haber sido advertidos por ligeros sacudimientos preliminares, y haberse libertado con la fuga? ¡Cuantos argumentos contra la ridícula ley de la necesidad! Toda razon que no esté fanatizada, se sublevará contra ella.

Si por cierto: y el buen sentido universal tiene incontestablemente razon en atenerse á la etimología de que él mismo es autor. Las plagas están destinadas á castigarnos, y somos castigados porque lo merecemos. Podiamos sin duda no merecerlo, y despues de haberlo merecido podríamos aun obtener gracia. He aqui todo lo que se puede decir sobre este punto, y este es

uno de los casos numerosos en que la filosofía despues de largos y penosos rodeos, viene á descansar y apoyarse en la creencia universal. Ya veis, Caballero, cuan contrario soy á vuestra comparacion de las noches y los dias. El curso de los astros lejos de ser un mal, es una regla constante, y un bien que pertenece al género humano; ¿pero el mal que es un castigo, podria ser necesario? La inocencia podria prevenirlo, y la oracion lo podria evitar; siempre insistiré en este gran principio. Observad con este motivo un estraño sofisma de la impiedad, ó si quereis de la ignorancia, pues convengo gustoso en colocar á esta en lugar de aquella. Porque la Omnipotente bondad sabe emplear un mal para esterminar otro, se cree que el mal es una porcion integrante del todo. Recordemos lo que ha dicho la sabia antigüedad, que Mercurio (que era símbolo de la razon) *tiene el poder de arrancar los nervios de Tifon para formar las cuerdas de la Lira divina.* Pero

si Tifon no existiese, sería inutil esta maravillosa fuerza. Si nuestras oraciones son pues el esfuerzo del ser inteligente contra la accion de Tifon, hay utilidad, y aun necesidad de ellas, la cual queda filósoficamente demostrada.

El Senador.

La palabra Tifon que representaba en la antigüedad el emblema de todo mal, y especialmente de las plagas temporales, me recuerda otra idea que me ha ocupado frecuentemente, y que quiero participaros. Mas hoy os dispenso de mi metafísica, porque me es preciso dejaros para ver el fuego artificial que se dispara en el camino de Peterhoff, el cual debe representar una esplosion del vesubio. El espectáculo será Tifoniano, pero muy inocente.

El Conde

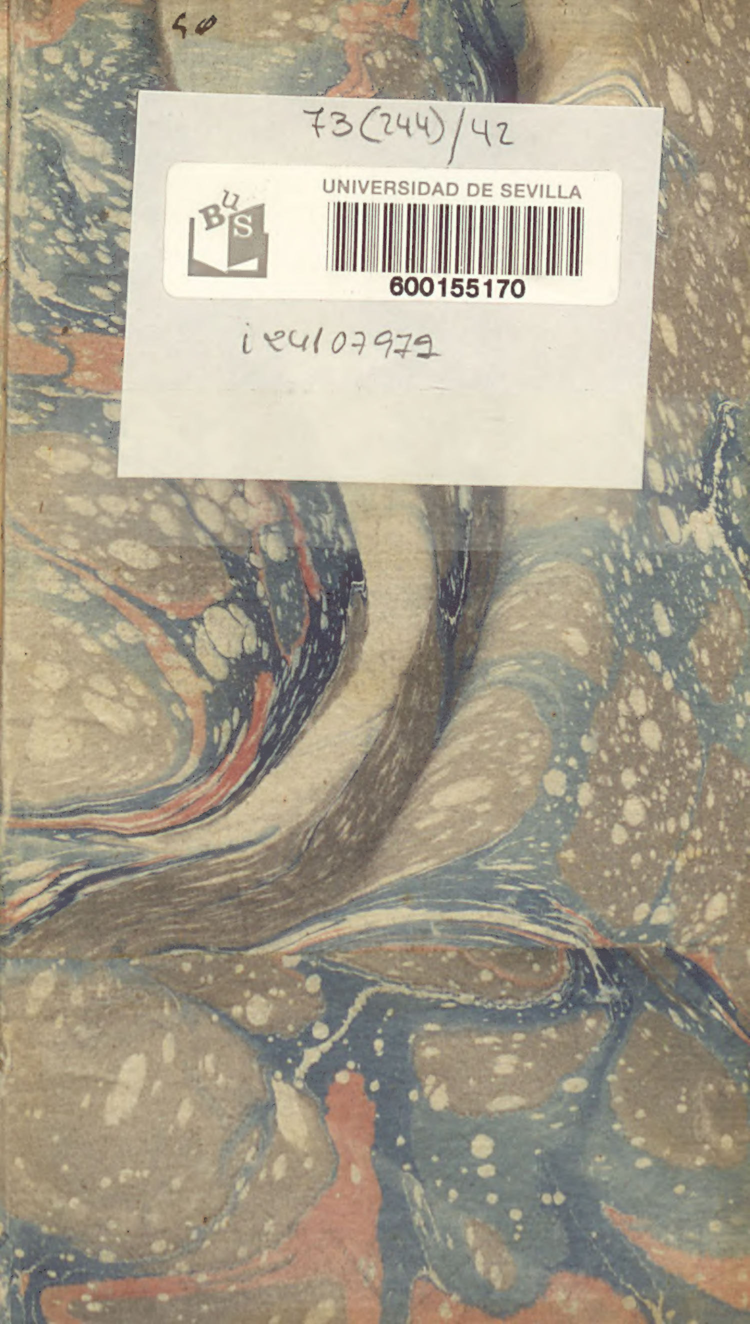
No del todo para los moscardo-

nes, é inumerables pájaros anidados en los bosques vecinos, y tal vez para algun temerario de la especie humana que podría perder la vida, ó cuando menos un miembro, diciendo *Niebone*. ¡No sé en que consiste que los hombres nunca se juntan sin esponerse! Id no obstante, querido amigo, y no dejeis de volver mañana, aunque sea con la cabeza llena de ideas volcánicas.

FIN DEL TOMO PRIMERO.







60
73(244)/42
UNIVERSIDAD DE SEVILLA
BUS
600155170
i24107979


73
VELADAS
DE S.
PETERSBU
42


colorchecker CLASSIC
calibrite
mm